
Lujuria
A PRIMERA VISTA
Isabel Sharpe
elit

# Portadilla

# Créditos

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.
Diríjase a CEDRO si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
www.conlicencia.com - Tels.: 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Avenida de Burgos 8B
Planta 18
28036 Madrid
www.harlequiniberica.com

© 2012 Isabel Sharpe
© 2025 Harlequin Ibérica, una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Lujuria a primera vista, Elit nº 456 - mayo 2025
Título original: No Holding Backant
Publicada originalmente por Harlequin Enterprises, Ltd.

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial.
Esta edición ha sido publicada con autorización de Harlequin Books S.A.
Esta es una obra de ficción. N ombres, c aracteres, l u g ares, y s i t u aciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.
® Harlequin, Harlequin Deseo, Bianca, Jazmín, Julia y logotipo Harlequin son marcas registradas propiedad de Harlequin Enterprises Limited.
® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia.
Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

Imagen de cubierta utilizada con permiso de Harlequin Enterprises Limited.
Todos los derechos están reservados.

I.S.B.N.: 9788410745896

Conversión a ebook: MT Color & Diseño, S.L.

# Índice

Portadilla
Créditos
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Epílogo
Si te ha gustado este libro…

# Capítulo 1

—Así que ahí estaba yo en París, en uno de los mejores restaurantes del mundo y la gripe estomacal elige justo ese día para cebarse conmigo, entre el pigeon aux olives y el baba au rhum.

—¡Qué horror! —Hannah O'Reilly tomó otro trago de champán templado y miró con desesperación más allá de ese tipo aburrido llamado Frank que se había empeñado en amargarle la noche.

Estaba en una fiesta de Nochevieja que se celebraba en una ostentosa mansión de Filadelfia, enfundada en uno de esos vestidos que guardaba todo el año para ese tipo de fiestas, y debería haber estado bailando con un atractivo desconocido. Si hubiese querido aburrirse, se habría quedado en casa.

Hannah agarró un canapé, aprovechando que un camarero pasaba por allí con la bandeja. No estaba segura de lo que era, pero seguro que costaba más de lo que ella gastaba en comida en todo un día. Gerard Banks, propietario de aquella casa y del periódico para el que ella trabajaba, The Philadelphia Sentinel, celebraba todos los años una lujosa fiesta de Nochevieja para sus empleados, amigos y familiares. Hannah no sabía a cuál de esos grupos pertenecía aquel tipo, pero habría deseado que martirizara a otro con sus anécdotas. Ella había acudido a la fiesta para disfrutar de una sana sesión de hedonismo.

—En otra ocasión, en Londres, me comí una ostra y de repente sentí que algo se movía dentro de mi boca —hizo el gesto de

sacarse algo de entre los dientes—. Era un gusano. No he vuelto a comer ostras nunca más.

—No me extraña —dijo ella, poniéndole la mano en el hombro para suavizar un poco el golpe del rechazo—. Bueno, voy a ver si consigo tomarme otra copita de champán. Encantada de conocerte.

—Igualmente —respondió él con resignación—. Feliz Año Nuevo.

—Lo mismo te digo, Frank —y escapó con un suspiro de alivio y cierta culpa a la caza de un camarero que llevara copas llenas de champán.

Después de eso, encontraría a algún hombre guapísimo y soltero con el que iba a coquetear sin ningún tipo de miramientos porque había decidido que en el año que estaba a punto de comenzar iba a comenzar un nuevo capítulo en su vida. En lo relacionado con el trabajo, con la familia y con los hombres. Iba a cambiar la rutina por aventura.

Bingo. A pocos pasos de ella descubrió a un camarero de esmoquin con una bandeja llena de copas. Se coló entre un ficus y una estatua de cerámica con forma de leopardo. Con un poco de suerte, lo interceptaría junto al sofá de terciopelo naranja y…

—Hannah, ¿qué tal está acabando el año? —por desgracia su jefe, Lester Wanefield, que no era ni soltero, ni atractivo, ni llevaba champán para ella, se cruzó en su camino cuando ya le quedaba poco para alcanzar su dosis de burbujas—. Vaya, te favorecen mucho las lentejuelas rojas.

—Gracias —a ella también le gustaba cómo le quedaba el vestido, pero al darse cuenta de que era del gusto de su jefe, deseó haberse puesto un saco de arpillera.

—Buena fiesta, ¿verdad?

—Sí —siempre y cuando consiguiera no pensar que sería mejor dedicar todo ese dinero a algo más necesario, como obras benéficas, educación, a investigación médica o a aumentar un poco la cuenta bancaria de Hannah O’Reilly.

Seguía mirando al camarero, aún podía conseguirlo. Si daba un par de pasos hacia ella y la miraba…

—He estado pensando en tu próximo trabajo. No para la columna, sería más bien un artículo monográfico. Quizá podría ir en portada.

Lester consiguió hacerse con toda su atención. Ahora que había cumplido un año trabajando en el periódico, Hannah había empezado a dar la lata a su jefe, bueno, al principio le había lanzado indirectas, luego se lo había sugerido y luego sí, había empezado a darle la lata para que le encargara escribir cosas más importantes que los banales artículos que había estado haciendo hasta el momento para las secciones más irrelevantes.

—Sería genial, Lester. La verdad es que he estado investigando sobre algo. Resulta que hay un efecto secundario del medicamento Penz…

—Quiero un artículo sobre tetas.

Hannah se preguntó qué pasaría si le daba un puñetazo en la boca del estómago, ¿gritaría como el cerdo que era?

—Tetas.

—Sí, de mujeres que se han operado las tetas, para ser más exacto. Cómo ha cambiado su vida sentimental y sexual desde que tienen más pecho, si atraen más a los hombres o ha cambiado el tipo de hombres con los que ligan.

—Muy… interesante —debía de ser una broma—. El caso es que yo estaba pensando…

—Quiero muchas fotos —continuó como si ella no hubiera hablado, mirando a una mujer bien dotada que pasaba por al lado—. Muchísimas fotos.

—Yo preferiría…

—Sé lo que preferirías, O'Reilly. Pero en este negocio uno no hace lo que prefiere hasta que lleva muchos más años trabajando.

—Sí, ya me lo habías dicho, pero…

—Nada de «peros»—la cortó de inmediato para luego hacerle un guiño al tiempo que le apretaba el brazo con condescendencia—. Solo tetas.

Qué asco.

Hannah esbozó algo parecido a una sonrisa, consciente de que protestar solo le habría servido para enfadarse más. ¿Cuántas noticias supuestamente femeninas podía soportar una mujer a la que no le gustaban nada ese tipo de cosas femeninas? Al margen del vestido de esa noche.

Necesitaba encontrar algo por sí sola, algo más atractivo que los efectos secundarios de una medicina, algo que ni siquiera el cerdo de Lester pudiera rechazar. Una exclusiva tan atrayente que lo enganchara automáticamente, pero que fuera lo bastante seria como para darle un poco de reputación y le aportase el dinero suficiente para poder ayudar a sus padres si volvían a tener problemas. Para que esa vez pudieran contar con ella.

Soltó el aire al tiempo que veía a otro camarero y después le deseó feliz año a su jefe, consiguiendo que no pareciera que estaba deseándole algo peor. Tenía que alcanzar al camarero para tomarse otra copa que la ayudara a mitigar la frustración. Una historia sobre tetas. Estupendo. Quedaban aproximadamente quince minutos para que acabara el año y, al menos para ella, iba a ser un gran alivio dejarlo atrás. El trabajo de sus sueños había resultado no serlo. Otra vez. Su última relación no había funcionado. Otra vez. No había conseguido perder los cinco kilos que se había propuesto perder. Otra vez. Tenía veintinueve años y siempre había creído que a los treinta tendría todo lo que había soñado.

Al menos los problemas de sus padres se habían solucionado milagrosamente. Aunque ella no hubiese ayudado mucho.

El camarero se detuvo a atender a un trío vestido de gala. Era su oportunidad.

—Hannah —Daphne Baldwin, su mejor amiga del trabajo, la agarró de la mano y tiró de ella en dirección a la biblioteca—. Tienes que conocer a alguien… Dee-Dee no sé qué más. Royco o Rosmer o algo así… se me ha olvidado. El caso es que tienes que conocerla.

—¿Por qué? —Hannah miró con frustración al camarero entre la gente. Tan cerca y sin embargo tan inalcanzable.

—Porque es… espera —Daphne buscó a su alrededor frunciendo el ceño—. Estaba aquí hace un segundo.

—¿Dónde está Paul?

Eso hizo que frunciera el ceño aún más.

—No ha venido. Dice que no entendía por qué tenía que arreglarse, ponerse ropa incómoda y pasar la noche con gente que ni conocía, ni tenía ningún interés en conocer cuando podía

quedarse en casa y beber tranquilamente sin preocuparse por si se emborrachaba demasiado para conducir.

Tenía algo de razón, pensó Hannah, aunque sin admitirlo en voz alta. A veces creía que Paul sería más feliz con alguien que tuviese tan poca energía como él y que Daphne, sin embargo, necesitaba un hombre más activo, pero su amiga aseguraba que Paul era el contrapeso perfecto.

—Así que esta noche estás libre y soltera. Paul debería tener cuidado.

—No sé, Hannah. Últimamente está muy raro. No quiere hacer nada conmigo.

—¿Quieres decir que ya no te sigue para hacer todo lo que tú quieras?

—Muy graciosa —Daphne continuó buscando por la sala, sin hacer el menor caso al certero comentario de Hannah—. Hablo en serio. Está muy distinto y… no sé, apático. Como si estuviera preocupado por algo.

—¿Crees que te está engañando?

—¿Qué? —el horror se reflejó en la voz y en el rostro de Daphne de una manera tan brusca y clara que varias personas se volvieron a mirarla.

Vaya. ¿Dónde estaba el botón de rebobinado para volver atrás en la conversación? Estaba claro que había tocado un punto delicado y no quería torturar a su amiga con sospechas.

—No es que yo lo crea —se apresuró a decir para tranquilizarla—. Es que siempre es eso lo primero que se piensa cuando…

—Paul jamás me engañaría. No tiene tiempo para hacerlo. Ni la iniciativa necesaria.

Hannah adoraba a Daphne, pero a veces pensaba que Paul debería engañarla simplemente para que ella dejara de dar por hecho que su relación nunca correría peligro.

—¿Algún problema en el trabajo?

—Eso me lo habría contado. Seguramente sea la crisis de la edad. A los hombres les pasa mucho, ¿verdad? Se lo merecen por no tener que estar sometidos a las hormonas todos los meses como nosotras

—arrugó el entrecejo y se plantó las manos en las caderas—. ¿Dónde demonios está esa mujer?

—¿Por qué tienes tanto empeño en presentármela? —Hannah resopló con incomodidad. Estaba contrariada y no quería esforzarse por mantener una conversación banal con gente que no conocía, ni siquiera aunque hubiera sido el soltero más sexy del año. Había malgastado el vestido, la noche y el año. Iba camino de malgastar también su vida. Y ni siquiera podía emborracharse porque los camareros huían de ella.

Muy bien, iba a despedir el año, hacerle la pelota a Gerard por haberse gastado una millonada en la misma gente a la que pagaba sueldos insuficientes y luego se marcharía a casa antes de que comenzara la tormenta de nieve que habían pronosticado. Lástima no haber podido hacer realidad la fantasía de pasar la noche con un nuevo amor, pero quizá fuera mejor así porque siempre era la misma historia. Ella se enamoraba de los hombres como una tonta y, cuando se daban cuenta de la intensidad de su pasión y de las esperanzas que había puesto en el futuro de la relación, salían corriendo. Por mucho que intentara cambiar de actitud, los hombres siempre se daban cuenta. Quizá debiera plantearse el propósito de alejarse de los hombres por completo.

—Ven conmigo —le dijo Daphne de pronto al tiempo que tiraba de ella para sacarla de la biblioteca—. Aquí tampoco está —dijo al entrar a la sala contigua, que era una especie de despacho—. Vamos.

—Espera un momento —le pidió Hannah.

Acababa de ver a Rory, el subdirector de publicidad del periódico, del que estaba ligeramente encaprichada. Estaba allí solo y con cara de estar un poco perdido. En la oficina no solía hacerle ni caso, seguramente porque Hannah siempre iba vestida con pantalones vaqueros y ropa ancha. Quizá debiera poner a prueba el efecto de su vestido de lentejuelas y ver si…

¡Dios! ¿Qué era eso, una especie de adicción? Acababa de hacerse un propósito y ya lo había olvidado. «Hombres malos, Hannah. Malos. Sola, bien».

Pero estar sola era aburrido y muy predecible.

—Vamos a probar por aquí.

Hannah se plantó con firmeza para que su amiga dejara de arrastrarla de un lado a otro.

—¿Te importa decirme por qué tienes tanto interés en que conozca a esa persona?

—Está bien —Daphne meneó la cabeza e hizo que le botaran los rizos—. Es íntima de Jack Brattle.

Ah. Hannah apartó la mirada de Rory y la centró en Daphne.

—¿Jack Brattle?

—Sabía que así conseguiría tu atención.

—¿Dónde está? —Hannah agarró el musculoso brazo de Daphne y, por una vez, no sintió envidia de su fuerza de voluntad para ir al gimnasio—. Vamos a buscarla. Una entrevista con Jack Brattle sería…

—Sí, lo sé. Te daría mucho dinero y reputación. ¿Por qué crees que quería que la conocieses?

Siguieron caminando, aunque esa vez era Hannah la que tiraba de Daphne, y llegaron al vestíbulo de la mansión, donde se levantaba una majestuosa escalera propia de Lo que el viento se llevó.

—Ahí está —anunció Daphne.

Señalaba a una rubia despampanante ataviada con un minivestido negro y zapatos de tacón de aguja. La candidata perfecta para protagonizar el artículo que le había encargado Lester.

—Perdona, ¿hay algún concurso de imitadoras de Pamela Anderson? —preguntó Hannah.

—Calla —la reprendió su amiga al tiempo que iba hacia la rubia—. Hola, Dee-Dee.

—Hola —Dee-Dee meneó la melena oxigenada y echó un vistazo a Hannah—. Bonito vestido.

—Gracias —Hannah esbozó una sonrisa—. Lo mismo digo.

—Te presento a Hannah O'Reilly. Trabaja conmigo en el Sentinel.

—¿Sí? —otro meneó de pelo decolorado.

—Escribe La Columna Popular.

—¡Ah! ¡Me encanta esa columna! Siempre te enfrentas con el que escribe La Columna Sofisticada, D.G. Jackson. Es muy divertido.

—Sí —Hannah apretó los dientes. Divertidísimo. El señor Jackson disfrutaba enormemente metiéndose con lo que ella escribía, que solía ensalzar las virtudes de los planes baratos que podían hacerse por la ciudad, mientras que la de él hablaba de lugares a los que no podía permitirse ir ninguna persona normal y en los que cualquiera que no estuviera loco no se atrevería a gastar tantísimo dinero. Hannah había respondido a un comentario particularmente hiriente enviándole una botella de mostaza de Dijon de imitación y, a cambio, él le había mandado unos botes pulverizadores de queso. Pronto se había corrido la voz de lo sucedido y los editores del periódico no habían perdido el tiempo en avivar el fuego para atraer más atención sobre ambas columnas.

Eso era lo único que buscaban, atención. Pero de lo que quería escribir Hannah era de las noticias, de las cosas importantes que ocurrían en el mundo.

—Cuéntame… ¿qué aspecto tiene ese D.G.? —le preguntó Dee-Dee mientras jugueteaba con un mechón de pelo—. Escribe unos artículos tan divertidos y con tanta clase…

—La verdad es que no lo conozco personalmente —Hannah sonrió, impaciente por cambiar de tema y hablar de Jack Brattle—. Pero quizá pueda concertarte una cita para comer con él.

—Me encantaría. No sé… tengo una extraña sensación sobre él —se echó a reír—. ¿De verdad harías eso por mí?

—Claro —no lo había dicho en serio, pero tampoco estaba mal prometer que le haría un favor antes de pedirle uno ella. Quizá pudiera convertir aquella cita con alguien tan vulgar como Dee-Dee en otra broma para el señor Intelectual—. ¿Así que eres muy amiga de Jack Brattle?

—Bueno —parpadeó varias veces con sus pestañas postizas—. Tanto como muy amiga. Ni siquiera debería haber dicho…

—Pero sí que eres su amiga, ¿no?

—Bueno —miró con incomodidad a Hannah y luego a Daphne—. Lo conozco.

Hannah le lanzó una mirada a su amiga. Eso no era lo que le había dicho Daphne.

—¿Cuándo lo conociste?

—Hace algún tiempo. De verdad no debería contar nada. Es que se me ha escapado.

Algo que Hannah le agradecía enormemente. Jack Brattle había conseguido escapar de la atención mediática del mismo modo que su fallecido multimillonario padre había conseguido ser el centro de la misma.

Cualquier periodista habría dado algún órgano vital por conseguir una entrevista con el hijo y heredero de Harold Brattle… o al menos un poco de información, que parecía ser lo único que iba a poder darle la neumática Dee-Dee. Hannah se conformaba con saber algo sobre su paradero, sus costumbres, sus gustos, sus preferencias sexuales… lo que fuera.

Muchos reporteros habían intentado hacerse con dicha información, pero ninguno lo había logrado. Sin embargo, a pesar de su ausencia absoluta en los medios, Jack Brattle seguía dirigiendo el imperio de su padre. De vez en cuando alguien afirmaba haberlo visto, igual que otros aseguraban haber visto a Elvis, pero siempre resultaba ser una broma o un error.

—Cuéntame lo que puedas, yo seré muy discreta nadie sabrá nunca de dónde saqué la información.

—Dios. No debería hacerlo.

—Te entiendo —le dijo, poniéndole una mano en el brazo, pero preparada para intentar convencerla—. Sé que te he puesto en una situación muy difícil.

—Bueno —Dee-Dee se mordió el labio, hinchado de silicona—. Podría decirte dónde vive. Una vez un tipo me llevó a su casa. Supongo que eso no puede hacerle ningún daño.

—Claro que no —aseguró Hannah, que volvía a albergar esperanzas. Había rumores que decían que tenía una propiedad por aquella zona, pero nadie había podido confirmarlo—. Sería increíble que me lo dijeras.

—Es en West Chester —parecía que, una vez que había comenzado, iba a ser todo mucho más fácil—. Mi amigo me ha contado que va a estar en el extranjero hasta la primavera, pero la casa no está lejos de aquí.

Las ansias periodísticas de Hannah no hicieron sino crecer. A su alrededor, el murmullo de la gente se hizo más intenso, pues habían encendido unas pantallas gigantes para seguir la llegada de la medianoche.

—¿Podrías decirme dónde está exactamente?

—Sí, claro que podría. Pero él no está.

—Es solo por curiosidad. No voy a intentar entrar, ni voy a molestar a nadie. Solo voy a pasar por allí y nadie se enterará de que lo he hecho —esbozó una sonrisa de inocencia y se encogió de hombros como si en realidad no le importara mucho que Dee-Dee le diera o no la información. «Por favor, por favor, por favor».

—Está bien. ¿Tienes papel o algo donde apuntar?

—Tengo una BlackBerry —afirmó, dando las gracias al cielo por las nuevas tecnologías—. Dime, ¿qué aspecto tiene él?

—Pues es… —la rubia hizo un gesto incierto y miró hacia el cielo —. Ya sabes.

—Sí, sí —Hannah se vino abajo. Estaba claro que no lo había visto en su vida, seguramente ni siquiera sabía dónde estaba su casa. Aquello iba a ser otra decepción, era mejor que fuera preparándose. Claro que, si había la más mínima oportunidad de que fuera cierto… —. Explícame cómo llegar a la casa.

Unos minutos después, Hannah había escrito las indicaciones de Dee-Dee, que consistían en frases como «gira a la derecha cuando veas una cosa de piedra» o «sigue por la carretera aunque parezca que se acaba».

Iba a ser un milagro si conseguía dar con la casa, o si al menos existía dicha casa.

Alguien había empezado la cuenta atrás en la sala. Hannah se guardó la BlackBerry en el bolsito de noche, luego consiguió, por fin, una segunda copa de champán y miró a la pantalla más cercana.

En cuanto entrara el nuevo año, iría en busca de Gerard, le daría las gracias por la fiesta y saldría en busca del escurridizo Jack Brattle, heredero de la enorme fortuna inmobiliaria de su padre. Aunque, dado el origen de su información, quizá fuera como perseguir el arcoíris.

Levantó su copa y contó con todos los demás.

—Cinco, cuatro, tres, dos, uno…

Claro que también era posible que consiguiera lo que no había logrado ningún otro periodista y aquello fuera el comienzo de su nueva vida.

# Capítulo 2

Hannah apretó el acelerador con cautela, tratando de ver algo al otro lado de la cortina de aguanieve que golpeaba contra el parabrisas y el techo de su querido Mazda rojo, al que había bautizado con el nombre de Matilda. Hannah se consideraba una investigadora tenaz, pero en aquellos momentos empezaba a cuestionarse si era buena idea estar allí sola con la que estaba cayendo. El paisaje de Pensilvania rodeaba al coche y, a pesar de la belleza del campo y de los bosques, no quería salirse de la carretera y acabar teniendo que pasar la noche en uno de esos campos.

Sorprendentemente, por el momento las indicaciones de Dee-Dee estaban siendo bastante acertadas, lo que la animaba a continuar. Hannah había encontrado la «cosa de piedra» e incluso había reconocido el «árbol impresionante». Quizá no tuviera una mente privilegiada, pero, al margen de que al final Hannah pudiese encontrar a Jack Brattle, lo cierto era que Dee-Dee era muy observadora y tenía muy buena memoria. Solo le quedaba tomar un desvío en unas puertas que «dan un poco de miedo y parecen de una cárcel». Y que además «no se ven bien desde la carretera a no ser que mires con atención».

Hannah miraba con toda la atención del mundo, pero no veía nada.

La tormenta arreciaba y no había ni rastro del desvío. Ni de las puertas.

—Vamos, casa, aparece de una vez —a esas alturas, solo quería ver el desvío, registrar el lugar en el GPS para poder encontrarlo de nuevo y volver otro día en que el tiempo no amenazase con acabar con ella. Una vocecilla en su interior le recordaba una y otra vez que desde el principio habría sido mejor haberlo dejarlo para otro momento.

Un desvío. Sin puertas. Las casas no estaban precisamente pegadas en Millonariolandia. Todo el mundo necesitaba su propio establo, su piscina, su pista de tenis, su campo de golf… las necesidades más básicas.

De pronto le sonó la BlackBerry. Hannah la sacó del bolso y miró la pantalla. Era su padre que llamaba para desearle Feliz Año Nuevo. Si no respondía, se preocuparía, así que detuvo a Matilda en el arcén y encendió las luces de emergencia.

—Feliz Año, papá.

—Feliz Año, preciosa —respondió él con voz tranquila—. No se oye ruido de fiesta, ¿es que no has ido? ¿O es que las fiestas de lujo no son ruidosas?

—Me fui poco después de medianoche, quería volver a casa antes de que empeorara el tiempo.

—¿Hace muy malo ahora? Hace un buen rato que no miro por la ventana.

—No, no todavía no está mal del todo —los cristales de hielo seguían golpeando el techo del coche y los faros iluminaban unas bolas de granizo del tamaño de guisantes que rebotaban contra el asfalto—. La carretera está bien.

—Bueno. De todas maneras, llámame cuando llegues a casa. Han dicho que va a caer una buena tormenta.

«Dímelo a mí».

—Estoy casi llegando, papá. De hecho, ahora mismo estoy entrando en mi calle. ¿Qué tal está mamá?

—Mejor, cada vez mejor, gracias a Dios. No sé qué habríamos hecho sin Susie.

—Sí, es estupenda.

—Hoy mamá hasta ha podido comer sola parte de la cena. He hecho lasaña.

—¡Qué bien! Es su comida preferida —Hannah sonrió, avergonzada de no sentirse lo bastante agradecida por las pocas cosas buenas que habían sucedido durante el año que acababa de terminar.

El último lugar para el que había trabajado su padre, la Sinfónica de Broadway, se había salvado de la ruina en el último momento gracias a la generosa donación de una persona que había saldado la deuda de la orquesta y había evitado que su padre perdiera el primer trabajo que le había durado tanto, ya iba para cinco años. Y Susie, un ángel de enfermera, se había presentado en casa de sus padres, con la recomendación del médico de su madre, y se había ofrecido a ayudarla en la rehabilitación a cambio de un sueldo ridículo con la excusa de que necesitaba la experiencia.

Hasta que habían ocurrido esos dos milagros, Hannah se había sentido desesperada e impotente por no poder ayudarlos con su ridícula cuenta bancaria. Sus padres no habían podido darle una infancia estable, pero ahora que habían logrado salir del agujero, Hannah quería que disfrutasen de una buena jubilación.

—Dile a mamá que la quiero y que estoy segura de que este año va a volver a ser la misma de siempre. Os llamaré mañana.

—Se lo diré. Espero que también para ti sea un buen año, Hannah Banana —sus palabras se vieron interrumpidas por la tos, el legado de toda una vida como fumador—. Puede que conozcas a un buen hombre.

—Puede —Hannah meneó la cabeza. Quizá conociera a alguien y quizá se quedara a su lado más de un mes y quizá el cáncer empezara a curarse solo y se frenara espontáneamente el calentamiento global.

—Cuídate y conduce despacio.

—No te preocupes, papá. Te quiero —se despidió llena de culpa por haberle mentido y por volver a meterse en la carretera en medio de la tormenta. Era una locura. ¿Qué sería de su padre si le ocurría algo a ella? Le había supuesto bastante esfuerzo mantenerse sobrio tras el repentino derrame cerebral de su madre y de haber estado a punto de perder su única fuente de ingresos.

Hannah estaba siendo muy egoísta. Debería darse media vuelta y volver a casa, olvidarse de toda aquella locura hasta que hiciera mejor tiempo.

El problema era que ya había llegado tan lejos… Y se trataba de Jack Brattle. ¿Y si Dee-Dee había hablado con algún otro periodista? ¿Y si perdía la oportunidad de conseguir semejante exclusiva? ¿Y si? ¿Y si? ¿Y si?

Avanzó lentamente por la carretera. Un relámpago la sobresaltó e hizo que se agarrara al volante con fuerza, a la espera del trueno, que llegó acompañado de más nieve. La cosa se ponía divertida.

Otro desvío… sin puertas.

Se había levantado un viento muy fuerte que zarandeaba a Matilda de un lado a otro. Hannah consiguió esquivar una rama de árbol que había caído en medio de la carretera, pero la nieve cada vez le dificultaba más la visibilidad.

Ay Dios.

En el siguiente desvío tuvo que girar para poder ver bien.

¡Puertas! Unas horribles puertas que parecían las de una cárcel. ¡Por fin! Lo había encontrado. O al menos había encontrado algo.

Sacó la BlackBerry y registró la dirección en el GPS. Bingo. Tenía la dirección de Jack Brattle. El 523 de Hilltop Lane, West Chester, Pensilvania.

Volvería al día siguiente para…

Otro relámpago y apenas un segundo después sonó el trueno.

Hannah se quedó rígida. Las puertas se habían movido ligeramente. Miró unos segundos para comprobar que era cierto, que realmente se movían. Según Dee-Dee, Jack Brattle no estaba allí. Quizá…

Un momento. ¿Qué demonios estaba pensando? Seguramente Brattle tenía todo un equipo de seguridad vigilando la propiedad. Si cruzaba aquellas puertas, no tardarían en aparecer unos perros que la harían pedazos.

Claro que quizá mientras la devoraban pudiera ver la casa. Al fin y al cabo, tenía la excusa perfecta para estar allí. Se había perdido en medio de la tormenta y necesitaba ayuda. ¿Dónde estaba? ¿Podrían darle cobijo unos amables desconocidos hasta que amainara la

tormenta? Y, mientras esperaba a que mejorara el tiempo, quizá pudiera sacar su BlackBerry y hacer unas cuantas fotos de la casa, además de entrevistar a todo el que estuviera dispuesto a hablar.

Seguro que se tragarían la explicación. No tenía la menor duda.

Así pues, debía comprobar que las puertas estaban abiertas. Buscó a tientas el paraguas que solía guardar bajo el asiento, pero, por supuesto, no estaba allí. ¿Dónde lo habría perdido esa vez?

No tenía paraguas con el que protegerse y, como iba vestida de fiesta, llevaba el abrigo de lana que se ponía solo un par de veces al año y los zapatos de tacón que le dejaban los dedos de los pies al aire, en lugar de la parka impermeable y las botas forradas de borreguito que utilizaba a diario durante el invierno.

Bueno, todo fuera por Jack Brattle.

Salió del coche silbando una melodía alegre y protegiéndose la cabeza del granizo con un brazo, lo que no servía de mucho. Pero mereció la pena empaparse y recibir los golpes del granizo porque, efectivamente, las puertas estaban abiertas.

No solo no había ningún tipo de cadena o de candado, sino que además estaban perfectamente engrasadas y se abrieron fácilmente sin hacer el menor ruido. Era como si estuvieran pidiéndole a gritos que se colara en aquella propiedad privada.

Volvió al coche temblando de frío y de nervios, apretó suavemente el acelerador y luego…

Ella, la reportera Hannah O'Reilly, se coló en lo que empezaba a creer que era la residencia de Jack Brattle y volvió a empaparse al salir del coche de nuevo para cerrar la puerta tras de sí.

El camino que conducía a la casa atravesaba una zona boscosa, con árboles de hoja perenne. Dos o tres minutos después, durante los cuales no sufrió el ataque de ningún perro, los árboles dejaron paso a una amplia pradera de césped cubierto de escarcha. Matilda derrapó con elegancia en la última curva, lo que obligó a Hannah a aminorar la velocidad e hizo que el corazón se le acelerara aún más. Por nada del mundo querría quedarse allí atrapada.

Otra ráfaga de viento golpeó el coche y cubrió de nieve el parabrisas. Hannah suspiraba por su acogedor, término políticamente correcto para referirse a un lugar diminuto,

apartamento; se imaginó metida en la cama con un buen libro y una taza de té bien caliente.

Pero entonces no habría ninguna exclusiva. Después de muchos años de empleos poco satisfactorios que le habían dado el dinero justo para sobrevivir mientras escribía artículos que las revistas a menudo rechazaban, había conseguido un trabajo como periodista, lo que llevaba deseando desde niña, cuando había creado su propio periódico: Las noticias de Hannah, del que se habían publicado veinte números con una tirada de cuatro ejemplares. Todavía los tenía guardados en alguna parte.

Por fin se detuvo frente a la majestuosa escalinata de entrada a la casa. Aunque la nieve dificultaba bastante la visibilidad, estaba claro que era una lujosa residencia de estilo colonial.

Así era como vivían unos pocos privilegiados.

Se quedó allí dentro unos segundos antes de parar el motor. Lo cierto era que no quería tener que conducir hasta Filadelfia en medio de semejante tormenta. La carretera estaba muy peligrosa y tardaría horas en llegar. Las opciones eran esperar dentro de Matilda a que amainara un poco, encendiendo la calefacción de vez en cuando… o ver si había alguien en la casa. No había luz en ninguna de las ventanas, al menos en las de ese lado. Solo estaba encendida la luz de la puerta principal, pero quizá lo estuviera siempre.

Quien no arriesgaba…

Al abrir la puerta, una ráfaga de viento estuvo a punto de arrancarle el brazo. La tormenta se ponía seria. Esperaba que hubiera alguien dentro de la casa, y no solo por la exclusiva que podría darle la fama, sino simplemente para sobrevivir.

Se resbaló dos veces en la escalera, pero consiguió recuperar el equilibrio antes de caerse. Ya en la puerta, apretó el timbre y contuvo la respiración. Cruzó los dedos por si acaso y los brazos sobre el pecho para darse un poco de calor. Con el moño completamente deshecho, los mechones de pelo le caían por las mejillas. Otro golpe de viento estuvo a punto de tirarla al suelo y la obligó a agarrarse al tirador de la puerta.

La situación no era nada divertida. Al menos por el momento.

Apretó de nuevo el timbre y sintió otro escalofrío mientras esperaba. Empezaba a pensar que era absurdo esperar que alguien abriera; con el jefe en el extranjero, los empleados se habrían tomado la noche libre. Si hubiera habido algún mayordomo o ama de llaves dentro, ya habría abierto.

Se apartó un poco para ver si se había encendido alguna luz. Claro que las habitaciones del servicio darían a la parte trasera, ¿no? La verdad era que no sabía mucho de mansiones.

Hubo un nuevo relámpago seguido de un trueno ensordecedor y de otra ráfaga de viento que la hizo gritar de miedo. Se pegó a la puerta para refugiarse un poco bajo el tejadillo que la protegía.

De pronto vio algo por el rabillo del ojo y se quedó boquiabierta al volverse y presenciar cómo la rama de un árbol caía directamente sobre su coche.

Hannah se quedó mirando la escena, completamente inmóvil. Matilda.

La rama había abollado el techo y hecho añicos el parabrisas. Si se hubiese quedado dentro, seguramente en esos momentos estaría muerta.

Dios. Su cuerpo tardó unos segundos en reaccionar, pero cuando lo hizo no pudo dejar de temblar, y no por culpa del frío. Las cosas no iban nada bien. ¿Cuándo demonios iba a aprender a no ser tan impulsiva? Había sabido que iba a haber tormenta, podría haber pensado que la casa de Jack Brattle no iba a desaparecer de la noche a la mañana y haber dejado la visita para otro momento. Sus padres y sus amigos se lo dirían una vez más: «¿Cuántas veces tenemos que pedirte que mires antes de lanzarte al vacío? Piensa antes de actuar».

Muy bien. Tenía que mantener la calma. Tenía otras cosas por las que preocuparse. Como por ejemplo de morir congelada.

Bajó la escalera y se acercó al coche. Intentó abrir la puerta del conductor. No hubo manera, el chasis estaba demasiado abollado. Probó suerte en el otro lado. Nada.

Dios. Su bolso seguía sobre el asiento del copiloto, con la BlackBerry dentro. Podrían localizarla gracias al GPS, pero para ello

era necesario que alguien la echara en falta e intentara encontrarla. ¿Por qué le habría dicho a su padre que estaba llegando a su casa?

Porque él ya tenía bastantes preocupaciones.

Volvió a subir los escalones y a refugiarse contra la puerta. No era la primera vez que envidiaba a sus padres por seguir queriéndose y apoyándose mutuamente, especialmente después de tantas dificultades. Si ella tuviese a alguien así, al tipo de hombre con el que soñaba, ahora podría haber estado segura de que ese hombre se aseguraría de encontrarla y de llevarla a casa sana y salva.

O más bien habría impedido que cometiera la estupidez de ir allí esa noche y entonces estaría con él en la cama, recibiendo al Año Nuevo de una de sus maneras preferidas.

Solo con pensarlo se le llenaron los ojos de lágrimas y tuvo que parpadear para espantarlas. Muy bien, tenía que idear un plan. Llevaba muchos años, casi desde que tenía uso de razón, cuidando de sí misma. Aquella casa debía de tener una entrada de servicio. Quizá alguien la oyera si llamaba allí. O quizá hubiera una casita de invitados o un garaje con la puerta abierta…

Ay.

Otro relámpago. Hannah se tapó las manos con la cara a la espera del trueno.

Más viento. El aguanieve estaba acribillándole la espalda.

Agarró el tirador de la puerta y trató de girarlo a pesar de que estaba completamente segura de que no cedería y que era completamente…

Pero giró.

La puerta se abrió.

Solo con un paso se encontró en el interior de la casa, sorprendida y aliviada. Cerró la puerta de nuevo.

¿De verdad era cierto?

¿Quién se marchaba al extranjero dejándose la puerta principal de su casa sin cerrar? ¿Cómo era posible que una casa tan grande y lujosa no tuviera un complejo sistema de seguridad? Se quedó inmóvil a la espera de oír la alarma.

Nada.

Quizá fuera uno de esos sistemas en los que la alarma solo se oía desde la comisaría más cercana. Estaría encantada de recibir a la policía, siempre y cuando le dieran el tiempo necesario para echar un vistazo. Porque, ahora que había escapado de una hipotermia casi segura, recordó de nuevo que quizá estuviera en la casa de Jack Brattle.

Claro que también era posible que la puerta estuviera abierta porque ya se había colado alguien antes. Podría tratarse de un peligroso delincuente que en aquellos momentos estaría paseándose por la casa.

Prestó atención por si oía algo. No había ningún ruido excepto el de la calefacción. ¿Qué clase de idiota habría salido en una noche como esa?

Aparte de ella, claro.

Quizá había alguien durmiendo en el piso de arriba. A lo mejor había olvidado cerrar las puertas al llegar de una fiesta salvaje.

—¿Hola? —se acercó a la escalera, que apenas se veía en la oscuridad—. ¿Hay alguien?

Nada. Empezó a subir los escalones y echó un vistazo al piso superior.

Nada. Volvió al vestíbulo.

Lo más probable era que los empleados de la casa, despreocupados, o quizá borrachos, se hubiesen olvidado de cerrar. Quizá hubiesen tenido la intención de regresar rápidamente y se lo había impedido la tormenta. Fuera quien fuera el responsable, le debía un buen beso por haberle permitido encontrar refugio. Que Dios lo bendijera por su irresponsabilidad. No solo iba a sobrevivir a la tormenta, además iba a hacerlo en casa de Jack Brattle.

Todo ello asumiendo que Dee-Dee le hubiese dicho la verdad, cosa de la que Hannah estaba completamente segura porque, ¿qué motivos tendría para tomarse tantas molestias para mandarla a otro sitio?

Seguramente el señor Brattle tendría un teléfono desde el que podría pedir ayuda de inmediato, pero tampoco la necesitaba con urgencia. No quería hacer que nadie pusiese en peligro su vida solo para ir a buscarla a ella en medio de la tormenta.

Sin duda iba a ser una noche de la que tendría que hablar en sus memorias. Pero antes debía quitarse los zapatos y el abrigo y ponerlos a secar en alguna parte donde el agua no manchara la madera del suelo.

Buscó a tientas un interruptor hasta que lo encontró cerca de la puerta principal. Una vez encendida la lámpara del vestíbulo, Hannah tuvo que darse unos segundos para acostumbrarse a la luz antes de mirar a su alrededor y admirar el lugar.

Ya sin los zapatos y las medias, sintió el calor de la maravillosa alfombra oriental que cubría parte del suelo.

La casa estaba a una temperatura ideal, lo que quería decir que la persona que la había dejado abierta, pensaba volver pronto. En ese momento, vería el coche destrozado en la entrada y Hannah no tendría que buscar más excusas para estar allí.

Quizá, después de todo, por una vez no había sido tan mala idea ser impulsiva. Matilda, que Dios se apiadase de su motor, no habría dado la vida en vano.

Como era de imaginar, en el vestíbulo había un enorme armario lleno de abrigos carísimos, todos ellos de hombre y de colores poco llamativos como el negro, el marrón o el gris. Hannah pasó la mano por encima de ellos, lana, cachemira, cuero… y sintió el agradable olor del perfume del dueño de dichas prendas. Después apartó las perchas en busca de una de metal que no se estropease al colgar en ella su abrigo empapado. Avanzó por el pasillo hasta dar con un cuarto de baño en cuya ducha colgó la percha y dejó los zapatos y las medias.

Una vez hecho eso… ya podía explorar la casa. La casa de Jack Brattle.

Volvió a la cocina, que había visto antes de encontrar el baño. «Madre mía». Tenía todo tipo de detalles y lujos del siglo XXI, pero sin traicionar el estilo decimonónico de la casa. Pasó la mano por el enorme refrigerador. Le encantaría hacerse un perrito caliente en aquella cocina. Seguramente habría sido el primero que se hiciera allí.

Siguió explorando el primer piso habitación por habitación, como había hecho en casa de Gerard Banks, lo que le hizo pensar que para ella no era nada habitual visitar dos mansiones en el mismo día. Pero allí no había estatuas de leopardo, ni televisiones con pantallas gigantes, ni muebles chabacanos. Jack Brattle era una persona elegante, le gustaba la madera oscura, el cuero y las alfombras y tapicerías de colores tenues. Todo denotaba la clase del que siempre había sido rico.

Hannah tuvo que admitir, a pesar de su aversión a la opulencia, que aquella casa era impresionante. Era el tipo de lugar que había imaginado tantas veces leyendo novelas como El jardín secreto o Jane Eyre. Y al mismo tiempo, era fácil imaginar que alguien pudiera vivir allí porque tenía un aire hogareño, no parecía un mero decorado para las revistas.

Al llegar al primer piso encontró un sofá de cuero color Burdeos frente a una estantería llena de libros y una ventana junto a la que sentarse a disfrutar de la lectura. Por el pasillo, decorado con numerosos retratos y paisajes, fue descubriendo distintos dormitorios, una sala para hacer ejercicio, un despacho y, finalmente, lo que sin duda era el dormitorio principal. ¿Sería allí donde dormía Jack Brattle?

Se dio cuenta de que había luz al mismo tiempo que abría la puerta…

Y fue entonces cuando se encontró cara a cara con el hombre más guapo, empapado y desnudo que había visto en su vida.

# Capítulo 3

—¡Dios, lo siento mucho!

Hannah cerró los ojos y volvió a salir a la oscuridad del pasillo. «No, no, no». Apenas podía creer lo que había visto. Lo que aún podía ver en su cabeza a pesar de tener los ojos cerrados.

Un momento. Podrían detenerla por allanamiento de morada, así que no era momento para dejarse llevar por la lujuria. Era posible que en aquel instante él estuviera llamando a la policía. Una periodista detenida mientras observaba maravillada el espléndido cuerpo de un millonario.

—Lo siento. Lo siento mucho, es que me he perdido, las puertas estaban abiertas y mi coche…

Vio que se abría la puerta y se asomó.

Dios.

Allí estaba él, de pie, con una toalla alrededor de… Dios… la cintura y el pecho desnudo. Un momento. Estaba sonriendo. La situación parecía divertirle. Quizá porque acababa de llamar a la policía y en esos instantes los agentes estaban ya entrando por la puerta, pistola en mano.

—Decía que… la puerta estaba abierta.

—La has abierto tú.

—No… me refería a la puerta de la entrada. Estaba abierta. Mi coche está fuera, con un árbol encima. Lo que quiero decir es que me he perdido, la carretera estaba en muy malas condiciones, entonces vi las puertas de la verja abiertas y, cuando le cayó el árbol

encima a mi coche, decidí entrar porque la puerta principal estaba sin cerrar y me estaba helando de frío. Pensé que la casa estaba vacía, pero no es así. Está claro.

Se hizo un silencio ensordecedor. Él seguía sonriendo, pero parecía intentar no hacerlo. Dios, era guapísimo. Si realmente era Jack Brattle, debía de tener algún problema emocional o estar triste porque, si no era así, no era justo que alguien tuviera tanto dinero y tanto… de todo y además tuviera ese aspecto.

—No, la casa no está vacía. Yo estoy aquí.

—Sí, ya lo veo. Y lo siento mucho. Solo necesitaba un lugar donde guarecerme porque no… no tenía ninguno.

—Ya.

«¿Es usted Jack Brattle?». No podía preguntárselo porque se suponía que no sabía que aquella era su casa. Pero, ¿quién si no estaría desnudo en el dormitorio principal? Maravillosamente desnudo, para más señas.

—Me llamo Hannah.

—Yo, Jack.

¡Jack! Necesitó toda su energía para no lanzar un grito de alegría. Que Dios bendijera a Dee-Dee y esos pechos que desafiaban a la gravedad.

—Encantada de conocerte, Jack. Lamento mucho haber irrumpido en tu casa de este modo. Sobre todo… —Hannah señaló su toalla sin mirarla, sin mirarlo a él a pesar de lo mucho que deseaba mirarlo— estando así. Mi teléfono se ha quedado en el coche y no puedo sacarlo. Si pudiera utilizar el tuyo…

—Espera aquí.

Hannah asintió tímidamente y, cuando él volvió a meterse en la habitación, se puso a bailar de alegría en el pasillo. Además de una foto de portada para ilustrar el artículo sobre tetas que le había encargado Lester, le debía a Dee-Dee cien comidas con D.G. Jackson para darle las gracias. No, mejor mil.

Dejó de bailar y se llevó la mano al corazón. Tenía que calmarse, era una profesional y él no era más que el protagonista del reportaje que iba a escribir. Cuando Jack volviera a salir, tenía que hablar menos y observar más porque ya había batido el récord de parloteo

sin sentido. Por el momento solo había descubierto que no era muy hablador, claro que tampoco ella le había dado ocasión de serlo, y que no tenía ningún problema en dar órdenes. «Espera aquí» no era precisamente la manera más amable en que le habían pedido que aguardara. Claro que, teniendo en cuenta que, por lo que él sabía, ella podía ser una ladrona, así que seguramente se le podía perdonar la falta de modales.

También se había fijado en que era el tipo de hombre que a ella más le gustaba. Pelo oscuro, nada de tipos rubios con aspecto de surfistas californianos, rasgos fuertes, muy masculinos. Alto, con unos ojos marrones oscuros que transmitían un atractivo incontrolable y una gran inteligencia.

Y, por si eso fuera poco, tenía un cuerpo de infarto. Era evidente que hacía ejercicio; solo había que ver esos hombros anchos, esos abdominales y ese trasero que parecía esculpido en piedra.

—Perdona por hacerte esperar.

—No pasa nada —se había cubierto el trasero con unos pantalones vaqueros, algo decepcionante porque, a pesar de lo mucho que le había gustado su desnudo, Hannah siempre había imaginado a Jack Brattle de esmoquin, con cierto aire a lo James Bond. Quizá fueran unos vaqueros de diseño que le habían constado mil dólares, aunque a ella le parecían unos Lee corrientes—. No tienes por qué disculparte. Soy yo la que se ha colado en tu…

—He visto el coche por la ventana. Es impresionante.

—Sí, así hago yo siempre las cosas.

—Ya —se acercó a ella inesperadamente y la agarró de la muñeca, con poca delicadeza—. ¿Por qué estás aquí realmente?

Sus palabras la dejaron sin respiración, su brusquedad la había pillado por sorpresa después de la amabilidad con la que la había tratado en un primer momento.

—Para no morirme de frío.

—¿Seguro que no hay nada más?

—Sí —a pesar del repentino cambio de actitud, lo cierto era que Hannah sintió cierta lástima y una buena dosis de remordimiento. Las personas como Jack Brattle seguramente estaban acostumbradas a que se acercara a ellos mucha gente con motivos

ocultos. Gente como ella en esos momentos—. ¿Por qué si no iba a estar aquí?

—No serás periodista, ¿verdad?

Hannah soltó una risa nerviosa, incapaz de mentirle a la cara.

—Claro que lo soy. Siempre me cuelo en las casas de desconocidos en los días de fiesta, ese es mi estilo.

—Ya.

Entonces lo vio esbozar una tenue sonrisa y se sintió satisfecha y culpable al mismo tiempo al darse cuenta de que pensaba que estaba bromeando. Eso la colocaba en una situación muy ventajosa. Hasta que Brattle empezó a mirarla de arriba abajo detenidamente, observando su pequeño vestido rojo, y Hannah dejó de sentir que tenía ventaja alguna sobre él.

—¿No has venido con otras… intenciones? —insistió.

—¿Qué? ¿Por qué iba a hacer eso? Ni siquiera sabía que fueras a estar en casa —Ay. «Porque pensaba que estabas en Europa, Jack Brattle».

—¿Dónde creías que estaría? —le preguntó él de inmediato, enarcando ambas cejas.

—No sé. Pensé que no había nadie en la casa y luego he descubierto que no era así. Dejaste la puerta abierta, así que…

—Sí, ya me lo has dicho. Perdona si te he ofendido. A veces las mujeres… Quiero decir que no sería la primera vez que ocurre… aunque sí en esta casa.

—¿Tienes más casas?

—Sí —volvió a observarla de nuevo hasta hacer que se ruborizara —. Además, llevas un vestido muy provocativo.

—Es que vengo de una fiesta.

—¿De dónde?

—De Malvern.

—¿Vives en Filadelfia?

—Sí.

—Tienes una extraña manera de volver a la ciudad.

—Ya te he dicho que me he perdido.

—Sí, lo has dicho.

La miró fijamente a los ojos y Hannah consiguió controlarse lo suficiente para sostenerla la mirada sin pestañear.

Pero en el momento en que volvió a bajar la guardia, se le ocurrió que sería maravilloso que la besara, sería tan romántico y emocionante, allí, en medio de la penumbra. Podría ponerla contra la pared y hacer lo que quisiera con ella.

Ummm.

¿Qué haría Brattle si se inclinaba ligeramente hacia él y…?

«Para. Ya está bien». ¿Acaso no había aprendido nada sobre sus relaciones con los hombres desde la pubertad? Por no hablar de que acababa de ofenderla cuando había dado a entender que estaba pensando lo que ahora mismo estaba pensando ella.

—Lo siento —dejó de mirarla como si estuviera interrogándola—. Es que tengo que tener cuidado.

Parecía que había superado la prueba.

—¿Por qué?

—Ya sabes, como 007 —respondió con un guiño.

—¿En serio? —Hannah estuvo a punto de atragantarse. Hacía solo unos segundos había pensado en James Bond, aunque en realidad no creía que Brattle hiciera otra cosa que dirigir el negocio de su difunto padre. Un negocio del que se suponía que ella no sabía absolutamente nada, así que tenía que seguirle la corriente—. ¿Eres espía?

—Ni mucho menos. Bueno, ¿qué vamos a hacer contigo?

En ese momento se le ocurrían muchas ideas, pero ninguna que pudiera decir en voz alta.

—Si me dices dónde hay un teléfono, llamaré a la grúa para que venga a recoger mi coche.

«Di que no, di que no, di que no».

—¿Por qué no esperas hasta que mejore un poco el tiempo? Estoy seguro de que los del seguro tienen mucho trabajo ayudando a conductores que no han tenido la suerte de encontrar una casa aparentemente vacía y con la puerta abierta.

—Si a ti te parece bien…

Quedarse en una mansión con un playboy multimillonario que además podría darle la exclusiva de su vida era un verdadero

milagro. Aunque en realidad no sabía si Jack Brattle era un playboy. De lo que estaba segura ahora que lo conocía y había visto su mirada era de que no era gay. Desde luego, si era un playboy, mantenía en secreto sus conquistas tanto como el resto de su vida. Quizá se aseguraba de que las mujeres guardasen silencio convirtiéndolas en esclavas.

Hannah pensó que era raro que a Brattle no le hubiese llamado la atención que la puerta estuviese abierta.

—¿Tienes hambre? —le preguntó poniéndose la mano en el estómago, por desgracia cubierto por una camisa—. Yo tengo muchísima. Casi no he cenado nada.

—¿Has salido?

—Sí, pero la predicción del tiempo me convenció de volver pronto a casa y recibir aquí al año nuevo.

—Viendo cómo ha quedado mi coche, creo que has hecho bien. Para mí habría sido mucho más sencillo quedarme en casa.

Y mucho menos divertido.

—¿En qué parte de Filadelfia está tu casa?

—En un maravilloso edificio de apartamentos de tres habitaciones situados sobre una tienda de reparación de calzado —respondió, irónicamente.

—Ya sabes, la ubicación es la clave de cualquier propiedad.

—Eso dicen. ¿Tú te criaste en esta… choza?

—Sí. No has llegado a decirme si tienes hambre.

—Mucha —otro cambio de tema repentino. Estaba claro que no iba a ponérselo fácil contándole largas anécdotas sobre su infancia.

—Te enseñaré dónde esta la cocina —señaló hacia el final del pasillo y con el otro brazo hizo un movimiento como si fuera a tocarla, pero no llegó a hacerlo—. Aunque a lo mejor ya la has visto.

—Pues… sí, la verdad es que me he asomado. No he podido resistirme. Todo esto es muy diferente a lo que estoy acostumbrada.

—No pienses que eso quiere decir que sea mejor.

—¿No? —se volvió hacia él para verle la cara, pero se encontró con un gesto indescifrable—. ¿Por qué? La mayoría de la gente daría cualquier cosa por…

—Porque no tienen ni idea.

El amargo secreto de un millonario.

—¿De qué?

—Las cosas no son como tú crees.

—¿Tú qué crees que creo? —Hannah se dio cuenta de que Brattle pensaba que se había excedido cuando le echó un rápido vistazo y comenzó a bajar los escalones—. Crees que hago demasiadas preguntas.

—Pareces un periodista.

—¿No te he dicho que eso es lo que soy? —volvió a echarse a reír, mirándolo atentamente y, cuando vio que él también se reía, se relajó un poco. Estaba claro que no era tan desconfiado como parecía. Si no, ya la habría descubierto—. Supongo que soy curiosa por naturaleza.

La condujo hasta la cocina, donde encendió una luz que creaba un ambiente que muchos habrían considerado romántico, cualquiera que estuviera pensando en ese tipo de cosas, cosa que Hannah no hacía, por supuesto. No iba a dejarse engañar por otro sapo vestido de príncipe azul.

—Ponte cómoda —le pidió, señalándole un taburete situado frente a la inmensa isla que había en el centro de la cocina—. ¿Qué te apetece?

—Sorpréndeme.

—De acuerdo. Veamos —la observó unos segundos—. No pareces una amante de la mantequilla de cacahuete con mermelada.

—¿Cómo que no? Es mi comida preferida —respondió ella sarcásticamente, sin hacer caso al hormigueo que le había provocado su mirada.

Brattle sonrió abiertamente.

—Entonces probaremos con otra cosa. ¿De acuerdo?

Si la miraba de esa manera, Hannah estaba dispuesta a decir que sí a cualquier cosa.

—Claro.

—¿Hay alguna comida que odies?

—Las hamburguesas de tofu. Saben igual que huele la consulta de mi dentista.

Brattle soltó una carcajada que le hizo parecer aún más encantador y a ella le provocó un escalofrío.

—Muy bien, eso elimina las hamburguesas de tofu de la lista. Veamos…

Abrió un armario, pero no encontró lo que buscaba. Después probó con otro y con otro más, hasta que dio con los platos. Hannah siguió sonriendo mientras pensaba que ni siquiera sabía dónde se guardaban los platos en su propia cocina.

Un poderoso millonario que ni sabe dónde están las cosas en su propia casa. Sería un titular excelente.

Tuvo que probar suerte en tres cajones antes de encontrar los cubiertos y necesitó también un rato para encontrar las copas. Sin embargo el champán lo encontró de inmediato y Hannah se dio cuenta enseguida de que no era una botella cualquiera. Qué bien les habría venido a sus padres el dinero que Jack y ella iban a beberse en unos minutos. Probablemente costaba lo que ellos se gastaban en la compra de una semana, o quizá de dos.

—Para ir abriendo boca —dijo mientras abría la botella con absoluta maestría. Era evidente que tenía más experiencia en abrir botellas de champán que en cocinar—. Feliz Año, Hannah.

—Gracias, Jack —respondió ella levantando su copa, con una sensación en el estómago que conocía muy bien. No, no. Nada de enamorarse. Estaba allí como periodista, no como mujer, dos cosas que no debían mezclarse jamás—. ¿Tú no bebes?

—En cuanto prepare la comida.

—Entonces, salud —Hannah tomó el primer sorbo, segura de que estaba a punto de comprobar que era absurdo gastar tanto en una botella de champán.

¡Vaya!

No era ninguna experta, de hecho se jactaba de ser experta en todo lo que jamás tendría cabida en la mansión de Jack Brattle, pero incluso ella se daba cuenta de que aquel champán era sencillamente exquisito. Las burbujas le acariciaron la garganta sin dejarle después ese rastro amargo que dejaban otros espumosos.

—No hace falta que te pregunte qué te parece porque lo veo en tu cara.

—¿Es tan obvio? ¡Qué falta de elegancia por mi parte! Pero sí, la verdad es que tengo que hacer un esfuerzo para no beberme toda la copa de un trago.

—Por mí no lo hagas —dijo él, enarcando una ceja—. Me encanta ver cómo disfrutas.

Ay, Dios. Pero Hannah, en lugar de decir algo seductor como «A mí me encantaría demostrarte cuánto puedo llegar a disfrutar, Jack», se echó a reír con nerviosismo y luego tuvo que hacer un extraño ruido para que champán no le saliera por la nariz.

—¿Estás bien?

—Sí, sí, perfectamente —se dio un golpecito en el pecho y luego tomó otro sorbo más pequeño.

—Te dejó la botella cerca —la colocó en un elegante enfriador de vino—. Hay muchas más.

—Gracias —había muchas más botellas de más de cien dólares. No se trataba de una botella que hubiera reservado para una ocasión especial, solo una de tantas. La idea la maravilló y repugnó al mismo tiempo.

—Veamos qué hay por aquí —murmuró mientras estudiaba lo que había en el refrigerador.

Empezó a sacar frascos de cristal y paquetes que dejaba sobre la encimera mientras Hannah pensaba que lo que había en la nevera de un millonario no se parecía en nada a lo que tenía una persona normal como ella.

Pasó unos minutos cortando cosas y colocándolas en platos y un poco más tostando pan, hasta que por fin volvió a la isla y lo colocó todo frente a ella.

Hannah dejó la copa y se quedó boquiabierta. Definitivamente, todo aquello era muy distinto a lo que podría haber preparado ella en su casa. Había foie de pato, caviar de distintos tipos, pan de pita tostado junto a una crema blanca para extender, jamón cortado en finísimas lonchas, un cuenco con higos, una amplia variedad de quesos que Hannah no sabía ni identificar, preciosas verduras en miniatura: zanahorias, calabacín y pepino, cortados en bastoncillos para mojarlos en una salsa de hierbas. El festín se completaba con unas uvas del tamaño de guisantes, mandarinas del tamaño de

pelotas de golf, unas frambuesas cuyo aroma le hizo la boca agua y, por último, un sinfín de pasteles de distintos sabores.

—¿Esperas que venga alguien más?

—Has dicho que tenías mucha hambre.

—¿Siempre comes así?

La miró como si no comprendiera.

—¿Qué tiene de extraño?

Un millonario completamente al margen de la realidad. Hannah estaba a punto de menear la cabeza cuando le vio guiñar un ojo y lo que hizo fue ruborizarse. Aquel guiño la habría hecho ruborizarse en cualquier lugar, pero encima era consciente de que estaban en un lugar muy íntimo. Al mismo tiempo, le pasó por la cabeza que allí había comida para un regimiento. ¿Qué iba a hacer con lo que sobrara? ¿Tirarlo a la basura? Le espantaba la idea de que se pudiese derrochar tanto dinero y comida de ese modo. ¿Le dejaría que se llevara algo para compartirlo con sus padres? Y con sus amigos, y con su casera, y con todos sus vecinos. Todo el mundo debería poder comer así.

—Y ahora, el toque final —anunció Jack mientras se acercaba a un equipo de música que había en un rincón de la cocina.

Las suaves notas del jazz inundaron el aire. Ay, Dios, Dios, Dios. Todo aquello no estaba a la altura de los filetes del bar de Jake, o las galletas de almendra de la panadería de la señora Fortunato, o los langostinos al wok de Hu Min, pero…

Ay…

Lo vio buscar algo más en los cajones. Velas. ¿A qué hombre se le ocurría poner velas?

Jack Brattle: El hombre perfecto.

¿Serían así todas sus cenas? Porque aquella noche no esperaba visita, quizá lo tuviera preparado para celebrar la Nochevieja. Pero, ¿por qué compartirlo todo con ella?

¿Acaso estaba intentando seducirla?

Sabía que no debía hacerlo, pero, con media copa de aquel exquisito champán y dos de otro no tan exquisito que había tomado en la fiesta, lo cierto era que esperaba que así fuera. Eso no quería decir que fuera a dejarse llevar y a acostarse con Jack Brattle; no

podía hacerlo mientras planeaba escribir un reportaje sobre él. Tenía sus límites. Pero sería divertido conservar el recuerdo y contárselo a sus mejores amigos durante el resto de su vida.

—¿Sueles preparar cenas a la luz de las velas para mujeres que no conoces?

—Puede que después de esta noche lo convierta en una costumbre —volvió a observarla atentamente—. No tienes pinta de ser una asesina perturbada… ¿lo eres?

—Hace tiempo que dejé los asesinatos. Me estropeaba mucho las uñas y me gastaba una fortuna en la tintorería…

—Me alegro de que hayas aparecido —dijo él, sentándose junto a ella.

Hannah no tuvo más remedio que girarse hacia él.

—¿De verdad? —qué poca vergüenza tenía. Ahí estaba, buscando halagos sin ningún tipo de miramiento.

—De verdad —se llenó la copa de champán y rellenó la de ella antes de volver a dejar la botella en el enfriador—. Como me he ido tan pronto de la fiesta, tenía la sensación de haber dejado la noche a medias. Tú me has arreglado la velada.

Necesito una mujer: Lo que echa en falta un millonario.

Chocó su copa contra la de ella.

—Adelante.

Quizá no debiera haberlo hecho, probablemente al menos debería haber dudado un poco y haber pensado en todos aquellos que no podían disfrutar de todos esos lujos. Pero no lo hizo. Se lanzó de lleno.

Una y otra vez. Si D.G. Jackson hubiera podido verla, le habría dicho: «¿Ves como tenía razón?».

—¿Caviar? —le ofreció Jack, observándola con gesto entretenido.

Caviar… ¿quién iba a pensar que estaría tan rico? Solo había probado un sucedáneo una vez y había llegado a la conclusión de que no merecía la pena privar a los pececillos de sus huevas.

—¿Jamón con higos? —había empezado a sonreír abiertamente.

Hannah probó una cosa tras otra mientras hablaban de la comida. Jack enumeraba los distintos tipos de caviar, ella le recordaba el problema que suponía agotar las reservas de pesca; él recordaba la

primera vez que había comido foie gras, ella mencionaba lo controvertido que era el alimentar a la fuerza a los gansos, las ocas y los patos; él rememoraba el verano que había pasado en el Líbano y la higuera que había bajo su ventana, de la que agarraba higos todas las mañanas, a lo cual ella no puso ninguna objeción política. Entretanto, no dejaban de beber champán y de comer, hasta que Hannah ya no pudo beber ni comer nada más, y le pareció una lástima.

—He sobrepasado mis límites —anunció ella.

—Vamos —la desafió él, sirviéndole las últimas gotas de champán que quedaban en la botella—. Solo un poco más.

—Eres perverso.

Jack se echó a reír con gesto triunfal.

—¿Te ha gustado?

—¿A ti qué te parece?

Hannah se levantó y llevó algunos platos al fregadero.

—Nunca había disfrutado de semejante festín. La verdad es que no estoy acostumbrada a este tipo de lujos.

—Ya.

Hubo algo en su respuesta que hizo que Hannah lo mirara, pero parecía concentrado en aclarar los platos. ¿Qué ocurría? ¿Acaso le había dado mala imagen con su glotonería? Era posible, pero todo estaba tan rico que Hannah no lo lamentó. Además, él también había comido con ganas.

—Necesitaría correr unos cuantos kilómetros para quemar las calorías que acabo de ingerir.

—Hay una piscina, si quieres hacerte unos largos.

Por supuesto que había una piscina.

—No tengo bañador.

—Estoy seguro de que estarías estupenda con uno de los míos…

Hannah soltó una risilla de la que responsabilizó al champán.

—Pero poco tapada.

—Si tú lo dices…

—¿No hay mujeres en la casa? —preguntó como si no le importara demasiado.

—No desde hace tiempo.

—¿Estás divorciado? —era una pregunta muy lógica, ¿no?

—No —Jack se acercó a ella mientras se secaba las manos.

—¿Nunca has estado casado?

—No. ¿Tú?

—No. ¿Novia?

—No. ¿Novio?

—No.

Allí estaban los dos, de pie, muy cerca el uno del otro. Esa proximidad y el hecho de que acabaran de declarar que ambos eran libres abrían un sinfín de posibilidades de lo más atractivas. Por desgracia estaba el problema de la falta de ética que supondría acostarse con un hombre y luego publicar un artículo sobre él. Pero tenía una boca tan tentadora, unos labios tan carnosos, rodeados de una ligera sombra de barba.

Entonces empezó a sonar una preciosa melodía de jazz interpretada por una voz femenina que Hannah no identificó.

Jack dio un paso adelante y ella otro. Él levantó un brazo a la altura de sus hombros y otro a la altura de su cintura.

—Baila conmigo, Hannah.

Jack Brattle siempre da el paso adecuado.

—Encantada —respondió. No había vuelto a estar en brazos de un hombre desde Norberto, el encantador, seductor y cretino sinvergüenza…

Sí, había hecho caso omiso a todas las señales de alarma y se había echado en sus brazos alegremente, tras lo cual había acabado con el corazón roto una vez más. Debería haber aprendido la lección.

Pero Jack Brattle olía taaaan bien… Y se movía con tanta elegancia… Sentía la fuerza de su hombro bajo la mano y el calor de su cara, muy cerca de la de ella. Sus dedos la agarraban suavemente, pero la mantenían pegada a su cuerpo.

Hannah tenía que reaccionar, darse cuenta de que no tardaría en volver a la realidad, pero de pronto le parecía algo tan lejano. Y él estaba tan cerca.

—Baila usted muy bien, señorita…

—O’Reilly. Muchas gracias. Usted también, señor…

Hannah sabía que no iba a decirle su apellido, pero levantó la cara hacia él y lo miró con gesto expectante.

—Brattle —Jack dejó de bailar y la miró fijamente.

La reacción de Hannah fue perfecta porque realmente estaba sorprendida de que se lo hubiese dicho. Se había tomado tantas molestias en guardar el secreto durante años y ahora le decía la verdad a una completa desconocida que ya le había dicho dos veces que era periodista, aunque riéndose, y le había hecho un montón de preguntas.

¿Por qué haría algo así?

Su imaginación le dio la clase de respuesta que siempre acababa metiéndola en líos. Quizá se había enamorado de ella, igual que le había pasado a ella, y por eso le hacía el increíble regalo de confiarle su identidad.

Hannah suspiró. Era una historia preciosa, pero imposible. Al menos para ella.

Había algo verdaderamente extraño en esa confesión, pero el cerebro de Hannah se olvidó de ello de inmediato porque estaba a solo unos centímetros de él, el champán le corría por las venas y, como seguramente en algún lugar habría alguien a quien el nombre de Jack Brattle solo le resultaba ligeramente familiar, Hannah decidió fingir que era ese alguien, ponerse puntillas y besarlo.

Y cómo no, él besaba de maravilla. Al principio fue algo suave y rápido, la reacción de sorpresa lógica a su habitual falta de autocontrol. Pero después volvió a besarla con más dulzura… y cada vez más pasión. Hannah sintió que le ardía el cuerpo y, cuando se apretó contra él, lo único que podía hacer al sentir sus fuertes brazos rodeándola, se dio cuenta de que él estaba… disfrutando mucho también.

Auxilio. Estaba completamente enloquecida por el deseo, fascinada por él y por la noche que estaban compartiendo. Estaba justo en el instante en el que debía parar y pensar un poco en lo que estaba haciendo, considerar todas las repercusiones de… aaahh.

Jack le había separado las piernas y le había metido el muslo en medio, subiéndole el vestido. Bajó la mano y le acarició el trasero,

que Hannah esperaba que estuviese más firme ahora que había empezado a ir al gimnasio.

¿Qué estaba pensando? Algo de pararse a pensar. Algo de…

Qué importaba.

La llevó hasta uno de los taburetes y la apoyó en él, se colocó entre sus piernas y la besó como cualquier mujer del mundo deseaba que la besaran. Ahora la besaba con ímpetu, con una energía que hizo que el calor del cuerpo de Hannah inundara sus braguitas de encaje rojo y quedara la borde del orgasmo solo con imaginarse en la cama con él.

¿No debería poner fin a todo aquello? Tenía que pensar en su ética, en no sabía qué artículo…

Sus labios la abandonaron para volver enseguida junto a ella, para explorar su cuello mientras le levantaba el vestido con las manos, las mismas manos que le acariciaron las caderas.

—Jack…

—Umm.

—Esto es… irreal.

—¿Por qué?

—Tú, esta casa, toda esa comida increíble y el champán y ahora… esto.

—¿Qué es «esto»?

—Algo que no debería estar pasando —dijo con voz áspera, casi sin aliento, lo que demostraba el grado de seguridad que tenía.

—Lo sé. No es buena idea.

Hannah abrió los ojos.

—¿Por qué?

—Calla. Finge que no está pasando —le pasó los dedos por el vientre y fue bajando lentamente hasta colar la mano bajo sus braguitas—. Lo que ocurra esta noche quedará aquí. Mañana quedará todo borrado.

—Entonces… ¿esto no está pasando?

—No —respondió, separándole las piernas un poco más—. No está pasando.

—Umm… Pero, la verdad es que yo lo siento todo muy real — Hannah apoyó los pies en los travesaños del taburete y levantó las

caderas.

Jack aprovechó el movimiento para bajarle las braguitas y después se arrodilló frente a ella. Hannah colocó los codos en la mesa que tenía detrás y echó la cabeza hacia atrás, abriéndose a él, totalmente vulnerable.

—Te prometo que no está pasando —le dijo él.

—Si tú lo dices… ¡Dios! —primero notó la caricia de su respiración y luego la de su lengua. Estaba tan cerca del orgasmo, que tuvo que respirar hondo y abrir los ojos para tomarse las cosas con más calma. No quería que aquello acabara. Pero tampoco iba a poder aguantar mucho más—. A mí me sigue pareciendo muy real, cada vez más.

—Entonces deja que pase, Hannah.

—Quiero tenerte dentro.

—No tengo preservativos aquí abajo.

No pudo protestar, solo pudo dejarse llevar por los gemidos y perderse en la sensación, en el placer de sentir su lengua en el clítoris. Fue como si todo estallara dentro de ella en una explosión tan deliciosa, tan real.

—Dios mío —murmuró mientras se recuperaba poco a poco.

Seguramente lo miró con absoluta admiración y él sonrió triunfal, con orgullo masculino.

Fue entonces cuando Hannah se dio cuenta de la magnitud de lo que acababa de hacer y fue una sensación tan impactante como el orgasmo que acababa de disfrutar. No podía acostarse con un entrevistado que ni siquiera sabía aún que iba a ser un entrevistado… no podía ser. Jack pensaría que se había acostado con él para conseguir la exclusiva.

Jack Brattle… ¡Jack Brattle! la agarró de las manos para que volviera a ponerse en pie, luego se inclinó sobre ella y la besó con fuerza. Después la miró a los ojos de un modo que la hizo estremecerse.

—¿Sabes que dicen que lo que le ocurre a uno el primer día del año anuncia cómo va a ser el resto del año?

—¿Sí? —Hannah sonrió, pues ya estaba completamente enamorada de aquel hombre perfecto, guapo y con una lengua

maravillosa—. Entonces este va a ser el mejor año de mi vida.

—Hacía mucho tiempo que no disfrutaba de una noche tan perfecta —dijo él.

Había algo en la manera de decir aquellas palabras que hizo pensar a Hannah que lo decía en serio.

—Sí, a mí me pasa lo mismo —respondió ella, completamente en serio.

—Tengo una idea buenísima —anunció, ofreciéndole una mano—. Sube conmigo y haremos más cosas que en realidad no estarán pasando.

—Sí que es una idea buenísima —Hannah aceptó su mano, agarró sus braguitas y se detuvo a respirar hondo un par de veces—. En cuanto pueda volver a andar.

Unos segundos después, comenzó a subir la escalera de mano de Jack, con una mezcla de impaciencia y miedo, de euforia y de tristeza. Quizá él creyera que por la mañana todo se borraría, pero ella dudaba mucho que pudiera olvidar algún día todo lo que estaba ocurriendo.

Y no era solo eso, el amanecer llegaría demasiado pronto y con él la certeza de que, una vez más, se había lanzado sin pararse a pensar. Y, una vez más, tendría que pagar por ello, en esa ocasión renunciado a la oportunidad laboral de su vida.

# Capítulo 4

Se había metido en un buen lío. Daba igual lo que hiciese el resto de la noche, Derek estaba metido en un lío. Todo había ido según lo planeado, pero las cosas se habían descontrolado.

Obviamente Dee-Dee había interpretado su papel a la perfección en la fiesta de Gerard Banks; había tentado a Hannah con una entrevista con Jack Brattle y luego le había dado las indicaciones necesarias para llegar a la casa. Pero cuando había comenzado aquella terrible tormenta, Derek había estado completamente seguro de que no se arriesgaría a ir hasta allí conduciendo y había tenido la intención de cerrar con llave la verja y la puerta principal después de ducharse.

Había sido entonces cuando había visto a Hannah por primera vez, completamente desnudo. Eso último no había sido parte del plan, ni tampoco la atracción instantánea que había sentido por ella, una atracción que no hacía sino avivar el interés y la curiosidad que ya sentía por ella debido al ingenio y la chispa que demostraba siempre en la columna que escribía para The Philadelphia Sentinel.

Derek había empezado a escribir La Columna Sofisticada cuando la oferta de restaurantes de Filadelfia empezaba a crecer; su intención había sido aprovechar su pasión por la comida por una parte y, por otra, dar a conocer platos, sabores y locales a las personas corrientes que quizá se habrían sentido intimidadas por todo eso. Para él la buena comida era uno de los mayores placeres de la vida. Pero cuando Hannah había empezado a rebatir todas sus

sugerencias sofisticadas con alternativas populares, se había dado cuenta de que sabía de lo que hablaba tan bien como él. Había descubierto un inesperado placer en ir a todos los locales modestos que ella recomendaba, y el resultado había sido muy satisfactorio en todos los casos.

Su interés por ella había crecido al mismo tiempo que su rivalidad pública. ¿Quién era Hannah O'Reilly? ¿Cómo era? ¿Cómo podía averiguarlo? No podía considerarlo una obsesión, pero sí era cierto que pensaba en ella más de lo normal, más de lo que había pensado en ninguna mujer desde que, a los veintipocos años, la vida lo había obligado a madurar de la noche a la mañana. Bueno, quizá estuviera obsesionado. Y, como no era la clase de hombre que aguantaba quedarse sin respuestas, había ideado el plan de esa noche.

Pretendía que Hannah disfrutara del estilo de vida de Jack Brattle. La atraería con la posibilidad de conseguir la entrevista de su vida, luego le prepararía la comida más sofisticada del mundo, documentaría en secreto su deleite y, en su última columna antes de marcharse para siempre de Filadelfia, la delataría como una gourmet que no había salido del armario. Cualquiera con un gusto tan certero como el de ella sería un blanco muy fácil.

Así pues, Hannah había aparecido, Derek había interpretado el papel de heredero desconfiado de manera convincente, por lo que parecía, y a partir de ahí todo había sido muy fácil. Solo lamentaba no haber hecho fotos de la cara que había puesto Hannah al probar el foie o al dar el primer sorbo del Cuvée Sir Winston Churchill de 1985, de la bodega Pol Roger.

¿Y qué había hecho después de la cena? No se le había ocurrido otra cosa que pedirle que bailara con él. Magnífica idea. ¿Qué pensaba, que podría quedarse impasible después de sentir su magnífico cuerpo entre los brazos? Por supuesto no había sido así, enseguida habían empezado a ocurrírsele otras ideas que iban más allá del baile, unas ideas que se habían descontrolado al darse cuenta de que ella también estaba pensando lo mismo.

Con una mujer tan bella, sexy y disponible como ella atrapada en su casa, decir que las cosas se habían descontrolado era quedarse tan corto como decir que el invierno de la Antártida era algo fresco.

Engañarla para hacerla ir hasta allí no era tan grave, ni darle de comer, ni bailar con ella. Pero besarla había sido una mala idea. Y mucho peor dejarse atrapar por la promesa de esos ojos azules, esos labios rosas y ese cuerpo esbelto.

Como había pensado ya, se había metido en un buen lío.

Pero lo peor era que estaba subiendo las escaleras con ella, la excitación aún insatisfecha se había apoderado de él y había hecho enmudecer a su sentido común.

No quería ni pensar en lo mal que estaba lo que estaba haciendo. Quizá la fascinación que sentía por Hannah iba más allá del interés habitual de los hombres por las tetas y el trasero de las mujeres, pero nada que pudiera decir podría servir para convencerla de eso si supiera quién era en realidad.

Su único consuelo era que ella aún no había admitido que era periodista, con lo cual también estaba ocultando algo. Era cierto que había hecho un amago de decir la verdad, pero enseguida había aprovechado que él fingiese creer que bromeaba.

Llegó al final del oscuro pasillo y abrió la puerta, había mucha oscuridad en aquella casa para acompañar los oscuros recuerdos. Una vez dentro del dormitorio, la estrechó en sus brazos, ella se acurrucó contra su pecho, sintió su perfume, más exótico y tropical de lo que habría esperado para una mujer con un rostro tan dulce que podría aparecer en un anuncio de jabón… y cuyo cuerpo podría protagonizar una película X… bueno, quizá fuera el perfume perfecto. En cualquier caso, jabón o película X, lo cierto era que estaba volviéndolo loco. Había sido tan increíble verla alcanzar el orgasmo. Dios, iba a tener que hacer un gran esfuerzo si quería que el sentido común volviese a gobernar sus actos.

¿Era eso lo que quería? Porque la otra alternativa era muy, muy atrayente.

—Dime —dijo ella, apartándose solo un poco para mirarlo a la cara —. ¿Qué es lo que no va a pasar ahora?

Si le quedaba al menos un poco de honradez, debía decirle que no iba a pasar absolutamente nada, que era D.G. Jackson y que le había tendido una trampa, aunque lo del sexo no había sido parte del plan.

—¿Ummm? —Hannah empezó a frotarse suavemente contra su erección.

—Hannah.

—¿Sí?

—No puedo pensar si haces eso.

—¿Y necesitas pensar?

Sí. Lo necesitaba desesperadamente, pero no estaba seguro de poder hacerlo. Hannah lo miraba con los labios entreabiertos y los ojos entornados. Tenía la piel tan suave…

—Estoy pensando que…

—No —volvió a acercarse a él, le pasó la lengua por el cuello y luego lo besó en el mismo lugar, todavía húmedo—. No pienses, Jack.

Aquel susurro lo hizo gemir. No podía aprovecharse de ella de ese modo. Algún día descubriría el aspecto que tenía D.G. Jackson y lo odiaría para siempre. Tenía que decírselo ahora mismo o…

De pronto le soltó el cuello, se apartó unos pasos de él y se quitó el vestido en un rápido movimiento.

Ay, no. No, no, no. Si hacía eso, estaba…

Bajo el vestido aparecieron unas piernas maravillosamente esbeltas que daban paso a unas caderas redondeadas que ya no se veían interrumpidas por las braguitas rojas que lo habían hecho enloquecer antes. Más arriba descubrió una cintura delicada y unos pechos generosos que apenas cabían en un sostén de encaje rojo.

Perdido. Estaba perdido.

—¿Qué estás pensando ahora? —le preguntó al tiempo que dejaba caer el vestido al suelo.

—Grrr —aquel gruñido de cavernícola la hizo reír. Al diablo con todo.

Iba a hacerle el amor hasta que ninguno de los dos pudiera más, le haría firmar un documento en el que se comprometía a no contar nada de lo sucedido, algo que seguramente habría hecho Jack Brattle, llamarían a la grúa para que la llevara a casa en cuanto el tiempo mejorase y él cambiaría de planes sobre su último artículo en La Columna Sofisticada. Muy pronto vendería la casa. Hannah nunca

conocería en persona a D.G. Jackson ni a Jack Brattle y, si alguna vez lo hacía, quizá le pareciera divertido todo lo ocurrido.

Sí, seguro.

De acuerdo, el plan tenía algunos fallos grandes, pero con una mujer medio borracha y excitada, no, con esa mujer en particular, cualquier cosa era mejor que la idea de rechazarla.

—Llevas demasiada ropa —le dijo ella.

Derek se quitó la camisa con cierta torpeza, todavía inquieto por la justificación tan endeble que se había buscado. ¿Qué había sido de su nobleza?

—Esperaba que fuera eso lo que estabas pensando —dijo Hannah, llevándose las manos al cierre del sujetador.

Al diablo con la nobleza. Ser noble solo serviría para que acabar más frustrado de lo que había estado en toda su vida. Esos pechos prometían tanto…

—No —negó con la voz y con la mano—. Pensaba en el trabajo.

—Sí, señor —sus labios resultaban aún más sexys con una sonrisa —. Así que en el trabajo.

No podría hacerlo. Si se acercaba solo un milímetro más y seguía sonriéndole, Derek tendría el orgasmo más rápido de la historia. Se quitó rápidamente los pantalones y los calzoncillos antes de ir hasta ella, se detuvo a solo unos centímetros, dispuesto a intentar conseguirlo.

—Haz que todo esto no pase, Jack. Todo —hablaba con verdadera pasión—. Elige la manera que quieras, a mí me parecerá bien.

Derek se echó a reír, disfrutando de su sentido del humor y su evidente impaciencia. La última mujer con la que había hecho el amor tenía el cuerpo de una conejita de Playboy y el cerebro de un calamar. Por supuesto, él había bebido mucho aquella noche y había necesitado desesperadamente un poco de sexo. Pero Hannah era Hannah y Derek quería que todo fuera bien aunque fuera su primera y última noche juntos. Aunque los dos estuviesen mintiendo sobre quiénes eran en realidad. Al menos eran sinceros sobre su deseo.

Menuda manera de conocerse.

Le puso las manos en la cintura y siguió su contorno lentamente, después fue subiendo por su espalda hasta dar con el cierre del

sostén. Lo desabrochó, imaginándose ya la gloria de ver libres esos deliciosos senos.

Ay, Dios. El poder ver su cuerpo desnudo esa única vez hacía que le dieran ganas de llorar.

La sensación le desconcertó. Lo único que le interesaba últimamente con las mujeres era lo erótico. En sus relaciones, no había intervenido la menor emoción desde su primera novia, Amy, con la que había estado en el instituto, antes de que la vida de su padre se derrumbara arrastrando a su madre consigo. ¡Cuántas cosas había perdido a partir de aquello! Había perdido su capacidad de confiar en los demás, el deseo y la capacidad para intimar con otra persona. ¿Sería posible romper dicho ciclo con la mujer adecuada?

Derek trató de apartar tales pensamientos de su mente. «Anímate, tío», como le habría dicho su compañero de habitación de la universidad. Era Nochevieja, estaba bajo los efectos del champán y de Hannah, con todas sus posibilidades. Por la mañana tendría que verla como una conquista más. Hasta entonces… iba a darle lo que ambos deseaban antes de marcharse de allí para siempre.

La levantó del suelo y la sentó al borde de la cama, deleitándose en el modo en que se había abrazado a él para ayudarlo a cargar con su peso. Ansioso por sentirla, Derek se arrodilló ante ella y adoró su cuerpo, apoyó el rostro entre sus pechos, sumergiéndose en su aroma, en la suavidad de su piel. Sus pezones reaccionaron inmediatamente a las caricias que les hizo con la lengua; gimió de placer y no opuso resistencia cuando quiso tumbarla sobre la cama. Se colocó sobre ella, entre sus piernas, pero sin sumergirse en su cuerpo todavía, aunque su miembro estaba ansioso por hacerlo. Era demasiado pronto. Habría querido que aquello no acabara nunca. Pero nada era para siempre.

Ella le puso una mano en cada brazo y lo miró a los ojos con una ligera sonrisa en los labios.

—Hola.

—Hola —esos ojos iban a acabar con él, de pronto sintió el instinto de protegerla; estaba desnuda, abriéndose de buen grado para un desconocido.

Era absurdo. Quizá lo hiciera con todos los hombres que conocía y cambiaba de amante como de ropa. Pero la verdad era que no creía que fuera así, no sabía muy bien por qué, pero se lo decía el instinto, que era prácticamente lo único en lo que seguía confiando.

—Esto sigue sin estar sucediendo, ¿verdad?

De repente sintió un deseo tan intenso que le asombró. Le besó la frente, las mejillas y luego la boca, cubriendo todo su rostro de besos y esperando que la vulnerabilidad que había visto en sus ojos significase que ella sentía lo mismo.

—No. No está pasando.

—Bien. Menos mal.

Sí. Estupendo. Sacó un preservativo del cajón de la mesilla para ocultar la rabia y la decepción que sintió al ver su reacción, pero se colocó de nuevo sobre ella. Si se centraba en sus tetas, en su trasero y en su sexo, todo iría bien.

El problema era que quería que esa noche fuera mucho más, más aún sabiendo que sería la única que pasarían juntos. Así pues, se tomó todo el tiempo del mundo en besarla, en seducirla con los labios y la lengua hasta volverla tan loca de deseo como lo estaba él. Le puso la mano en un pecho y le frotó suavemente el pezón. Los besos de ella también se hicieron más ardientes y le agarró el pelo con ambas manos. Derek sintió el sabor del triunfo. Estaba perdiendo el control; lo deseaba tanto como él a ella.

Encontró su sexo, pero solo lo rozó con la erección, sin adentrarse realmente, apenas unos milímetros. Ella abrió las piernas un poco más y levantó las caderas con un murmullo de impaciencia. Pero él siguió provocándola.

Entonces ella subió las piernas hasta dejar las rodillas junto a los hombros de Derek, alargó la mano y se abrió un poco más para él.

—Jack.

—¿Querías algo?

—Pues —se echó a reír—. Sí.

—¿De qué se trata? —le susurró contra el pelo al tiempo que colaba la mano entre ambos cuerpos y comenzaba a acariciar la humedad de su sexo, deleitándose en el tacto de su clítoris y en los

gemidos de placer que salían de su boca. Era tan desinhibida… Derek quería pensar que era así solo con él.

—Verás… me gusta más el sexo… —otro ligero gemido al sentir su dedo dentro—. Cuando se llega a hacer.

—De verdad —Derek no podría aguantar mucho más y, si ella se daba cuenta de lo acelerado que tenía el corazón, de nada habría servido hacerse el impasible. Era tan hermosa—. Interesante.

—Vamos, hazlo ya —le agarró el pene y lo guió hasta donde deseaba que estuviera, después volvió a elevar las caderas, tratando desesperadamente de obligarlo a penetrarla.

Derek perdió el control; se dejó caer y se adentró en ella con la mayor delicadeza posible, tratando de no sentir demasiado para no acabar muy rápido.

El suspiro que salió de sus labios estuvo a punto de acabar con él.

—¿Así?

—Sí… así.

Se movió lentamente, en contra de todos los instintos que le impulsaban a poseerla ferozmente hasta conseguir el orgasmo, y lo que hizo fue estimularla, concentrarse en hacer que se volviera loca por él, tanto como él lo estaba por ella.

Tuvo que apartar la vista de sus ojos, huir de su mirada. Era demasiado perfecta. Demasiado bella. Y la sentía demasiado cerca, era todo demasiado íntimo. Sintió un peligroso dolor en el pecho; era una locura, pero deseaba hacerla suya y no solo por una noche.

Cerró los ojos para protegerse y aceleró el ritmo de sus movimientos; debía acabar con aquello antes de terminar perdiendo el corazón… o la cabeza. No sabía con certeza de cuál de las dos cosas corría peligro, quizá fueran las dos. La oyó gemir, pero trató de no escucharlo, solo quería centrarse en que alcanzara el clímax antes que él. Le echó las piernas alrededor de la cintura y comenzó a respirar de manera agitada. Era un verdadero placer ver lo que le estaba haciendo sentir. Quería hacérselo todos los días; no quería que ningún otro hombre la tocara jamás, que nadie le hiciera sentir aquello excepto él.

Al sentir que su interior latía alrededor de su miembro, abrió los ojos para ver el éxtasis reflejado en su rostro. Tenía las mejillas

sonrojadas, los labios entreabiertos y una maravillosa expresión de deleite en el rostro.

Entonces fue él el que alcanzó el clímax y, cuando estaba en lo más alto, la besó con toda la pasión del mundo, más de la que habría creído posible.

Estaba perdido.

Había sido un tonto al creer que podría hacer el amor a aquella mujer y luego darlo por terminado. Quería más. Quería hablar con ella todos los días, comer con ella, hacerla reír, darle todo lo que deseara e incluso cosas que ni siquiera supiera que quería.

¿De dónde salían todas esas emociones? ¿Cómo había pasado de ver el sexo como una necesidad humana que debía satisfacer ocasionalmente con quien fuera a querer poseer por completo a esa mujer? ¿Acaso lo había drogado? ¿O embrujado? ¿Acaso había estado tan aislado del mundo que sus necesidades habían explotado de pronto? No comprendía nada.

De lo que estaba seguro era de que necesitaba contarle al menos parte de la verdad si quería que entre ellos pudiera haber algo más que esa noche. Quizá después de la intensidad de lo que acababan de compartir, pudiera perdonarlo… y quizá querer más.

Aunque no tenía la menor duda de que la confesión iba a dar lugar a unas cuantas horas difíciles.

—Oye —murmuró ella mientras le acariciaba la espalda y el cuello.

—¿Umm?

—Ha sido increíble.

—Sí.

—Y completamente inesperado.

—Completamente —le agarró un mano, se la besó y luego volvió a dejársela donde estaba—. Deberías perderte más a menudo.

—Sí, si las tormentas me llevan siempre hasta ti —seguía acariciándole y masajeándole la espalda, haciendo verdadera magia con los dedos—. Antes dijiste que no habría sido la primera vez que una mujer se presentaba aquí para seducirte. ¿Alguna vez aprovechaste la oportunidad?

—Nunca.

—¿De verdad?

—Supongo que me pillaste en un momento de debilidad.

—Y ahora te arrepientes.

Derek se echó a reír.

—Ni mucho menos.

—¿Alguna de ellas sabía quién eras?

—Puede que alguna lo sospechara.

—Jack… —había algo en su tono de voz que hizo que se pusiera en tensión—. ¿Por qué me has dicho tu apellido?

Derek se encogió de hombros, sin saber muy bien por qué estaba alargándolo tanto.

—Tú me lo preguntaste.

—Pero llevas tanto tiempo escondiéndote del mundo.

—Tú no eres el mundo.

—En serio —apartó las manos de su espalda, se apoyó en un codo y lo miró de frente—. ¿Cómo sabes que no voy a gritar a los cuatro vientos dónde estás?

No le gustaba nada el rumbo que estaba tomando la conversación.

—Porque no te gustarían nada las consecuencias —le dijo, hablando como si fuera un malo de película y acompañando sus palabras con un guiño.

Ella se echó a reír, pero parecía nerviosa.

—Dime que lo has dicho en broma.

Empezaba a incomodarle que sintiera tal fascinación por Jack Brattle. Pero, después de todo, era periodista…

—El instinto me decía que podía fiarme de ti. Dejémoslo ahí.

—Está bien —ella sonrió y se acurrucó contra su pecho—. Me alegro de que confiaras en mí.

No podía preguntarle si ella confiaba en él porque no podría soportar oírle decir que sí, sabiendo que estaba traicionando dicha confianza. Tenía que decírselo. Y lo haría…

Pero en ese momento era tan agradable sentir el calor de su cuerpo. Todo estaba tan tranquilo en la habitación, mientras afuera la tormenta seguía azotando la casa. Le pesaban los párpados y la respiración se le estaba ralentizando.

Se lo diría luego. Ya habría tiempo para la verdad más tarde.

No sabía cuánto tiempo había dormido, pero, cuando abrió los ojos, se fijó en que entraba luz por la ventana. Una ráfaga de viento hizo que la nieve golpeara contra el cristal. Bien. Seguía nevando. Hannah tendría que quedarse más tiempo. Podría confesárselo todo y aún tendrían oportunidad de esperar a que se le pasara el enfado y luego…

Ella se movió en sueños, y el pene de Derek respondió automáticamente. Empezó a acariciarle la espalda hasta llegar hasta donde se unía con su delicioso trasero.

—Umm. Buenos días.

Su voz le hizo sonreír y su cuerpo lo excitó. La respetaba por su inteligencia, la admiraba por su energía y le encantaba su sentido del humor. Tenía que hacer algo antes de acabar completamente perdido.

Se giró hacia ella, le agarró una pierna y se la puso encima de las suyas, y se aseguró de excitarla tanto como lo estaba él. Ella no abrió los ojos, pero su cuerpo reaccionaba de manera innegable, gimiendo y humedeciéndose. Derek esperó un poco más hasta que la vio abrir los ojos y suplicarle, en ese momento lo supo. ¿A cuántas mujeres había comprendido tan bien tan fácilmente? No a muchas. Probablemente a ninguna.

Se puso un preservativo sin perder tiempo, se adentró en ella y comenzó a moverse suavemente. Lenta y dulcemente. Era la manera perfecta de empezar el…

Entonces ella lo tiró sobre el colchón y se colocó encima, lo agarró de las muñecas y comenzó a moverse como si estuviera montándolo, sus pechos se balanceaban de un modo fascinante.

Ay, Dios.

—Te vas a cansar.

—En estos momentos… no me importa lo más mínimo.

Echó la cabeza hacia atrás, jadeando. Derek se zafó de sus manos y la agarró de las caderas para ayudarla.

—¿Estás segura…?

—Sí.

Ella aprovechó su ayuda para colar una mano entre los dos y empezar a tocarse, dándose a sí misma aún más placer.

Era demasiado.

Derek tomó sus pechos en las manos y el placer de sentir el peso de sus senos al tiempo que veía su rostro sonrojado de placer lo lanzó hasta lo más alto. Volvió a agarrarla de las caderas y se dejó llevar por la fuerza arrolladora del orgasmo.

Abrió los ojos justo a tiempo para ver que ella lo miraba fijamente mientras disfrutaba de su propio clímax.

Por nada del mundo sería suficiente pasar una sola noche o un día con ella. ¿Por qué demonios no la habría llamado para invitarla a salir al ver lo mucho que le fascinaban sus artículos? ¿Por qué se le había ocurrido aquella complicada charada? ¿Acaso se había acostumbrado tanto a no confiar en nadie después de que su padre los traicionara, que ni siquiera podía invitar a cenar a una chica que le interesaba?

Algo le decía que eso que estaba viviendo con Hannah iba a cambiarle la vida. No sabía cómo, ni si ella formaría parte de su futuro, pero sabía que no sería lo mismo después de lo sucedido.

Hannah se derrumbó sobre él, que esperó unos segundos para abrazarla y tumbarla sobre el colchón.

—¿Estás bien?

—Mejor que bien —respondió con voz suave, saciada—. Maravillosamente bien.

—Eres increíble, Hannah.

—Tú sí que lo eres.

Derek se echó a reír, acariciándola el pelo y lamentando no haberla conocido de otra forma.

—Jack.

Aquel nombre se le clavó en el corazón como un cuchillo. Tenía un pequeño asunto que solucionar.

—¿Sí?

—Ahora que ya me has dado más placer del que había sentido nunca con comida y buen sexo, es hora de que hablemos de negocios.

—¿Negocios? —no le gustó nada esa palabra—. ¿Qué quieres decir?

—Quiero que me hables más de ti —le puso una mano en el pecho —. Quiero saberlo todo de Jack Brattle.

Derek dejó de acariciarla. No podía ser. Después de lo que habían compartido.

—Es todo muy aburrido.

—Estoy segura de que es fascinante —se incorporó un poco para mirarlo a los ojos—. Háblame de tu vida, de tu infancia, de tu trabajo, de todo. Haz como si yo… no sé…

—¿Fueras a escribir un artículo sobre mí?

Eso la dejó helada.

—No. Yo… no. Claro que no.

Derek se apartó bruscamente y se levantó de la cama.

—Enseguida vuelvo.

Se metió en el baño, se quitó el preservativo, lo tiró a la basura y se lavó un poco. Quería borrar su rastro. Había sido un estúpido. Hannah se había acostado con él porque creía que era Jack Brattle y quería conseguir una exclusiva. ¿Cómo había podido ser tan ingenuo y tan estúpido? Era cierto que también él le había tendido una trampa con la intención de escribir un artículo, pero había desechado la idea después de ver lo que había ocurrido entre ellos. Y ahora resultaba que era él el engañado. Lo había hecho tan bien. No le había hecho demasiadas preguntas al principio para que se confiara, había esperado a seducirlo para que su curiosidad pareciera más natural.

¡Qué arrogante había sido al creer que pudiera parecerle tan irresistible como lo era ella para él! Lo peor era que, a pesar de lo cínico que era, se había dejado cautivar por sus encantos y había creído que ella sentía lo mismo. Pero estaba claro que había sido todo una fantasía; la fascinación de él solo era el resultado de leer demasiadas columnas suyas y pensar que entre ellos había algún tipo de conexión. Era como un adolescente enamorado de una famosa.

Una entrevista con el misterioso Jack Brattle. Ese era el gran premio, el sexo solo había sido el medio para conseguirlo. Él no era un hombre para ella, solo la personificación de una exclusiva que lanzaría su carrera.

Una exclusiva que estaba a punto de tener un abrupto y triste final.

# Capítulo 5

¿Que era quién?

No era posible. No podía ser que estuviera pasando algo así. No podía estar…

¿Otra vez con lo de «no estar pasando»? Pero sí, aquel horror estaba pasando por más que ella deseara que no fuera así. Al menos lo del sexo. Aunque había sido increíble revolcarse entre las sábanas con… ese hombre, hasta el punto de que se había convencido a sí misma de estar enamorándose de… de alguien que no era quien ella creía.

Otra vez no, otra vez el dolor y la decepción. Pero, ¿qué esperaba si se volvía loca por un completo desconocido?

—Entonces… ¿de verdad eres D.G. Jackson?

—Sí —respondió, mirándola fijamente.

—No eres Jack Brattle.

Siguió mirándola. Hannah no conseguía asimilarlo. Acababa de pasar una de las mejores noches de su vida y había disfrutado del mejor primer encuentro sexual de su vida… con D.G. Jackson, el columnista. No con Jack Brattle, el millonario.

No tenía ningún sentido. ¿Qué hacía D.G. Jackson en casa de Jack Brattle, además de seducirla fingiendo que era quien no era? ¿Y por qué en lugar de parecer arrepentido y contrito, en su rostro había una expresión furiosa, como si fuera ella la que lo había engañado?

Dios, cuánto dolía. ¿Habría algún hombre que fuera tal y como parecía?

Solo tres minutos antes, estaba tranquilamente desnuda delante de él, ahora sin embargo deseaba enrollarse en las sábanas y esconderse debajo de la cama a llorar. Pero no quería mostrar la más mínima debilidad; no quería que viera el daño que le había hecho. Solo quería levantarse de la cama con la mayor dignidad posible.

—¿Te importaría explicarme qué demonios está pasando?

—Te he tendido una trampa —afirmó como si fuera algo completamente normal para él, y quizá fuera así—. Dee-Dee es amiga mía.

—Dee-Dee —apenas podía pronunciar esas dos sílabas. ¡Era… insoportable! Una broma de muy mal gusto. Aunque D.G., ¡D.G.!, no se reía. No parecía estar pasándoselo bien en absoluto. Ya eran dos —. Me engañaste para que pensara que eras Jack Brattle.

¡Qué acto tan deplorable! Era repugnante. No se echaba a llorar solo porque la sorpresa aún la tenía bloqueada.

—Sí —respondió y parecía enfadado.

Por suerte, Hannah ya había asumido que había perdido la entrevista con Brattle, porque ella sí tenía principios y sabía que no podría hacerlo sin sentirse ruin. Dios, cuánto desearía que cayera otra rama de árbol, pero esa vez encima de D.G. Jackson.

—¿Qué estás haciendo en casa de Jack Brattle?

—La casa es mía.

—¿Qué? —no comprendía nada. D.G. había respondido como si se hubiese colado en su casa en lugar de aparecer tal y como él esperaba que hiciera. Además, ¿qué clase de salario le pagaba The Philadelphia Herald?—. Entonces Jack Brattle…

—No tiene nada que ver en todo esto.

Así que nada de Jack Brattle. Solo D.G. Jackson, un columnista con una mansión y, por lo que se veía, con un claro interés personal en ella. ¿Tanto se había ofendido con la mostaza que le había mandado? No era tan mala.

—¿Por qué lo has hecho?

—La cena que te preparé anoche debía ser el tema de mi próxima columna. Se iba a titular «La autora de la Columna Popular esa una gourmet encubierta».

Hannah sintió que le ardían las mejillas. La cabeza le daba vueltas y sentía un pitido en los oídos. No creía haber estado tan furiosa en toda su vida, ni siquiera con un hombre. Pero debía admitir que era un buen rival; la idea de obligarla a disfrutar de todas las cosas a las que solía oponerse tenía su mérito.

Excepto por un pequeño detalle.

—Pero te has acostado conmigo. ¿También pensabas contarlo en la columna? ¿Has escondido cámaras para tener fotos con las que ilustrar el artículo?

—No —apartó la mirada, la primera señal de que quizá se sintiera culpable por lo que había hecho.

Menos mal porque Hannah empezaba a pensar que estaba loco.

—Por eso insistías tanto en dejar claro que lo del sexo no estaba pasando. Ahora lo entiendo. Era muy práctico poder borrar cualquier recuerdo que pudiera hacerte sentir mal y, aun así, salirte con la tuya —se levantó de la cama para tratar de huir del dolor que le provocaba sentirse tan engañada y rechazada.

Intentó agarrar sus braguitas, pero las lágrimas no le permitían ver bien.

—Tú estabas dispuesta a acostarse con Jack Brattle con tal de conseguir la exclusiva.

Aquella acusación la frenó en seco. Hannah lo miró con la boca abierta y las braguitas en la mano. Ojalá lo hubiera hecho por eso, por conseguir un buen artículo. Pero no era así. Al principio sí había deseado aquella exclusiva, pero había acabado deseándolo solo a él. Porque era divertido y sexy y encantador y había conseguido que aquella fuera una de las noches más románticas de su vida. Porque, a pesar de representar todo lo que a ella le habían enseñado a no valorar, lo cierto era que había conseguido conquistarla, se había colado en su cuerpo y también en su corazón. Porque era una tonta, pero bueno, de nada servía fustigarse.

Con el paso de las horas la había invadido la necesidad de saberlo todo de él; quería conocer su pasado, sus gustos, sus costumbres, sus aficiones, pero ya no para escribir un artículo, puesto que no podría publicar nada después de haberse acostado con él, sino para

sumergirse en él, para estar más unidos y que lo que sabía de él se acercase un poco más a lo que sentía por él.

¿Cuándo aprendería?

Parecía que él había interpretado sus preguntas como prueba de que también ella sabía jugar sucio. Muy bien. No era tan tonta como para mostrarse aún más vulnerable en esos momentos.

—¿Qué más te da a ti con quién me acueste y por qué?

—Nada —se encogió de hombros—. A mí me da absolutamente lo mismo.

—Estupendo —dio la vuelta a las braguitas, que estaban del revés, mientras se preguntaba cuánto más podría aguantar antes de derrumbarse—. Bueno, gracias por los orgasmos. Ahora tengo que irme.

D.G. señaló la ventana, cubierta de hielo.

—¿Con este tiempo?

—Nada… —Hannah estuvo a punto de perder el equilibrio cuando los dedos del pie se le quedaron enredados en las braguitas— va a impedirme que me marche de esta casa cuanto antes.

—¿Sin un coche? Te vas a congelar.

—Si tanto te preocupa mi bienestar, deberías haberlo pensado mejor antes de organizar la desagradable broma de anoche.

—Esta bien. Déjame que te haga solo una pregunta.

—¿Qué? —por fin había conseguido ponerse las braguitas, colocó los brazos en jarras hasta que se dio cuenta de que aún no llevaba nada de cintura para arriba y se tapó de inmediato con los brazos.

—¿Cuándo tenías pensado decirle a Jack que eres periodista? ¿Después de marcharte y haber publicado la historia de su vida?

El enfado hizo que se olvidara una vez más de cubrirse.

—Eres un hipócrita. Fuiste tú el que me engañaste desde un principio para poder escribir tu columna. Además, ya le había dicho que era periodista… bueno, a ti.

D.G. la miró enarcando ambas cejas.

—Bueno, más o menos, pero lo dije —tuvo que admitir.

Hannah se odiaba a sí misma por no haberse dado cuenta de que por eso había dejado pasar por alto tan fácilmente la broma de que era periodista; alguien tan celoso de su intimidad como Jack Brattle

habría sospechado de inmediato. Y jamás habría admitido quién era él tan rápidamente. De eso sí se había dado cuenta y le había extrañado, pero había deseado tanto creer en la fantasía, como siempre quería creer en fantasías, en el romanticismo y en cuentos de hadas, y seguramente también en Santa Claus si su primo Tom no se lo hubiera estropeado. ¿Quién podría resistirse a creer en que un apuesto millonario le brindaba la oportunidad de su vida y además se enamoraba locamente de ella, y ella de él?

«Seamos realistas, Hannah». Esas historias no funcionaban ni en las películas.

—Bueno, D.G., tú…

—Derek.

—¿Qué?

—Me llamo Derek.

—¿Otra vez cambias de identidad?

—No, simplemente me llamo Derek —insistió sin inmutarse.

—Está bien. Derek, o como te llames, tú sabías que era periodista antes de que pasara nada entre nosotros, pero yo no sabía que tú no fueras Jack. Además, ¿cómo iba a publicar la historia de su vida si ni siquiera era su vida?

—No se trata de eso.

—Para mí sí —por fin encontró su sujetador debajo de la cama y se lo puso, aunque del revés.

Tuvo que darse la vuelta cuando se fijó en que Derek, Derek y no Jack, tenía la mirada puesta en sus pechos y eso, a pesar de lo furiosa que estaba con él, le recordó sus caricias e hizo que deseara más.

Estupendo. Había descubierto que aún podía caer más bajo. «Cuanto peor me tratan, más me enamoro. Humíllame, engáñame, miénteme y seré tuya».

—Hannah, no puedes salir con este frío.

—Intenta impedírmelo —agarró también el vestido del suelo y se lo puso sin preocuparse si estaba del derecho o del revés. Los zapatos estaban abajo y el abrigo en el…

Sintió unas manos en los hombros, se dio media vuelta y lo miró.

—¿Qué haces?

—Intentar impedírtelo.

—Hazme un favor, no vuelvas a hacer nada por mí durante el resto de tu vida.

Derek se puso las manos en las caderas y la miró con un gesto misterioso que le dio un aspecto más masculino e intenso; estaba mucho más guapo que cuando sonreía, lo que era decir mucho.

—¿Qué piensas hacer, pasarte el día caminando en medio de la tormenta de nieve?

—Déjame un teléfono para llamar a la grúa.

—Aquí no hay teléfono.

—Venga ya —miró a su alrededor y luego trató de recordar si había visto alguno en otra parte—. ¿Qué es esto, El resplandor?

—No hay teléfono fijo.

—Entonces déjame tu móvil.

—Vaya, no me acuerdo de dónde está.

—Pensé que querías que me fuese.

—No quiero tener que cargar con tu muerte.

—Pero mi humillación no te molesta nada, ¿no?

—Hannah —¿eran imaginaciones suyas o parecía más conciliador? —. Yo no pretendía que fuera nada más que una broma, eso es todo.

—En el momento en que te acostaste conmigo dejó de tener ninguna gracia.

—Eso no era parte del plan —definitivamente, su voz era más suave—. Créeme, eso no ha sido ninguna broma.

No, no, no. Hannah trató de no dejarse llevar por el hormigueo que sentía en el estómago, ni por su estúpida esperanza. No aprendería jamás.

—¿Qué ha sido entonces?

—Ha sido… —se pasó la mano por el pelo, de pronto parecía cansado—. Digamos que ha sido la combinación de la atracción, el momento y el champán.

—Ya —Hannah respiró hondo.

Tenía que dejar de escucharlo y de mirarlo, porque al verlo cansado había sentido ganas de llevarlo a la cama y darle un masaje, cuando en realidad debería haber querido darle una patada

donde más le doliera. ¡Cuántas veces había pasado por algo así! Escuchaba a un hombre, terminaba comprendiendo su punto de vista y pensando que quizá ella también tuviera parte de responsabilidad en lo ocurrido y entonces lo perdonaba. Entre tanto, siempre se le olvidaba que habían pasado por alto sus sentimientos y sus necesidades. Le había ocurrido tantas veces que ni lo recordaba. Pero ya estaba bien. Ninguno de los dos había actuado de un modo totalmente íntegro, pero ella creía que el pecado de Derek había sido mayor y se negaba a ser la tonta comprensiva de siempre.

—Necesito una palanca.

Como era de esperar, Derek la miró con cara de confusión.

—¿Vas a pegarme?

—Quiero romper la ventanilla del coche para sacar el móvil.

—Ah, pues me temo que no tengo ninguna palanca.

—Ya se me ocurrirá otra cosa —Hannah miró a su alrededor. Un par de lámparas de porcelana que se romperían, no era tan fuerte como para tirar una mesa o la cama. Repasó mentalmente las habitaciones de la casa. El atizador de la chimenea. Seguro que había uno. Se encaminó hacia la puerta.

—No lo dices en serio.

—Piensa lo que quieras.

Ya fuera de la habitación, bajó las escaleras hacia el vestíbulo. No oyó pasos tras de sí, lo que hizo que se sintiera triunfante y decepcionada al mismo tiempo.

Efectivamente, encontró un atizador en el salón, junto a la chimenea, fue entonces cuando lo oyó en lo alto de la escalera y salió corriendo para ponerse los zapatos a toda prisa mientras echaba de menos sus cómodas botas de invierno. No había tiempo para ponerse el abrigo. Tenía que salir, romper la ventanilla, agarrar el teléfono y llamar al seguro para huir cuanto antes del señor No-Jack-Brattle.

Abrió la puerta principal. El frío y el viento la golpearon en la cara. Seguía nevando. Se detuvo solo unos segundos y se le pasó por la cabeza que quizá estuviese cometiendo una estupidez, otro acto irreflexivo de los suyos. Pero no tenía otra opción, al margen de la

de renunciar por completo a su orgullo y entrar de nuevo a esperar que mejorase el tiempo. Si no conseguía recuperar el teléfono, siempre podía encerrarse en el baño o algo que denotase el mismo grado de madurez.

¡Qué horror!

Con el ruido del viento apenas oyó los pasos de Derek.

—Por el amor de Dios, Hannah, no seas tonta.

Aquellas palabras bastaron para que se decidiera. Cerró la puerta tras de sí y bajó el primer escalón. Eso fue todo. El hielo la hizo resbalar y torcerse el tobillo.

Bum. Bum. Bum. Cayó escalón por escalón hasta aterrizar en el suelo. En el frío. Con fuerza.

Y con dolor.

¿Cuándo aprendería?

Derek no podía bajar lo bastante rápidamente. ¿Cómo se le ocurría salir con tacones en medio de una tormenta de nieve? ¡Y para romper la ventanilla del coche, ni más ni menos! Estaba loca. Había creído que era un farol. Si no, se habría asegurado de no dejarla salir.

Cruzó corriendo el vestíbulo y abrió la puerta principal. El viento y la nieve lo obligaron a cerrar los ojos un instante. Menos mal que se había molestado en ponerse una camiseta antes de ir tras ella. Miró hacia el coche en medio de la ventisca de nieve.

¿Dónde demonios se había metido?

—¿Hannah?

El viento le recordó que llevaba las piernas y los pies al descubierto. Salió con cuidado y entonces la vio. El corazón le dio un vuelco. Estaba tumbada en el suelo a los pies de los escalones, que eran solo tres, pero de cemento. «Maldita sea». No se perdonaría jamás por no haber intentado impedir que saliera con más ahínco. Bajó lo más rápidamente posible sin pensar en el frío y se agachó junto a ella. Respiraba. Abrió los ojos ligeramente y lanzó un gruñido. Uno de los sonidos más hermosos que había oído Derek.

—Hola —trató de protegerla del viento y sintió un verdadero alivio al ver que intentaba incorporarse. Parecía que no tenía ninguna lesión grave, al menos en el cuerpo—. ¿Te has golpeado la cabeza?

—No —ya sentada, se frotó el cuello y la zona lumbar—. He aterrizado con la cadera.

—Mucho mejor. Aparte de eso, ¿te has roto algo?

—Creo que no.

—¿Puedes ponerte de pie? —la agarró de las muñecas y la ayudó a levantarse, esperando que se olvidara de todo lo sucedido y permitiera que la ayudara—. Vamos dentro y…

—¡Ah!

Derek sintió todo el peso de aquella mujer cubierta de nieve y con vestido de noche.

—¿Qué ocurre?

—El tobillo… Ay —soltó un par de palabras que no estaban permitidas en ninguno de sus periódicos.

De no haber estado tan preocupado por ella, habría menado la cabeza para mostrar su reprobación. Había sido una completa locura salir en medio de una helada con unos zapatos que ningún ser humano debería ponerse en circunstancia alguna.

—¿Crees que está roto?

—Me parece que solo es una torcedura. Quizá sea un esguince — estaba tiritando y temblando de frío.

—Vamos dentro —la ayudó a llegar al interior de la casa sin que opusiera ninguna resistencia, afortunadamente.

La dejó en una butaca que había en la entrada y le echó por encima su abrigo de cachemira. Después hizo lo que debería haber hecho la noche anterior, marcar el código necesario para cerrar la puerta de la verja exterior.

—No ha sido muy buena idea, ¿verdad?

—Las he visto mejores, sí.

No obstante, Derek pensó que era el mismo espíritu impulsivo que le había encantado de sus columnas. Parecía una mujer capaz de intentar todo lo que se le ocurriese y, aunque quizá la mayor parte de las veces le saliera mal, también le valía para descubrir lugares y

tener experiencias que la mayoría de la gente desconocía por completo. O creían imposibles. O poco prácticas. O peligrosas.

Derek, sin embargo, siempre había llevado una vida práctica y segura. No era de extrañar que ella hubiese despertado su atracción. Y su sorpresa. Y su furia.

—Deja que eche un vistazo —le quitó aquellos absurdos zapatos con cuidado—. ¿Puedes mover los dedos?

—Sí.

—¿Y el pie?

—Sí.

—¿A ver en círculos?

—¡Ay!

—Bueno, voy a llevarte arriba. Lo mejor para los esguinces es el reposo, un poco de hielo y… ¿qué otra cosa era?

—¿Champán?

Derek sonrió.

—No lo creo. Al menos hasta que estemos seguro de que estás bien.

—Estoy bien.

—No lo parece.

—Gracias.

—De nada. Voy a llevarte a la cama.

Ella reaccionó de inmediato y lo miró de soslayo.

—¿No pretenderás…?

—Solo para que descanses, Hannah. Quiero que entres en calor y estés tranquila —le pasó un brazo por la cintura y se puso el de ella alrededor del cuello. Notó que se ponía en tensión—. Sé que estás enfadada conmigo, pero esta vez puedes confiar en mí.

—¿Solo esta vez?

Derek gruñó de frustración.

—Vamos.

Hannah se dejó llevar hasta la escalera, donde Derek la levantó del suelo y la llevó en brazos hasta el dormitorio. Como Rhett Butler en Lo que el viento se llevó, pero con intenciones más honestas, por desgracia.

Después de la discusión, no pensaba que volvería a tenerla entre los brazos nunca más; ahora que volvía a darse cuenta del placer que era, se daba cuenta de lo mucho que lo echaría de menos. ¿No debería seguir furioso con ella? No podía estarlo ahora que ella lo necesitaba. Aparte de eso, había visto el gesto de dolor que había aparecido en su rostro cuando la había acusado de acostarse con Jack Brattle para conseguir una exclusiva. Quizá la emoción que había surgido entre ambos bajo las sábanas no había sido un producto de su imaginación.

—Será mejor que te quites ese vestido empapado.

—Está bien —estaba temblando sin parar.

Derek no se molestó en andar con ceremonias, simplemente la dejó en el suelo junto a la cama, le quitó el vestido y le retiró la ropa de cama para que pudiera acostarse. La arropó bien con la sábana y el edredón de plumas. Volvía a sentir ese extraño deseo de protegerla y se alegró de poder cuidar de ella.

—¿Mejor? —le preguntó. La vio asentir mientras abría un cajón de una cómoda para ponerse una camiseta seca, unos pantalones deportivos y unos calcetines gruesos—. Voy a prepararte un té —decidió, para huir de unos sentimientos que le inquietaban.

Ella lo miró con gesto de sorpresa.

—¿No te gusta el té?

—Me encanta.

—¿Entonces?

—Nada —dijo con una ligera sonrisa—. Me vendrá muy bien. Gracias.

—No hay de qué.

Ya en la cocina, puso el agua a hervir y pensó que quizá le apetecieran unas galletas. Rita siempre tenía galletas de mantequilla en alguna parte. El problema iba a ser encontrarlas. Y también el té.

Se había acostumbrado hasta tal punto a pasar el día trabajando y pasar tan poco tiempo en casa, que ya no sabía dónde estaba nada. Sabía que su vida no era como la de la mayoría de la gente, pero no le había gustado ver el gesto de sorpresa que había puesto Hannah la noche anterior al darse cuenta de que no tenía ni idea dónde estaban los platos en su propia cocina.

Cuando por fin las encontró, puso bastantes en un plato; ya era casi la hora de comer y, bueno, habían quemado muchas calorías desde la cena. Miró el reloj. Las doce y media. No habían dormido mucho y sin embargo tenía tanta energía como si hubiera dormido las ocho horas de rigor.

Al menos el té le salía muy bien, gracias a los sabios consejos de su madre, inglesa, que, por cierto, se habría horrorizado si hubiera podido ver que estaba preparándolo con bolsitas, en lugar de en tetera y con el té suelto. La idea le hizo sonreír. A veces el recuerdo de su madre sí que le provocaba una sonrisa, aunque la mayoría de las veces dicho recuerdo estaba empañado por la amargura y el dolor que había provocado su padre.

En los minutos que tardaba en hacerse el té buscó una bolsa para poner hielo, una venda y unos analgésicos, mientras pensaba que le gustaba hacer esas cosas por Hannah. Quizá ahora estuviese más tranquila… y menos enfadada. Tenía motivos para estar enfadada, pero necesitaba confiar en ella mucho más para poder darle más información.

Le habría gustado que hubiera negado tajantemente que se hubiera acostado con «Jack» para conseguir una exclusiva, pero también comprendía que hubiera sido capaz de traspasar ciertos límites ante la posibilidad de hacerle una entrevista a un personaje tan importante. Y estaba seguro de que había encontrado en la cama con él mucho más que material para una entrevista.

Además, era tan propio de Hannah lanzarse de inmediato ante la posibilidad de una buena oportunidad; sus blogs y sus artículos reflejaban ese aspecto de su personalidad. Siempre era la primera en ir a conocer las tiendas y los restaurantes nuevos de la ciudad para luego contar su experiencia y sus opiniones. No podía culparla por ser como era.

¿O quizá estaba justificándola porque deseaba estar cerca de ella más de lo que lo había deseado con ninguna otra mujer en su vida?

Derek hizo una mueca. Estaba claro que los hombres no habían evolucionado mucho desde los Neandertales. ¿Por qué si no la había llevado a la cama, sabiendo las complicaciones que acarrearía, y que de hecho había acarreado ya, el hacer el amor con ella?

Pero a él le gustaban ese tipo de complicaciones. No tenían nada que ver con las complicaciones que había habido en su vida en los últimos años, todas ellas relacionadas con el trabajo. Hacía mucho tiempo que su vida era complicada en todo lo relacionado con los sentimientos, en parte porque se había encerrado en sí mismo y no se abría a nadie. Incluso en ese momento, una parte de él sentía ganas de salir corriendo, pero otra tenía la sensación de estar a punto de nacer de nuevo. ¿Por qué? ¿Por qué ella? No lo sabía y no creía que fuera a saberlo pronto. Pero antes tenía un nuevo reto: encontrar una bandeja.

Por fin la encontró en un pequeño armario lateral. Colocó los calmantes, el té, la leche y el azúcar, por si acaso, el plato de galletas, además de un cuenco con fruta y, como toque final, una rosa que agarró del invernadero.

Durante su infancia, cuando sus padres estaban fuera, siempre había habido gente para atenderlo lo mejor posible y pequeños detalles como una flor en una bandeja eran algo que le habían hecho sentirse lo bastante cuidado como para poder seguir adelante. Pero seguramente la vida de Hannah estaba ya llena de gente que la quería y cuidaba de ella.

Sonó el temporizador que le avisaba de que tenía que retirar las bolsitas del té; Derek salió de su ensimismamiento y agarró la bandeja. No le gustaba sentir celos de toda esa gente y era consciente de que mucha gente habría matado por estar en su lugar.

Trató de olvidarse de esa sensación de vulnerabilidad y le llevó la bandeja con la esperanza de que lo que había puesto en ella hiciera que Hannah se sintiera mejor. Pero, si se encontraba mejor, seguramente querría marcharse y quizá fuera mejor así. Entonces podrían dejar atrás la maravillosa noche que habían compartido y, como habían dicho bromeando, fingir que no había sucedido. Quizá pudiera llamarla la próxima vez que fuera a Filadelfia y empezar de nuevo con una cita normal. Pero ahora que iba a cerrar la oficina de Filadelfia de su empresa, iba a vender la casa y a dejar el Herald, apenas iría a la ciudad.

En cuanto entró en la habitación y vio a Hannah, recostada sobre los almohadones, con el cabello rubio extendido sobre ellos, los ojos

cerrados y los hombros desnudos, Derek supo que tendría que encontrar la manera, cualquier manera, de conseguir que se quedara un poco más.

# Capítulo 6

Té. Jack-Derek le había llevado té. Le había gritado, lo había insultado, aunque con razón, se había comportado como una loca impulsiva, obligándolo a salir en medio de la tormenta en ropa interior y, en lugar de enfadarse y romper el cristal del coche él mismo para que se fuera cuanto antes de allí, la había metido en la cama y le había llevado té y galletas.

Y una rosa. Una rosa tan perfecta que de pronto la habitación olía como olía la casa de su tía de New Jersey ren verano. No, mejor eso, como el ramo de novia de su mejor amiga del instituto, o como un romántico paseo por una rosaleda.

Dios. Estaba enfadada, el tobillo le dolía una barbaridad, tenía la cadera y el hombro magullados, no conseguía entrar en calor y aun así seguía sintiendo ese maldito hormigueo. La experiencia le había enseñado que los hombres podían ser buenos acompañantes y amantes, pero no se les daba bien cuidar a los demás.

Claro que quizá tuviera que empezar a salir con otro tipo de hombres.

—¡Vaya! —exclamó al ver la bandeja mientras intentaba incorporarse en la cama.

—Cuidado. Te he traído hielo y una venda.

—Gracias —le salió una voz suave y temblorosa.

No era la manera de comportarse con un mentiroso. Con los mentirosos había que mostrarse fría y alejarse de ellos lo antes posible.

El problema era que ni siquiera sabía cuándo sería eso por culpa de la tormenta, de la falta de cooperación de dicho mentiroso y de su tobillo… Intrépida reportera convertida en prisionera. Hannah suspiró. Estaba prisionera en una mansión maravillosa, en la cama de un hombre guapísimo que estaba tratándola con mucha dulzura. Que alguien le recordara por qué era tan horrible.

—¿Leche? ¿Azúcar?

—Ninguna de las dos cosas —respondió sin mirarlo.

Bueno, se tomaría el té y dejaría que Derek la cuidara un poco, pero eso no quería decir que tuviera que enamorarse de él. Otra vez. Quizá ya hubiera empezado a enamorarse de Jack, pero al menos podía ser fuerte con Derek. Siempre y cuando él dejara de engañarla y se comportase como todo un boy scout.

—A ver qué puedo hacer con tu tobillo —dijo antes de ir hacia un extremo de la habitación y abrir una puerta que debía de ser de un vestidor enorme.

Apareció de nuevo con un grueso albornoz que le echó por encima a Hannah. Era increíblemente suave y olía a Jack-Derek, lo que le resultaba muy agradable, demasiado para su propio bien. Pensó que quería llevárselo a casa y sumergirse en su olor en las noches solitarias. ¡Qué lástima daba!

—Gracias.

Mientras ella se colocaba el albornoz para que no se le viera nada, Derek sacó una pastilla del frasco de ibuprofeno que le había llevado.

—Se me ha olvidado el agua —se lamentó.

—No pasa nada, lo tomaré con el té —resultaba curioso, y muy atrayente, que cosas tan sencillas le costaran tanto y luego se mostrara tan seguro y tan diestro en otras, como cuidar de ella y preparar comida. Y hacerle el amor.

No, no debía pensar en eso.

Mientras preparaba la venda, Hannah tomó otro sorbo de té y disfrutó de la reconfortante sensación que le transmitía la infusión caliente. La taza estaba decorada con dibujos de arándanos, lo que le recordó a una vajilla que había visto una vez en una tienda durante un viaje que había hecho con su familia a Maine. Hannah les

había pedido a sus padres que le compraran un platito de la vajilla, pero ellos estaban borrachos y no dejaban de discutir, con lo cual primero no le habían hecho caso y, cuando ella había insistido, le habían contestado con una crueldad que no merecía. Unos meses más tarde, había aparecido un platito parecido bajo el árbol de Navidad, a modo de disculpa. A Hannah le había hecho ilusión verlo, pero el recuerdo de la actitud que habían tenido sus padres en Maine había estropeado la alegría del regalo. Cuando su compañera de habitación de la universidad había roto el platito durante una fiesta, no lo había lamentado demasiado.

Derek le colocó la pierna sobre un almohadón para poder vendarle el tobillo con más facilidad. Hannah se preparó para aguantar el dolor, pero lo cierto fue que no hubo mucho porque Derek fue muy delicado.

¡Vaya!

De hecho, acabó disfrutando de la inusual experiencia de que la cuidaran.

—Tienes que llevar el hielo veinte minutos —le explicó al tiempo que se lo colocaba sobre la venda—. No estaría bien que además se te congelara el pie —bromeó.

—Gracias.

—No hay de qué —respondió, de pie junto a la cama y observándola con el ceño ligeramente fruncido.

Por alguna extraña razón, Hannah sintió una ridícula timidez. Ridícula porque se había pasado toda la noche desnuda entre sus brazos sin el menor atisbo de vergüenza y ahora sin embargo estaba perfectamente tapada y tomándose un té. ¿Qué demonios le pasaba?

Quizá fuera porque ahora no sabía muy bien a qué atenerse con él, no habían aclarado cuál era la naturaleza de su… relación. ¿Debería volver a pedirle que le dejara el teléfono? ¿Debería gritarle un poco más? ¿O disculparse por cómo se había comportado? ¿O…

—¿Una galleta? —se la puso delante de la boca para que solo tuviera que morder.

—Gracias —Hannah sacó un brazo para agarrarla a pesar de lo cómoda que estaba bajo el cálido edredón.

—No te desarropes. Yo te ayudo a comerla.

—Puedo comer sola.

—Lo sé, te he visto hacerlo y se te da muy bien —seguía ofreciéndole la galleta para que la mordiera y, al ver que no lo hacía, se la acercó un poco más hasta rozarle los labios.

Hannah sintió ganas de limpiarse las migas con la lengua. Podía sentir el aroma de la mantequilla.

Dios, qué débil era. Solo un mordisquito…

—Umm.

—Come un poco más.

Otro mordisco y luego otro. Entonces lo miró a los ojos y vio que los tenía clavados en sus labios con una expresión que no debería haber estado allí. Había algo primitivo y posesivo en su mirada. Parecía preguntarse qué podrían hacer aquellos labios además de comer galletas.

No, no. Ya no era el hombre manipulador que la había engañado, ahora era un boy scout. Su enfermero, no un seductor.

—¿Una frambuesa? —le preguntó cuando se acabó la galleta.

Hannah sentía una mezcla de satisfacción y vulnerabilidad ante tantos mimos. Sabía que no debía permitir que siguiera con el jueguecito de darle de comer, pero no conseguía encontrar un motivo racional para no hacerlo. Solo estaba dándole de comer, sin embargo… Sabía que era algo más que eso.

—Derek, de verdad que puedo comer…

—¿Una frambuesa? —repitió él como si nada.

Hannah no pudo evitar sonreír, ni tampoco abrir la boca. Resultaba decadente, y también muy poco ecológico, comer frambuesas en enero, pero al sentir el estallido de sabor en la boca, Hannah se olvidó de todo.

—¿Otra?

Al mirarlo, encontró en su rostro un gesto demasiado inocente.

—Creo que sería más fácil que comiera yo sola.

—Estoy seguro —dijo, pero no dejó que agarrara ella la frambuesa.

—Entonces no quiero más, gracias.

—Muy bien —se la comió él.

En contra de su propia voluntad, Hannah lo observó atentamente mientras saboreaba la baya, intentando con todas sus fuerzas no caer tan bajo como para querer ser aquella pequeña fruta. Pero aquellos labios masculinos se habían abierto a ella y la habían engullido con tal placer…

Ay, Dios. Gracias al hielo y al calmante empezaba a mitigarse el dolor y su cuerpo por fin estaba entrando en calor. Bebió un poco más de té.

—Debería irme pronto.

—Claro —Derek empezó a pelar una mandarina.

—Entonces… ¿vas a dejarme tu teléfono?

—Claro, en cuanto estés recuperada.

—Me encuentro bien. Mucho mejor.

Separó unos gajos y se los ofreció. Hannah frunció el ceño, pero lo cierto era que se le había hecho la boca agua.

—¿No quieres? —amagó con retirar la fruta—. La vitamina C es muy buena.

Bueno. No era más que comida. Abrió la boca y se comió lo que le daba sin darle importancia, pero de pronto era como si todos sus sentidos se hubiesen activado y lo percibieran todo con una intensidad fuera de lo habitual. No quería ni pensar en todas las sensaciones que le provocaba Derek. Tenía que largarse de allí antes de hacer alguna tontería como pedirle que le hiciera el amor otra vez porque entonces acabaría humillándose aún más enamorándose de Jack Brattle y de Derek Jackson en menos de veinticuatro horas.

—¿Sabes lo que creo? —le preguntó él.

—¿Qué?

—Que ninguno de los dos estaba actuando con total honestidad.

—Es cierto.

—Entonces, ¿qué te parece si nos olvidamos de todo y empezamos de nuevo? —dejó el plato en el suelo y le tendió una mano—. Soy Derek G. Jackson. Entre otras cosas, trabajo para The Herald.

Hannah contempló su mano durante unos segundos, después asintió y se la estrechó. Seguramente así tendría más posibilidades

de que le dejara el teléfono y de escapar de allí antes de perder la cabeza.

—Encantado de conocerte —Derek la miraba fijamente a los ojos con un gesto travieso—. Puede que hayas leído La Columna Sofisticada, con la que trató de familiarizar a la gente de Filadelfia con la buena comida.

—Puede ser, sí —lo miró con expresión acusadora, pero no sirvió para borrar ese gesto tan sexy de su cara, ni para mitigar su reacción ante él—. Yo escribo La Columna Popular, que demuestra que no hace falta ser millonario para disfrutar de la buena comida. A lo mejor la has leído.

—Sí, eso creo…

—Ya —Hannah sonrió. Habría sido imposible no hacerlo; la sonrisa de Derek era tan contagiosa como un bostezo.

—¿Por qué decidiste hacerte periodista, Hannah?

—Era uno de esos sueños de infancia —explicó ella, quitándole importancia—. Otros niños querían ser actores, bomberos, yo siempre quise ser periodista.

Derek hizo como si estuviese tomando nota.

—¿Y por qué crees que era?

—Verá, doctor, por si no lo ha notado, siento verdadera pasión por la comunicación.

—Sí había notado algo relacionado con la pasión…

—Y tú, ¿por qué empezaste a escribir, «entre otras cosas»?

—Te vas a quedar de piedra, pero la verdad es que sentía pasión por la comunicación. El resto de mi trabajo no es tan apasionante. Yo había escrito ya para el periódico del instituto y el de la universidad y se me ocurrió que sería una buena manera de establecer contacto con la gente de la ciudad, así que le envié una propuesta al director de The Herald, Clyde Ortiz, y le gustó. Después apareciste tú en The Sentinel y la gente empezó a comparar las dos columnas.

—Todos mis lectores empezaron a leer tu columna y…

—Y los míos empezaron a leer la tuya, así que los dos hemos salido beneficiados —se inclinó sobre ella, mirándola a los labios—. Creo que ha llegado el momento, Hannah.

—¿El momento? —repitió casi sin aliento, pues no podía respirar con normalidad.

—De quitarte el hielo.

—Ah —no parecía decepcionada, seguro que no. Eso estaba bien porque no lo estaba, lo que estaba era aliviada porque había pensado que iba a aprovechar la disculpa, aunque en realidad ni siquiera se había disculpado solo le había propuesto una tregua, para seducirla de nuevo.

Derek retiró el edredón, pero esa vez no estaba el albornoz para cubrirla, así que Hannah se quedó allí tumbada en ropa interior. Le quitó el hielo y volvió a colocarle la venda, tras lo cual dejó la mano sobre su pierna. Sentía el calor de sus dedos. No era un gesto erótico ni mucho menos, sin embargo… ¿Por qué resultaba tan excitante el simple roce de un nuevo amante, aunque fuera en la espinilla, ni más ni menos?

—Gracias.

—De nada —subió la mano lenta y deliberadamente.

Hannah cerró la otra pierna, atrapándole la mano por encima de la rodilla. No se atrevería.

—¿Qué haces?

—Aquí, sentado en la cama contigo, con una mano en tu rodilla.

Lo miró fijamente, tratando de que no notara que volvía a sentir el hormigueo en el estómago.

—No la tienes en la rodilla.

—¿No? —se miró los dedos con fingida sorpresa, estaban ya casi en el muslo.

Hannah le agarró la mano y se la puso en el colchón.

—Tápame otra vez.

—Lo siento, no puedo.

—¿Por qué?

—Porque me da dolor de cabeza estar debajo de tanta ropa de cama.

Lo miró como si hubiera perdido la cabeza.

—¿Y qué tiene eso que ver con que me tapes a mí?

—Pues…

Se inclinó sobre ella y le besó el muslo.

—No, no. No hagas eso —trató de moverlo, pero solo le sirvió para que le doliera el tobillo—. Me estás haciendo daño.

—No, te lo has hecho tú —le acarició el muslo con la lengua y fue subiendo hasta llegar a la tela de las braguitas, directo a…

—No —intentó apartarse, pero volvió a dolerle.

—No te muevas.

—Para.

—No puedo, es una necesidad médica.

—Derek.

Tenía los labios sobre las braguitas, justo encima del clítoris.

Hannah estaba a punto de echar a arder. Una mujer entra en combustión misteriosamente. ¿Qué tenía aquel hombre para provocarle semejantes reacciones? Se moría de ganas de que le arrancara las braguitas y sumergiera la lengua dentro de ella hasta volverla loca. Pero seguía molesta con él por haberla engañado y manipulado, y ahora estaba manipulándola otra vez. Si cedía…

Tendría un magnífico orgasmo.

No, no. No era eso lo que debería estar pensando. Si cedía, él volvería a salirse con la suya y ella perdería un poco más de orgullo, y quizá el corazón. ¿No era eso lo que le pasaba siempre?

—Para, por favor —intentaba moverse sin que le doliera y tratando de encontrar la manera de tenerlo dentro cuanto antes—. No quiero.

—No es eso lo que dice tu cuerpo.

—Pero no es él el que manda —tenía que hacer algo—. Tengo que irme. Ahhh.

No tenía alternativa.

—No te muevas, así no te dolerá el tobillo —hizo un poco más de presión con los labios por encima de la tela, transmitiéndole el calor de su boca.

—Derek…

—¿Sí? —le apartó un poco la pierna buena—. Ábrete para mí.

—No —respondió Hannah, con los ojos cerrados, tratando de soportar el dolor del tobillo y el placer de su boca.

Pero entonces sintió su dedo bajo las braguitas y ya no pudo resistirse más. Había encontrado su innegable humedad, su evidente excitación.

No podía moverse a pesar de lo mucho que deseaba hacerlo. Su dedo empezó a moverse y le hizo perder el control. La magia de su boca y de su dedo le regalaron un orgasmo que le arrancó de la boca un sonido animal que le era completamente desconocido. Y un pensamiento que le era muy conocido.

«Me estoy enamorando de ti».

No. No. ¡No! ¿Qué había hecho?

Su respiración recuperó la normalidad. Derek la besó en el vientre, fue subiendo primero hasta sus pechos y luego hasta su boca, donde la besó una y mil veces. Hannah deseaba abrazarlo y rendirse del mismo modo que se había rendido al deseo. Pero quería algo más que deseo de él, por eso no se movió.

—¿Estás enfadada?

—No.

—Pero tampoco contenta.

—No sé qué estoy. Saciada, sí, desde luego.

Derek sonrió.

—Pero ha sido un truco muy sucio y ya es el segundo.

—Gracias.

Hannah no pudo contener una sonrisa.

—Te sientes orgulloso.

—Pero no saciado.

—Pues yo estoy lesionada, así que vas a tener que aguantarte.

—De eso nada.

Derek se levantó de la cama para quitarse la ropa. Hannah volvió a excitarse solo con verlo desnudo; ese pecho, esa erección que ya la había hecho muy feliz un par de veces durante la noche… Había que admitir que era una belleza. No muy larga, pero suave y gruesa, de esas que no dejaban lugar a dudas cuando una la tenía dentro. A pesar del magnífico orgasmo que acababa de tener, Hannah estaba otra vez húmeda, y más aún cuando, mirándola a los ojos, él comenzó a tocarse.

En contra de lo que le decía el sentido común, Hannah no tardó en alargar la mano para ayudarle, tocándole los testículos. Por el modo en que se le aceleró la respiración, no había duda de que le gustaba lo que hacía.

Y podía hacer más.

Mientras le tocaba con una mano, se llevó la otra a las braguitas y las coló debajo de la tela.

Derek sintió un gemido de placer al verlo.

Ante su atenta mirada, Hannah se despojó del sujetador y se acarició los pechos sensualmente. Después se chupó un dedo y se lo pasó por los pezones. Se metió dos dedos en la boca y los movió como si se lo estuviera haciendo a él. Derek la miraba con una intensidad animal y los labios entreabiertos.

Jamás habría creído que pudiera disfrutar tanto de ver a un hombre dándose placer a sí mismo. Sin embargo así era, estaba consiguiendo disparar su excitación y hacerle perder la cabeza.

Se retiró los dedos de la boca y bajó la mano lentamente hasta el sexo, que abrió suavemente para él. Su reacción fue inmediata, la lluvia de su clímax cayó sobre el pecho y el vientre de Hannah mientras él la miraba a los ojos fijamente. Hannah tenía la impresión de que el mundo entero había desaparecido y solo existía él y la increíble química que había entre ambos.

¿No debería sentirse orgullosa de la victoria conseguida?

No era eso lo que sentía.

—Hannah —susurró él, aún mirándola.

Ella sintió una explosión de ternura en el corazón. No. Primero Jack y ahora Derek. No había manera. Una periodista queda cautiva del amor en una mansión.

La limpió con unos pañuelos de papel antes de ir al baño y volver con un paño mojado en agua caliente con el que repitió la operación delicadamente, entreteniéndose especialmente en sus pechos.

—Bueno —tiró el paño a una cesta de mimbre en la que hizo canasta fácilmente—. ¿Qué quieres hacer?

Hannah sabía lo que debía responder. Tenía que marcharse, pero la idea de volver a su apartamento le dio pánico. Su casa no tenía nada de malo, pero no era una mansión con un hombre guapísimo dentro.

Se mordió el labio. ¿Una mansión? ¿Qué había sido de sus principios, de su negativa a valorar las cosas por el hecho de que costaran mucho dinero o fueran lujosas? En cuanto al hombre

guapísimo, era cierto que la había hecho disfrutar enormemente, pero no podía olvidar cómo había conseguido llevarla hasta allí la noche anterior.

¡Dios! Era todo demasiado complicado. Se sentía muy confusa, no podía tomar una decisión, especialmente si lo tenía delante, mirándola, desnudo y con una sonrisa en los labios.

—Debería llamar al seguro.

—De acuerdo.

Hannah se sintió decepcionada al ver que iba al escritorio y sacaba un teléfono móvil del cajón.

—Es cierto que no hay teléfono fijo en la casa —se acercó a ella y estiró la mano, pero no estaba lo bastante cerca para que ella pudiera agarrar el teléfono—. Quiero hacerte una oferta.

—Muy bien.

—Lo primero, siento mucho haber pensado que mi plan para traerte hasta aquí era buena idea.

Hannah se encogió de hombros.

—Admito que habría tenido su gracia…

—Si no nos hubiéramos puesto como animales nada más vernos.

—Exacto —no pudo evitar echarse a reír.

—También siento haber hecho el amor contigo la primera vez sin decirte quién era y por qué estabas aquí. Pero no siento que hiciéramos el amor.

Hannah asintió. Deseaba aceptar su disculpa, que esa vez sí era una disculpa en condiciones, y olvidarlo todo, pero no sabía si eso la convertiría en alguien comprensivo e inteligente, o, una vez más, en una especie de felpudo para los hombres.

—Espero que me perdones —su mirada era sincera.

Estaba pidiéndoselo, no suplicando, sin perder el orgullo, algo que Hannah admiraba enormemente porque también tenía la impresión de que realmente era importante para él que lo perdonara. No pudo resistirse.

—Me has convencido en cuanto has dicho «Lo primero».

—Gracias —dijo, riéndose con alivio y alegría—. Ahora quiero…

—Espera —ella también le debía un poco de sinceridad, aunque eso significara quedar completamente expuesta ante él—. Siento

haberte hecho creer que me había acostado con «Jack» solo para conseguir una exclusiva. No es así. Yo no soy así. En cuanto… me di cuenta de lo que iba a ocurrir, supe que no escribiría el artículo. Debería haberlo admitido antes, pero estaba enfadada y… bueno, soy muy orgullosa.

—Gracias.

Hannah tuvo que dejar de mirarlo para no ver la satisfacción que reflejaba su rostro y no sentir ella misma que acababan de cruzar una línea que los encaminaba hacia algo maravilloso.

—¿Cuál era la oferta?

—Pasa el día conmigo. Empezaremos de nuevo sin mentiras y disfrutaremos de lo que queda del día de Año Nuevo. Hay comida de sobra y las carreteras están en muy malas condiciones —dejó el teléfono sobre la cama, donde ella pudiera agarrarlo—. Si quieres, llama al seguro y márchate. Esta vez no voy a intentar impedírtelo.

Hannah miró el teléfono, una BlackBerry casi igual que la suya. Era libre de marcharse y de quedarse. Era muy importante para ella que hubiese sido sincero y que la dejase elegir. Nada de manipulación, ni de sentimientos de culpa.

Estaba claro que llevaba toda la vida saliendo con la clase de hombres que no debía… claro que con Derek no estaba saliendo. Prefería no pensar en la lástima que le daba pensar eso. El increíble deseo que sentía por tener algo más con él debería bastar para obligarla a salir corriendo de allí.

Claro que Derek no le habría pedido que se quedara si no quisiera que lo hiciera. Se suponía que los hombres también podían enamorarse, al menos eso había oído.

Hannah agarró el teléfono, vio el gesto de decepción de Derek antes de que lo disimulara, sonrió y estiró el brazo para devolvérselo.

—Me quedo. Gracias.

La alegría y el alivio que reflejaba su rostro le llegaron al corazón y se sintió satisfecha de no haber hecho caso, una vez más, a la voz de alarma que trataba de avisarla de un nuevo desengaño.

A veces pensaba que lo único que jamás podría aprender era a ser un poco más sensata con el amor.

# Capítulo 7

—Espera un momento —Hannah retiró el brazo justo antes de que Derek pudiera recuperar su teléfono móvil—. Le dije a mi padre que le llamaría hoy, ¿puedo? Si no lo llamo, se preocupará.

—Ah —Derek sonrió y luego se acercó a darle un inesperado beso —. Pensé que habías cambiado de opinión respecto a quedarte. Llama a tu padre tranquilamente, yo volveré en unos minutos.

—Gracias.

Salió de la habitación ante la maravillada mirada de Hannah. Tenía mariposas en el estómago, fuegos artificiales en el corazón y todos los demás tópicos románticos que existían.

Estaba claro que había perdido el contacto con la realidad, así que era una buena idea llamar a su padre para recordar que, cuando acabara el día, tendría que volver a su apartamento, al trabajo, y dejar para siempre aquella fantasía.

¡Qué latazo!

Marcó rápidamente y saludó a su padre en cuanto respondió.

—¿Hannah? —preguntó, confundido—. He estado a punto de no responder porque no reconocía el número.

—Es que… no tengo mi teléfono, así que me han prestado uno.

—Ah.

Por una vez agradeció que su padre no sintiera, porque no lo había hecho nunca, ninguna curiosidad sobre su vida. Cualquiera que la conociera se extrañaría de que se hubiese separado de su querida BlackBerry.

—¿Qué tal se encuentra mamá?

—Bien. Ha desayunado sin ayuda.

—¡Qué bien! ¿Puedo hablar con ella?

—Claro.

—Hannah, querida, Feliz Año Nuevo —le deseó su madre solo unos segundos después.

—Igualmente, mamá —se le hizo un nudo en la garganta al oír la voz de su madre porque sonaba más mayor de lo que era y muy débil.

—¿Qué tal la lujosa fiesta de anoche?

—Lujosa. A ti te habría parecido un horror. He oído que estás comiendo sola. Felicidades.

—Sí, ya soy una niña grande —respondió con sarcasmo.

Hannah se echó a reír, aunque sabía que la broma tenía una importante carga de amargura. Después de haber afrontado por fin su alcoholismo, terminar de estudiar Derecho y haber conseguido un trabajo en un importante bufete de abogados para hacer frente a las deudas familiares, ahora su madre tenía que sentirse orgullosa de poder comer sola.

—Cuando quieras darte cuenta, estarás empezando el colegio.

—Sí, me espera mucha diversión. Mientras, tu padre y Susie me cuidan muy bien.

—Me alegro mucho, mamá. Es estupendo que papá lo esté haciendo. Aunque sé que tú harías lo mismo por él.

—Sí, pero a los hombres no les sale de manera tan natural lo de cuidar de los demás —hizo una pausa para respirar hondo—. Es algo en lo que una no se para a pensar cuando decide pasar la vida con otra persona. Creemos que siempre seremos jóvenes y fuertes.

Hannah cerró los ojos con fuerza. Era muy injusto lo que le estaba pasando a su madre.

—Vas a seguir mejorando, mamá.

—Eso dicen los médicos. Pero voy a darte un consejo, olvídate del físico y del atractivo de un hombre cuando quieras elegir a la persona con la que quieres pasar el resto de tu vida. Esas cosas no importan nada a la larga. Encuentra alguien que te dé de comer cuando no puedas hacerlo sola.

A Hannah le vino a la cabeza automáticamente el sabor de la frambuesa y la textura de la galleta de mantequilla. Umm…

No creía que fuera eso a lo que se refería su madre.

Recordó entonces a Derek llevándola en brazos a la cama y llevándole un té…

No. No. Tenía que dejar de imaginarse camino del altar cuando apenas acababa de conocer a alguien.

—Lo tendré en cuenta, mamá. En la próxima cita que tenga, le daré un cuenco de cereales al chico y veré qué tal se le da.

—Ya me contarás —respondió su madre riéndose.

Aquella risa era música para los oídos de Hannah.

—Feliz Año Nuevo, mamá. Y saluda de mi parte a Susie.

—Eso haré. No sé qué habríamos hecho sin ella. Ya sabes lo importante que es el trabajo para tu padre.

—Sí —respondió sin hacer uso de la ironía, pues era cierto que, ahora que había conseguido conservar un empleo durante algún tiempo, el trabajo era importante para él—. Dale un beso y otro para ti.

—Te deseo un año lleno de cosas maravillosas, Hannah.

—Yo a ti también, mamá. Cuando empiece el próximo año, estarás ya trabajando.

—Eso sería estupendo —su madre volvió a suspirar—. Adiós, mi amor.

Hannah colgó con esa curiosa mezcla de alegría y tristeza que sentía últimamente cada vez que hablaba con su madre. Alegría porque estaba viva y seguía siendo la misma y tristeza porque aún le quedaba un largo camino por delante. ¿Por qué las cosas no irían siempre bien?

Bueno, quizá fuera aburrido. En cualquier caso, era del todo improbable. Al menos estaría bien que los problemas estuviesen repartidos de un modo más justo porque, al margen del milagroso rescate, sus padres habían tenido que afrontar muchos problemas a lo largo de su vida.

Consideró la idea de llamar a Daphne. Seguramente ella ya la habría llamado y quizá se preocupase cuando viera que no le devolvía la llamada. Además quería ver qué tal iban las cosas con su

novio. Paul había sido camarero antes de entrar a trabajar a un banco; no había querido estudiar Derecho por más que Daphne había intentado convencerlo de que lo hiciera. Hannah se preguntó una vez más si Paul no estaría simplemente rebelándose ante las insistencias de su novia de organizarle la vida. Daphne lo hacía con buena intención porque quería que aprovechase todo su potencial, pero lo cierto era que Paul era un hombre hecho y derecho. En cualquier caso, a Hannah le daría mucha pena que las cosas les fueran mal después de tres años. ¡Tres años! Eso era una eternidad comparado con cualquiera de sus relaciones. Quizá durante la conversación con Daphne pudiera dejar caer dónde estaba y qué estaba haciendo. Ya era hora de tener alguna noticia interesante en relación con los hombres.

Un golpe y un par de palabras malsonantes la hicieron mirar hacia la puerta. Enseguida apareció Derek empujando una silla de ruedas. Bueno, ya llamaría a Daphne cuando volviera a casa.

—Me he acordado de que teníamos esta silla. Mi madre la utilizó un tiempo poco antes de morir. Será mucho mejor verte en ella a ti, que te estás recuperando.

—Derek… —se había quedado sin habla al oír aquello—. Siento mucho lo de tu madre. ¿Cuándo murió?

—Hace más de diez años, gracias —respondió con cierta brusquedad antes de cruzar la habitación para volver a ponerse la ropa que llevaba hasta que había comenzado su deliciosa seducción.

Era evidente que, aunque ya no era Jack Brattle, seguía sin querer revelarle nada sobre su pasado. Hannah intentó no sentirse rechazada, recordándose que entre ellos no había ningún tipo de compromiso. Derek no tenía por qué compartir sus secretos con ella.

Pero eso no quería decir que ella no quisiese saberlos.

—Tu trono te espera —anunció, acercando la silla a la cama—. He pensado que quizá te apeteciera hacer una visita guiada a la casa.

—Me encantaría.

No le hizo más preguntas, pensó que quizá le contara algo más después. Hannah estaba deseando tener motivos para creer que estaba compartiendo con ella cosas que no había compartido con nadie.

«Hannah, Hannah», se reprendió a sí misma. Siempre buscando señales que indicaran que era más importante para un hombre de lo que realmente era.

—Podrías dejarme algo de ropa… a menos que te guste pasear mujeres desnudas en silla de ruedas.

Derek se echó a reír y Hannah se alegró de haberle devuelto la sonrisa.

—A mí me encantaría, pero tú te helarías —respondió mientras iba hacia la cómoda—. Parece que el viento se ha calmado, pero sigue nevando con fuerza. La verdad es que está precioso fuera; te lo enseñaré cuando estés vestida.

—Pero no me enseñes la parte donde está mi pobre coche.

—De acuerdo. No sé si los del seguro podrán retirar el árbol —le lanzó una mirada malévola—. Quizá tengas que quedarte un poco más.

—Eso sería horrible —Hannah exageró el gesto de pavor, intentando no sonreír—. Con toda esa comida maravillosa, una casa enorme por explorar y tú… también por explorar.

Derek le tendió los brazos de par en par.

—Explórame, pequeña.

Como si necesitara que la animara.

—Muy bien. ¿Qué haces además de trabajar para The Herald? ¿Viajas mucho? ¿Vives siempre aquí?

Derek frunció el ceño.

—Pensé que habías dicho explorar, no interrogar.

—Ya nos hemos explorado antes, ahora toca interrogar.

—¡Qué suerte la mía! —meneó la cabeza y le acercó unos pantalones de deporte y una camiseta parecidos a los que llevaba él —. Dirijo la empresa familiar de la que me hice cargo después de que murieran mis padres.

—¿Tu padre también ha muerto?

—Sí —otra vez respondía como un robot—. Poco antes que mi madre.

—No —era horrible. Hacía diez años, Derek apenas habría terminado la universidad. Era una pesada carga para alguien tan joven. Un millonario privado de juventud.

—Sí. Pero bueno, viajo mucho, a veces por placer y a veces por negocios. Intento mezclar ambas cosas siempre que puedo.

—Yo también lo haría si pudiese.

Al ver que le costaba ponerse los pantalones, Derek acudió rápidamente en su ayuda y Hannah estuvo a punto de derretirse. Intentó no pensar en lo que le había dicho su madre sobre los hombres que saben cuidar de alguien.

Viajar. De repente Hannah se dio cuenta de que sentía cierta envidia de todas esas oportunidades que permitía el tener mucho dinero. Por desgracia, a ella nadie la había invitado nunca a un viaje de lujo a París.

—¿Cuál es tu próximo viaje?

—A China, el mes que viene —le lanzó una mirada algo provocativa—. ¿Quieres venir conmigo?

Huyó de su mirada tras la camiseta, que aprovechó para ponerse y que le sirvió para esconder la emoción que sentía. Seguro que lo decía en broma.

—¡Claro! Solo tengo que sacar un poco de efectivo de la cuenta y avisar a mi jefe. Seguro que no le importa.

—Estupendo. Entonces está decidido.

—Podría escribir un artículo sobre locales de manicura y así también sería un viaje de trabajo.

—¿Locales de manicura?

—Es que mi jefe solo me encarga artículos sobre temas de chicas. El próximo es sobre mujeres que se hayan operado el pecho.

—Un asunto de peso.

Hannah se echó a reír.

—Sí. Había pensado que Dee-Dee sería la protagonista ideal.

—Umm, sí.

Lo miró con gesto de desconfianza.

—No me digas que ella y tú…

—Nunca. Te lo prometo —aseguró, levantando la mano a modo de juramento de boy scout e inclinándose hacia ella—. ¿Celosa?

—No —respondió Hannah demasiado rápido y con demasiado énfasis, lo que significaba que sí lo estaba. Le dio vergüenza hasta que él la besó y se olvidó de todo.

—No tienes ningún motivo en absoluto. Vamos a dar un paseo y así me cuentas de qué cosas te gustaría escribir. Aunque no se me ocurre nada más satisfactorio que los pechos femeninos.

Hannah le lanzó una mirada de reprobación ante tal comentario.

—Obviamente, me gustaría escribir sobre temas más importantes.

—¿Como Jack Brattle, por ejemplo?

—Sí —admitió con lástima—. Eso habría sido un sueño hecho realidad. Después de una exclusiva como esa, habría podido escribir de… Olvídalo.

—Dime.

—Nada, nada.

—Oye, ahora me toca a mí interrogar y quiero respuestas.

—Sí, señor —respondió, contenta de que realmente quisiera saberlo—. He descubierto que una medicina llamada Penzyne, que se utiliza para tratar la depresión, ha demostrado dar muy buenos resultados en el tratamiento de la diabetes. El problema es que es diez veces más barata que los medicamentos que se han utilizado hasta ahora y la empresa no quiere reducir su margen de beneficios. Me parece que es algo muy relevante que los perjudicados deberían saber.

Derek se quedó mirándola con aire perplejo hasta que Hannah empezó a ponerse nerviosa.

—Fue… fue muy egoísta por mi parte gastarte la broma de la comida sofisticada, Hannah. Solo pensaba en quedar por encima de ti, no en lo que significaría para ti creer que tenías la oportunidad de conseguir una exclusiva importante y luego perderla. Lo siento mucho.

¡Vaya! Hannah tuvo que apartar la vista de él, sorprendida por su sinceridad. Era evidente que no estaba acostumbrado a disculparse. Sin duda era un acontecimiento aislado. Y lo había hecho por ella.

Quizá debiera decirle la talla que tenía en anillos y olvidarse de todo lo demás.

—Gracias, Derek. La broma habría estado bien si las cosas no se hubiesen…

—Complicado.

—Por decirlo de alguna manera.

—¿Preparada?

—Para lo que tú quieras —bromeó Hannah y se dejó transportar a la silla de ruedas, aunque seguramente podría haberlo hecho sola, pero no quería perder la ocasión de sentir la fuerza de sus brazos y estar cerca de él.

Derek giró la silla hacia la puerta, pero antes de ponerse en camino, volvió atrás y Hannah lo pilló guardándose un par de preservativos en el bolsillo del pantalón.

—Perdona, ¿qué clase de visita va a ser?

—Espero que una muy, muy divertida.

Hannah se echó a reír, encantada.

Empezaron a avanzar por el pasillo. Según le contó Derek, el primer dormitorio había pertenecido a su tío Chris, una especie de oveja negra de la familia. Pero Hannah descubrió enseguida que había habido otra aún más negra, su tía Sue, a la que su abuelo había desheredado por quedarse embarazada con diecisiete años, después de eso había desaparecido. Empezaba a darse cuenta de que las vidas de los ricos no eran tan sencillas como ella había pensado siempre. Aunque seguía creyendo que los malos tiempos debían de ser más llevaderos si a uno no le faltaba lo esencial.

A continuación, abrió la puerta de un dormitorio minúsculo, seguramente en un principio estaba pensada como armario o vestidor. Estaba amueblada, por decir algo, con un colchón en el suelo, un par de estantes metálicos y un banco de madera.

—Esta era la habitación de mi tío Frank. Era un niño muy raro y se convirtió en un adulto igual de raro.

—¿Es que en tu familia no hay nadie medianamente normal?

—No —respondió animadamente.

—Bueno, tú.

—No estés tan segura.

—¿Cuál era tu habitación?

—Ahhh —avanzó un poco más hasta una puerta que había a la izquierda.

—¡Qué barbaridad! Tienes ascensor en tu casa.

—¿Es que no lo tienen todas las casas?

—Sí, claro. Supongo que lo que pasa es que el mío siempre está estropeado.

—¿Lo ves? —los dos se echaron a reír—. Mi bisabuelo tenía una artritis horrible, fue él el que lo encargó. Pero mira, ahora resulta útil.

—Es cierto. ¿De dónde viene la fortuna de tu familia? —preguntó, pero se olvidó de insistir en cuanto se abrió la puerta del ascensor y se encontró con la habitación más increíble que habría podido imaginar—. ¿Esta era tu habitación?

—Sí.

Era impresionante. Allí había todo lo que podría desear cualquier niño o adolescente, o incluso ella misma. Al margen de la zona de la cama, había una mesa de ping-pong, maquinitas de marcianos, máquinas expendedoras de refrescos, estanterías llenas de discos, un espacio con distintos instrumentos musicales: un piano, guitarras, una batería e incluso una máquina de karaoke. En otro espacio contiguo había un enorme tren de juguete que recorría pueblos y montañas. En esa misma zona de juego, había material artístico y algunos juegos de mesa. Por último estaba la biblioteca, atiborrada de libros, además de una mesa con un ordenador y dos butacas frente a la chimenea.

Hannah se quedó cansada solo de mirar, pues jamás habría relacionado las palabras «mi habitación» con algo como aquello. Sin embargo, tanto esplendor tenía un cierto aire de tristeza, como si se hubiese convertido en un museo después de años sin que nadie jugara allí.

—Pasaba mucho tiempo en esta biblioteca —recordó Derek, pasando la mano por el lomo de algunos volúmenes—. Supongo que yo también era un poco raro.

—¿No tenías hermanos? —en realidad creía que ya sabía la respuesta.

—No —se sentó en una de las butacas y tocó una mancha de tinta con gesto pensativo, quizá recordando el origen de dicha mancha—. Seguro que te parece una exageración para un solo niño.

—Sí —admitió. Le parecía sencillamente increíble que alguien pudiera tener todo aquello, que era como decir que lo tenía

absolutamente todo.

—Es cierto —apoyó los codos en las rodillas y se quedó mirándola como si pudiera notar su incomodidad—. Es demasiado. Mis padres… me imagino que pensaban que, si me daban todos los juguetes imaginables, no importaría que no tuvieran el menor interés en ejercer como padres.

Hannah asintió, pues sabía bien lo que era tener unos padres que estaban demasiado distraídos para hacer su labor. Al menos él tenía todo aquello.

—Supongo que tus amigos se pasaban aquí el día.

—Alguna vez. Yo era bastante solitario y no siempre estábamos aquí. Tampoco ahora paso mucho tiempo aquí; siempre estoy ocupado con… —apretó los labios antes de añadir—: cosas que no me importan demasiado.

Hannah no lo comprendía.

—Sé lo que se siente. Pero con todo el dinero que tienes, deberías tener la libertad de hacer lo que quisieras.

—Sería lo lógico.

Pero…

La palabra quedó colgando en el aire a pesar de que él no había llegado a pronunciarla. Era obvio que la gente corriente como ella no podía comprender su mundo. Hannah no iba a fingir otra cosa.

—Voy a vender la casa.

Eso sí que no lo esperaba. Después de oír todas las historias sobre sus tíos y sus abuelos, había llegado la conclusión de que aquella casa era parte de la tradición familiar y siempre lo sería.

—Te mudas.

—Vamos a cerrar la oficina de Filadelfia, así que…

—¿Dónde te mudas? —¿cómo era posible? Acababa de encontrarlo y ahora resultaba que se iba. Ya le parecía que era demasiado bonito para ser cierto.

—La verdad es que realmente no vivo en ningún sitio, Hannah. Mis padres eran muy inquietos; cada vez que la familia tenía problemas, protegían su intimidad trasladándose. Querían proteger esta casa de los medios, con lo cual yo pasaba la mayor parte del tiempo aquí solo, con los encargados de cuidar de la propiedad —

miró a su alrededor con gesto apesadumbrado—. Me imagino que he heredado la manía de mis padres de andar de un lugar a otro.

Pero seguramente seguiría yendo a Filadelfia de visita, ¿verdad?

—¿Por qué la vendes?

—Ahora que cerramos la oficina no tengo ningún motivo para volver.

Hannah intentó que no se le notara que aquellas palabras habían sido como un puñetazo en la boca del estómago.

—Pero… es tu casa.

—No tengo muy buenos recuerdos de la infancia. Mis padres no se llevaban demasiado bien.

—A mí me pasa lo mismo.

Parecía sorprendido.

—Da la impresión de que estáis muy unidos.

Ahora era ella la sorprendida. ¿Cómo sabía eso?

—Parecías muy abatida después del derrame de tu madre y de que la orquesta de tu padre estuviera a punto de desaparecer.

—¿Cómo sabes…? —lo miró mientras pensaba a toda velocidad. El mundo del periodismo era muy pequeño, pero no tanto. De pronto se le encendió la bombilla—. Has leído mi blog.

Derek asintió.

—Muy a menudo durante el último año.

—¡Vaya! —la sorpresa dejó paso a la satisfacción y después a la emoción. Eso quería decir que…

—Me gusta mucho. Otra razón por la que quería conocerte —admitió con una sonrisa.

—Deberías haberte presentado en The Sentinel y haberme raptado.

—Ojalá lo hubiera hecho.

Hannah soltó una carcajada mientras su mente asimilaba lo que acababa de descubrir, tratando, como siempre, de buscarle un significado que los uniera para siempre. Derek había querido conocerla, no solo había pretendido gastarle una broma y luego se había dejado llevar por el deseo. Parecía que antes de conocerla ya la admiraba y había sentido curiosidad por ella.

«Tranquila, Hannah». Eso no significaba que se hubiera enamorado de ella o que fuera a hacerlo. Pero estaba claro que contradecía lo del ataque de deseo a primera vista. Y lo cierto era que desde el principio la había tratado como si fuera un objeto precioso y delicado y la había mirado de un modo…

—Yo… me alegro de que las cosas les vayan mejor a tus padres —le dijo él con cierta incomodidad.

—Gracias. Fue un milagro que recibieran ayuda cuando más la necesitaban.

—La vida es complicada para todos —sentenció antes de ponerse en pie e ir hacia ella para llevarla a otra parte.

Pero Hannah movió la silla antes de que llegara a ella.

—Tienes que cambiar de actitud.

—¿Ah, sí? —Derek enarcó las cejas.

«Estupendo, Hannah». Era la peor pesadilla de cualquier hombre: una mujer que intentaba cambiarlo.

—No quería decir eso —se apresuró a decir.

—Sé lo que querías decir, Hannah —dijo y después se inclinó y la besó en los labios, provocándole una especie de descarga eléctrica —. Me temo que mis problemas no son tan sencillos como para resolverlos en el tiempo que tenemos.

Ay. Ahora sí estaba claro. Acababan de conocerse, su comienzo era muy prometedor, pero no habría nada más. Era la historia de su vida. Parecía que no era para ella eso que tenía la mayoría de la gente: una temporada de citas tras la cual comenzaba una relación en exclusiva y luego una vida en común con planes de futuro conjuntos.

No. Ella iba directa a los brazos de los hombres, a la cama y al amor, atraída por la esperanza de encontrar a su gran amor, al hombre de su vida. Pero siempre resultaba que se había equivocado.

Esa vez era aún peor. Además de la irrefrenable atracción física, Hannah tenía la impresión de que podría ayudar a Derek y de que él podría hacerla feliz. Las diferencias que había entre ellos parecían complementarlos más que separarlos. Desde luego había motivos más que de sobra para explorar todas las posibilidades.

Derek había dicho que no tenía motivos para volver. Pero…

De pronto sintió una inesperada determinación que le levantó un poco el ánimo. Era una apuesta arriesgada. Muy arriesgada. Pero quizá en las próximas horas, días o semanas que pudieran pasar juntos consiguiera convencer a Derek Jackson de que tenía un motivo excelente para volver.

Ella.

# Capítulo 8

Derek llevó a Hannah hasta el ascensor y apretó el botón del primer piso. Ver su habitación de la infancia a través de los ojos de Hannah había sido toda una experiencia. Estaba acostumbrado a que la gente quedara maravillada y sintieran envidia, pero claro, era la primera vez que veía la reacción de una adulta ajena a la familia.

Hannah había conseguido que viera la habitación de una manera distinta. Su clara desaprobación había hecho que sintiera ganas de redimirse y eso era completamente nuevo para él. ¿Desde cuándo le importaba lo que pensaran los demás de él? Sus padres habían despreciado prácticamente a todo el mundo, pero él nunca había querido parecerse a ellos.

Se le habían quitado las ganas de enseñarle el resto de la casa. ¿Por qué había pensado que la impresionaría? ¿Solo porque a la mayoría de la gente le impresionaba? A esas alturas ya debería saber que Hannah no era en absoluto como la mayoría de la gente.

—¿Adónde vamos ahora, capitán? —le preguntó ella cuando se abrió la puerta del ascensor.

Quizá…

—¿Te gustaría ver el invernadero?

—Claro. A menos que haya escalones llenos de hielo.

—Te prometo que no —eso sí que le gustaría, pensó mientras recorrían el pasillo hasta una puerta trasera de la casa que comunicaba con el invernadero—. Ya estamos.

Resultó muy gratificante ver lo maravillada que quedó Hannah en cuanto abrió la puerta. Eso sí que era dinero bien gastado, parecía pensar. Y él estaba de acuerdo.

Rita se encargaba de las labores de la casa y Ray hacía todos los trabajos de mantenimiento y cuidaba el jardín y el invernadero, que siempre había sido su verdadero orgullo. La madre de Derek había sentido un gran amor por las flores, especialmente las rosas y las orquídeas, y le había dado a Ray carta blanca para que escogiera las que más fueran a gustarle. A menudo eran aquellos ejemplares que creía que otros no tendrían y, por tanto, envidiarían.

—¿Quién cuida de todo esto? Yo pasaría aquí todo el día si fuera tú.

—¿Te gusta la jardinería?

—Seguro que me encantaría si tuviera un jardín. Una vez compré un par de plantas, pero mi apartamento no tiene la luz suficiente, así que se murieron. En otra ocasión probé a ponerlas fuera, pero alguien me las robó de la escalera de incendios. Acabé rindiéndome.

No le gustaba la idea de que viviera en un apartamento sin luz y tuviera ladrones cerca, aunque fueran de plantas.

—El jardín lo cuida Ray. Rita y él se encargan del cuidado de toda la casa.

—¿Qué harán cuando vendas la casa?

Derek sonrió con ironía. ¿Acaso pensaba que despediría a sus empleados de toda la vida, que además eran sus amigos, cuando ya no le sirvieran? Le horrorizaría pensar que Hannah creía en el viejo tópico del millonario cruel. Un cliché en el que a menudo encajaba su familia.

—Mis padres los incluyeron en sus respectivos testamentos y tienen pensado irse a vivir a Oregón en cuanto se jubilen. Ray quiere vivir en un lugar con mejor clima para las plantas.

—No me extraña.

Comenzaron a pasear entre las plantas y, sin darse cuenta, Derek comenzó a contarle cosas sobre las distintas especies, sus cuidados y lugares de origen. Le sorprendió recordar tanto de lo que había aprendido siguiendo a Ray durante años y admirando un talento del que él carecía por completo.

—Rosas —murmuró Hannah, maravillada al llegar al rincón favorito de la madre de Derek—. Son tan delicadas… Podría pasarme las próximas horas oliendo esta fragancia.

—Pues eso haremos —Derek agarró unas tijeras de podar y un jarrón de cristal que llenó de agua. Se acercó a los rosales, dispuesto a no parar de cortar hasta entregárselas todas porque, por algún motivo, hacer feliz a Hannah era lo mismo que hacerse feliz a sí mismo.

Por sorprendente e irracional que fuera, todo parecía indicar que estaba enamorándose de Hannah. Seguramente ya había empezado a hacerlo cuando le había tendido la trampa para que fuera allí en Nochevieja. La obsesión que había sentido por ella no se debía únicamente a que admirara su talento como escritora o su amor por la ciudad. No había contratado a una enfermera para su madre ni había salvado la orquesta de su padre porque fuera buena persona. Hannah tenía algo que le había inspirado desde el principio, lo había atraído, le había llegado a lo más hondo y le hacía comportarse de un modo inusual para él. Un comportamiento nuevo, sentimientos nuevos… un nuevo Derek.

El simple hecho de pensar en el amor hacía que se sintiera vivo. Quizá su ángel de la guarda le había enviado a Hannah para obligarlo a volver al mundo de los vivos.

Muy fantasioso, sí, pero así era como se sentía. Muchas de las cosas que habían ocurrido en las últimas veinticuatro horas habían sido mágicas. Había otra explicación que seguramente jamás se le habría ocurrido al antiguo Derek. Quizá era el ángel de la guarda de Hannah el que lo había enviado a él para cambiarle la vida. También para ayudar a su familia, pero el dinero no era lo único que necesitaba. Derek disponía de los medios necesarios para darle exactamente lo que quería y hacer que llegara a donde deseaba.

Él podría conseguirle la entrevista con Jack Brattle.

Seguía mirando las flores casi sin verlas. Iba a ser duro ver publicada la historia de Jack Brattle después de tantos años ocultándose de los medios. Derek no estaba seguro de que estuviera dispuesto a hacer semejante sacrificio, ni siquiera por una periodista tan magnífica como Hannah.

—¿Derek?

Se había quedado absorto con la mirada clavada en las rosas.

—Perdona. ¿Qué colores te gustan?

—Me daría mucha lástima que las cortaras. Están tan bonitas aquí.

—Lo estarán aún más en tu casa, contigo —no le gustaba pensar en que tendría que volver a su apartamento; no quería que se fuera a ninguna parte. Quizá si no dejara de nevar nunca…

Empezó a cortar y fue dejando cada rosa sobre el regazo de Hannah.

—Para, Derek —protestó, pero riéndose—. No va a quedar ninguna.

Se arrodilló frente a ella, agarró una y la miró a los ojos fijamente para que comprendiera por qué había elegido cada una de ellas.

—La de color rosa simboliza la elegancia.

Hannah dejó de reírse y observó mientras él colocaba la flor en el jarrón. De pronto parecía tímida.

—La blanca… la juventud y la humildad.

—Vaya —su fingida petulancia no consiguió ocultar lo mucho que estaba disfrutando—. Veo que no has dicho nada de la pureza y la inocencia.

—La rosa blanca también simboliza el silencio —la reprendió, bromeando.

—Perdón, sigue.

—La burdeos, la belleza natural —siguió explicándole al tiempo que le acariciaba el rostro con los pétalos de la flor.

El roce de la flor dejó un delicioso rubor en sus mejillas.

—La de color melocotón, la sinceridad. La de color rosa claro, la alegría —fue colocando el ramo cuidadosamente, solo esperaba que Hannah no pensara que estaba haciendo el ridículo. Él no estaba del todo seguro, pero, en cualquier caso, la culpa la tenía ella.

—La amarilla… —la miró a los ojos y sonrió—. La promesa de un nuevo comienzo.

Vio cómo le cambiaba el ritmo de la respiración y bajaba la mirada. Derek tenía la sensación de que no le parecía ridículo.

—La roja, la valentía y la pasión —solo quedaba una—. Y la de color lavanda —anunció casi susurrando, acercándole la rosa a los

labios—. La de color lavanda simboliza el amor a primera vista.

Hannah no se movió, ni siquiera levantó la mirada. Derek contuvo la respiración. Si se echaba a reír o buscaba alguna excusa para apartarse, volvería a encerrarse en sí mismo para siempre.

Pero entonces vio una lágrima que caía por su mejilla y se le derritió el corazón. Dejó la rosa en su regazo para levantarse y besarla con toda la emoción que sentía.

Ella respondió suavemente, luego le echó los brazos alrededor del cuello, abrió la boca y estalló la pasión. Derek se retiró solo lo justo para acariciarla, bajando las manos hasta sus pechos. Ella arqueó la espalda al sentir el roce.

—¿Crees que te haré daño si te levanto?

—¿Ya ha terminado la visita? —preguntó con fingida inocencia.

—No, estamos a punto de llegar al clímax.

Hannah se echó a reír, le echó la cabeza hacia atrás como si fuera a besarlo, pero lo sorprendió acariciándole los labios con la lengua. El miembro de Derek se endureció aún más. La levantó lo más delicadamente posible de la silla de ruedas, pero vio que ponía cara de dolor.

—Perdona.

—Estoy bien —se abrazó a él mientras la trasladaba hasta la mesa de trabajo de Ray, tan impoluta como siempre.

Nunca había visto aquella mesa como un lugar ideal para hacer el amor, pero a partir de ahora no podría verla de otro modo.

—Derek.

—Sí —se colocó de pie entre sus piernas y le apartó el pelo de la cara.

—¿Estás… eso que has dicho…? —le temblaba la voz—. Lo de la rosa de los color lavanda…

Derek no apartó la cara de ella, pues sabía que, si la miraba a los ojos, quedaría abrumado por su vulnerabilidad.

—¿Lo has sentido?

—Sí —le dio un beso en el cuello, luego en la barbilla y por fin se detuvo a un milímetro de su boca—. Lo he sentido.

Derek avanzó ese último milímetro y se apoderó de sus labios mientras sentía que una sensación nueva lo invadía por dentro.

Nunca había sentido semejante torbellino de deseo necesidad, temor y alegría con ninguna otra mujer.

Pero, dado que era un hombre, sabía muy bien cómo demostrarle lo que sentía sin necesidad de palabras ni de flores.

Hannah era atractiva, inteligente, tenía un enorme talento y él la respetaba profundamente. Pero… Dios, también era una de las mujeres más sexys que había conocido.

Tenía que deshacerse de toda aquella ropa. Lo primero fue la camiseta, que, una vez eliminada, le permitió disfrutar de verdad de sus pechos. Agarró uno y se llevó el pezón a la boca, lo acarició con la lengua hasta sentir los gemidos de placer de Hannah.

Podría dejar de nevar, podría irse de su casa, pero no iba a marcharse de su vida. Al menos mientras ninguno de los dos encontrara algo tremendamente poderoso que demostrara que no encajaban el uno con el otro, o hasta que alguno de los muriera de viejo.

Hannah lo agarró de la camisa como pidiéndole que se la quitara, cosa que Derek hizo encantado. Entonces fue ella la que le chupó y le mordió suavemente los pezones al tiempo que bajaba las manos lentamente hasta la cinturilla de los pantalones. Le agarró las nalgas y lo atrajo contra sí, apretando su erección contra el lugar donde más deseaba estar.

Los besos fueron haciéndose más ardientes, más desesperados. La amaba. La deseaba. Necesitaba estar dentro de ella de tal manera que sentía ganas de gritar.

Con su ayuda, Hannah consiguió quitarse los pantalones, después él la despojó de los enormes calcetines que le había prestado y, desde sus pies, fue subiendo lentamente por las piernas, deteniéndose un poco más en el lugar donde se unían, apretó la cara contra su sexo para excitarla un poco más, pero no era así como quería saciarla esa vez. Quería verla llegar al orgasmo mirándola a la cara, vivirlo con ella y asegurarse de que sabía que era él el que estaba llevándola al éxtasis.

También él se quitó los pantalones, no sin antes sacar un preservativo del bolsillo. Estaba impaciente por sentir esa conexión absoluta con ella.

El preservativo se deslizó rápidamente. Derek la miró unos segundos, memorizando su rostro como si fuera la última vez que estarían juntos, aunque sabía que no era así, pero quería recordar ese momento para siempre: la primera vez que hacía el amor con una mujer que le importaba más que ninguna otra cosa en el mundo. Tenía la sensación de estar empezando una nueva vida y quería que Hannah formara parte de lla.

Todo había ocurrido en menos de veinticuatro horas.

—Hola —le dijo con una enorme sonrisa en los labios, pues no había estado tan feliz… jamás.

—Hola —respondió ella y el brillo de su mirada daba a entender que sentía lo mismo que él.

¿Podría haber algo mejor?

Sí.

Se acercó a ella, le mordió el labio inferior y luego el superior.

—Dime qué deseas.

—A ti —respondió Hannah de inmediato.

Derek apoyó la frente contra la de ella y le acarició la mejilla.

—A mí ya me tienes.

—Pues no quiero nada más —bajó la mano por su espalda lentamente, con una pícara sonrisa en los labios—. Bueno, sí que quiero algo más.

—Aquí lo tienes —colocó su erección contra ella y, sin dejar de mirarla, empujó—. ¿Te duele? —preguntó por miedo a haberlo hecho demasiado rápido.

—No, no —se abrazó a él y levantó ligeramente las caderas como instándolo a seguir.

Derek se retiró solo unos milímetros para luego volver a zambullirse, asegurándose de que no le hacía daño, que su erección se deslizaba suavemente hasta el lugar que parecía corresponderle por naturaleza.

Fue subiendo el ritmo y, con ello, los gemidos de placer de Hannah. La fragancia de las flores los envolvía, la humedad del ambiente los hacía sudar. Afuera hacía frío y estaba todo blanco, a su alrededor era todo verde y cálido, entre ellos era todo calor y pasión.

Le hizo el amor mirándola a los ojos, donde veía reflejados sus sentimientos y su excitación. Le separó las piernas un poco más y se apartó para que ambos pudieran mirar y disfrutar de la belleza de lo que estaban haciendo.

Metió la mano entre los dos cuerpos para acariciarle el clítoris, para llevarla hasta la cúspide solo un instante, pero sin dejar que acabara todavía.

Jamás había vivido nada tan maravilloso como ese momento; los dos juntos, aislados en aquella burbuja que era como un cálido paraíso.

Era lo que nunca había podido encontrar, algo que no podía comprarse con dinero, lo que siempre había deseado y que lo había llevado hasta Hannah, la razón por la que había necesitado conocerla. Su vitalidad. Su alegría. La oportunidad de disfrutar de la juventud que no había tenido ahora que estaba alcanzando el ecuador de su vida.

La apretó contra sí, le susurró al oído palabras que se habría creído incapaz de pronunciar. Todo ello sin dejar de moverse, de acariciarla.

—¿Derek?

—Sí.

—Yo… no. Nunca… —emitió un gruñido de frustración—. No sé cómo decirlo.

—No tienes que decir nada.

—Es que es… es tan increíble —susurró—. No te mudes. No te vayas a ninguna parte.

Deseaba decirle que no lo haría, pero entre tantas emociones, no sabía muy bien si debía tomar una decisión tan importante.

—Hannah…

—No te preocupes. No tienes que responder. Es que era la única manera que se me ocurría de decirte lo que siento.

Y él solo tenía una manera de responder. La besó con toda la pasión y la emoción del mundo mientras se movía más y más rápido, aproximándose a ese punto donde ya no podría controlarlo. Pero antes volvió a tocarla íntimamente con el dedo.

—Ah —gimió, al borde del abismo—. Ah…

Apartó el dedo, la agarró de las caderas y empujó con fuerza. Pudo sentir su orgasmo un instante antes de alcanzarlo él.

Hannah.

Se quedó dentro de ella un buen rato, abrazándola para no romper la unión que había entre ellos, tanto física como emocional. No quería volver a la realidad, a las difíciles decisiones que le esperaban. Tenía miedo de que, si ella no estaba a su lado, las decisiones se tomaran sin contar con él, como le había pasado la mayor parte de su vida. Quería empezar una nueva vida, pero le daba miedo que el pasado extendiese sus tentáculos y lo atrapara irremisiblemente.

Pero no quería pensar en todo eso. Solo quería pensar en Hannah, en su piel suave, en sus deliciosos labios, en su cuerpo y en el increíble regalo que le había hecho llevándole la felicidad. Una felicidad que quería que también ella sintiese.

Por eso iba a entregarle a Jack Brattle.

Abrió la boca para ofrecerle la entrevista… pero no pudo hacerlo. Todavía no. En un momento como aquel no quería hablar de un hombre que tenía algo que Derek Jackson no podría darle. No era la primera vez que odiaba a Jack Brattle y todo lo que representaba.

Porque entregárselo a Hannah significaba perder una parte de sí mismo.

# Capítulo 9

Ya no tenía la menor duda. Estaba enamorada. Otra vez. Solo que más profundamente. Los demás hombres no habían sido más que un aperitivo, una especie de calentamiento. Con Derek sentía diez veces más pasión, más respeto, más alegría y más seguridad.

Era el hombre de su vida.

Quizá pareciera que era muy pronto para decirlo, después de menos de veinticuatro horas, pero lo de Derek era una cuestión de calidad más que de cantidad. Sabía que esa vez era de verdad.

Totalmente real.

Además, él también sentía lo mismo a juzgar por lo que le había dicho al darle la rosa de color lavanda. Por una vez, no era solo ella la que había recibido la flecha de Cupido. Pero no debía enfadarse con el pequeño dios alado porque quizá todo había sido parte del plan. Había querido hacerle pasar todo tipo de desdichas amorosas para que, nada más conocer a Derek, se diera cuenta de que era distinto y que había merecido la pena esperar.

—Segunda planta —anunció Derek al abrirse la puerta del ascensor—. Todo el mundo fuera.

Era perfecto.

Bueno, casi perfecto. Aún le dolía pensar que la había engañado haciéndole creer que era Jack Brattle, pero el dolor era cada vez menos intenso, poco más que un grano de arena en el zapato, y, fiel a sus costumbres, había optado por no pensar en ello. Además, eso había sucedido hacía muchísimo tiempo. El día anterior. Antes de

que Derek y ella hubiesen empezado a confiar el uno en el otro, antes de que estuviesen tan unidos.

Hannah respiró hondo. Era todo maravilloso y completamente real. ¿Entonces por qué volvían a acosarla sus demonios internos?

Trató de acallar sus voces. No, no estaba cometiendo otra estupidez. Esa vez no. Esa vez…

Confiaba en él más de lo que confiaba en sí misma.

—Estamos llegando al dormitorio —anunció, siguiendo con su papel de guía.

En el invernadero, abrazada a él después de hacer el amor, mientras sentía los latidos de su corazón, habría querido detener el tiempo y conservar aquel momento para siempre. No quería que la vida, ni su relación, qué maravilla poder utilizar la palabra sin miedo, se volviesen complicadas o menos hermosas.

Sabía que era una ingenuidad porque ninguna relación estaba libre de problemas, pero eso era lo que había pensado en ese momento. Finalmente se habían separado entre sonrisas y besos y habían decidido volver a darse una ducha antes de bajar a cenar.

—Última parada, el cuarto de baño.

La ducha de Derek era más grande que todo el cuarto de baño de su apartamento.

Derek la ayudó a desnudarse como un perfecto caballero, salvo por esa tendencia suya a entretenerse demasiado en acariciarla, lo que para ella no suponía ningún problema, claro. De hecho, a ella le costó un tremendo esfuerzo comportarse como una dama y no echársele encima en cuando lo vio sin ropa. Lo que sí hizo fue aprovechar que él se agachó a quitarse los calcetines para pasarle la mano por la espalda.

—Preparados —la rodeó con un brazo para ayudarla a levantarse y entrar en la ducha—. Sé que la visita al tercer piso ha sido un auténtico shock, pero al menos te ha gustado el invernadero…

—El invernadero me ha vuelto loca —matizó Hannah—. Especialmente tus modales en la mesa.

Derek se echó a reír.

—Creo que esto también te va a gustar.

¡Qué razón tenía! Porque, como era de esperar, no era una ducha convencional. Dentro, había un banco donde Hannah pudo sentarse cómodamente, pero en cuanto empezó a salir agua por todas partes, pues había chorros por las paredes y por el techo, quiso ponerse en pie y disfrutar de lleno de aquel glorioso diluvio.

Se enjabonaron el uno al otro, deslizando las manos por la escurridiza piel, pero en lugar de invadirlos la pasión, disfrutaron de la sensualidad y el tranquilo placer de estar juntos bajo el agua, y fue más satisfactorio de lo que habría sido volver a hacerlo en la ducha. En aquel momento, no necesitaban nada más, y era tan agradable que costaba creer que veinticuatro horas antes ni siquiera se conocieran.

Hannah sentía el corazón lleno de amor, pero había un diminuto hueco habitado por el miedo. ¿Y si realmente se iba? ¿Y si el discurso sobre las flores era algo ensayado y rutinario para él? ¿O todo lo contrario, un capricho del momento por el que se había dejado llevar? ¿Y si, cuando ella se fuera, él pensaba: «ha sido divertido, a otra cosa»?

Era posible. Los hombres eran así, sobre todo con ella. Pasara lo que pasara, Hannah sabía que llevaría consigo algo de él hasta el día de su muerte.

—¿Te duele el tobillo? —le preguntó Derek, que debía de haber confundido el miedo que sin duda reflejaba su rostro con dolor.

—No, estoy bien —de todos modos, se abrazó a él—. Estaba pensando que necesito una ducha como esta en mi casa. Puede que, si quito el salón, me quepa.

Derek cerró el agua y la envolvió en una toalla.

—¿Te resulta molesto que tenga dinero?

—No. Claro que no —respondió demasiado rápido.

—En serio.

Hannah respiró hondo y se dijo a sí misma que debía ser sincera.

—Es que… no estoy acostumbrada. Pero tampoco es lo que te define a ti.

—No es solo eso —dijo él, mirándola fijamente—. Pero también es parte de mí.

—Y la pobreza es parte de mí —respondió ella riéndose—. Aunque ya no tanto.

—Pero, como siempre se dice, hay algo más en la vida que el dinero —agarró los extremos de su toalla y la atrajo hacia sí para besarla—. Por ejemplo, esto…

Ah, sí, y daba las gracias por ello. Podría vivir solo de sus besos, sin necesidad de comer, beber o dormir.

Cuando se retiró, Hannah apenas recordaba de qué habían estado hablando, solo que era algo serio.

—No llegaste a decirme de dónde proviene la fortuna de tu familia.

—Es cierto —agarró una toalla y se la puso alrededor de las caderas—. Tampoco te he dicho, y quería hacerlo, que he estado en todos los restaurantes y las tiendas que has recomendado desde que empecé a leer tu columna el verano pasado.

Estaba tan asombrada que pasó por alto que hubiese rehuido otra vez su pregunta.

—¿De verdad? ¿En todos?

Derek frunció el ceño.

—Ahora crees que soy un perturbado o un acosador.

—¡No! —se echó a reír y se acercó a darle un beso donde pudo, que fue en la barbilla—. Me siento muy halagada.

Era más que eso. Estaba como flotando. La unión que había entre ellos se remontaba muy atrás, al antagonismo que se había creado entre sus columnas. Era como esas películas antiguas, Luna nueva o Confidencias de medianoche, en las que los protagonistas se pasaban el tiempo peleándose para no reconocer que se querían.

—Debo reconocer que tienes muy buen gusto, señorita Popular.

—Porque me gustas tú, ¿verdad?

—¿Entonces voy a ser el protagonista de tu próxima columna?

—Claro —hizo una pausa para idear la reseña ideal—: «Si queréis disfrutar de la mejor carne de la ciudad, acercaos al quinientos veintitrés de Hilltop Lane, West Chester, y deleitaros con el que es sin duda el mejor espécimen masculino que esta reportera ha tenido el placer de probar. El placer que encontraréis allí os hará volver».

La risa de Derek retumbó en la habitación y Hannah se dio cuenta de que era la primera vez que lo veía realmente relajado. Se echó a reír también y tuvo la sensación de que el mundo no podría ser más perfecto de lo que era. Más valía que siguiera así, por una vez.

—Esta vez no podré rebatirte —dijo él—. Lo único que podría hacer sería copiar tus palabras.

—Gracias.

Derek abrió la puerta de cristal de la ducha y la ayudó a salir a un baño que, sorprendentemente, no estaba lleno de vapor. Debía de tener un sofisticado deshumidificador que impedía incluso que se empañaran los cristales. Le costaba imaginar lo que sería no tener que enfrentarse ni siquiera a esas pequeñas incomodidades de la vida.

Siguieron hablando de los lugares que había visitado siguiendo sus recomendaciones y de las delicias que había probado en ellos. Hannah estaba encantada de poder compartir su amor por la buena comida con alguien. La mayoría de sus amigos no comprendían del todo su obsesión. Ni siquiera Daphne, que procedía de una familia italiana de clase media en la que se comía muy bien. Y, a juzgar por cómo habían alimentado a Hannah durante su infancia, sus padres habitaban otro planeta culinario distinto al suyo.

Se le estaba haciendo la boca agua y no solo de hambre, sino por la emoción de encontrar a alguien con su misma pasión.

—¿Sabes? —le dijo Derek, mirándola a los ojos—. Me estoy excitando.

Hannah se echó a reír.

—¡Yo también! Es una locura.

—Ý me muero de hambre. ¿Tú? No sé qué hora es, pero quizá más de las siete.

—Sí, yo también tengo hambre. Aunque lo único que hemos hecho ha sido comer y… esa otra cosa.

—¿Alguna objeción?

—En absoluto. Son dos de mis actividades preferidas.

—Tengo que llevarte a algunos de los lugares que he descubierto solo —le dijo Derek mientras volvía a vendarle el tobillo.

—Tendré que ir de incógnito para no arruinar mi reputación —respondió ella, eufórica de oír que quería llevarla a más de un lugar. Eso quería decir que tenía intención de salir con ella en distintas ocasiones. Aunque fuera a trasladarse a otra ciudad. O quizá había cambiado de opinión y había decidido no vender la casa. Quizá algún día pudieran tener miniDereks y miniHannahs que volvieran a llenar de vida la habitación del tercer piso. Ya, ya, se estaba precipitando —. Me arreglaré mucho y así nadie me reconocerá.

—Lo hará cualquiera que te viera anoche con ese vestido rojo. Ningún hombre podría olvidar jamás a una mujer así.

—Vaya, gracias —dijo riéndose para no llorar de la emoción.

Una vez secos y vestidos, bajaron a la cocina, la escena del crimen de glotonería de la noche anterior. Hannah tenía ganas de algo más ligero para el estómago y para la conciencia.

—¿Me dejas que cocine para ti? —le propuso.

—Por supuesto —respondió, sorprendido—. Si puedes hacerlo con el tobillo así.

—Creo que sí. Además, seguramente tarde lo mismo que tú en encontrar las cosas en los armarios —bromeó con una dulce sonrisa en los labios.

—Tienes razón. Es un terrible fallo por mi parte.

—Terrible.

—Si quieres, puedes decirme lo que necesitas y yo te lo buscaré, así no tendrás que moverte tanto.

—Muy bien. Huevos.

Eso no tardó en encontrarlo y, poco a poco, dio también con el resto de ingredientes. Hannah jamás se había divertido tanto cocinando y nunca lo había hecho con herramientas tan sofisticadas.

Preparó uno de sus platos rápidos preferidos, queso, tomate y jamón cocinados a la parrilla sobre tostadas francesas y mostaza con miel, con un poco de orégano espolvoreado por encima. Lo acompañó con plátanos cortados con nata y un toque de vainilla y canela. Por supuesto, en aquella casa, el pan era artesanal, el queso era de importación y no de Wisconsin como el que utilizaba ella, los tomates tenían sabor a tomates y el orégano estaba recién

arrancado de la planta que había en el invernadero. Por suerte, los plátanos eran simples plátanos.

Pero tuvo que admitir que el resultado fue espectacular, la combinación perfecta de gustos populares y sofisticados. Y, a juzgar por el modo en que se comió el suyo y luego se levantó a hacerse otro, a Derek también le gustó, lo cual fue una enorme satisfacción para ella.

Mientras charlaban descubrieron que, al margen de los ingresos, tenían muchas cosas en común; les gustaban las mismas películas, los mismos políticos y habían leído los mismos libros, de los que tenían la misma opinión.

Hannah ya no sabía si pellizcarse para despertarse porque todo aquello empezaba a parecer un sueño. Llevaba años martirizándose por no ser más cauta con los hombres, por confiar en ellos y enamorarse demasiado rápidamente. Con Derek había hecho todas esas cosas, pero el resultado era muy distinto al dar con el hombre adecuado y lanzarse juntos al vacío.

—¿Alguna vez tuviste algún animal? Supongo que a veces te sentirías solo en esta casa tan grande.

—Tuve un perro cuando era pequeño, Toby, de Toblerone… como el chocolate, era un labrador de color chocolate, obviamente.

—Obviamente —respondió ella, sonriendo—. Supongo que ya murió.

—Sí, hace mucho. Era un perro genial. Tengo fotos de los dos juntos en alguna parte.

—Me encantaría verlas —Hannah trató de disimular al menos parte de su entusiasmo—. Cuando hayas terminado de cenar, claro.

—Claro. Hasta creo saber dónde están. Toby fue un regalo de mi padre, creo que me lo compró principalmente para molestar a mi madre.

—¡Qué bonito!

—Pero bueno, a mí me hacía mucha compañía.

Derek se llevó a la boca el último bocado de los plátanos con nata, después dejó la cuchara y se quedó mirándola unos segundos. Levantó la mirada un par de veces como si fuera a decir algo, pero de pronto se puso en pie y retiró los platos.

Parecía que algo le había hecho sentir incómodo. ¿Tanto echaría de menos a su perro? Hannah no tenía ni idea.

—¿Y tú, alguna vez tuviste un perro?

—Apenas teníamos para comer los tres… Había días que mis padres ni siquiera conseguían levantarse y salir de casa —bebió un sorbo de café para mitigar la tensión que seguía formándosele en la garganta al recordar aquella época.

—Tuviste que crecer muy rápido.

—Sí. Igual que tú —era increíble poder hablar con alguien que la comprendiera tan bien.

—Yo al menos tenía a Rita y a Ray.

—Yo tenía a la señora Babbidge, la vecina en cuya casa me refugiaba cuando en la mía había jaleo.

—Me alegro de que hubiera alguien para ayudarte —la miró a los ojos, abrió la boca para hablar, pero volvió a cerrarla y se puso a fregar los platos.

Hannah se levantó y fue secando los que él fregaba, sin hacer caso a sus protestas. ¿Qué era lo que le costaba tanto decirle? No tuvo valor para preguntárselo.

Estuvieron un rato en silencio, hasta que Derek fregó el último plato, se secó las manos y se aclaró la garganta.

—Estaba pensando…

—¿En qué? —Hannah esperó, haciendo un esfuerzo para acordarse de respirar.

Si la abandonaba, le daría un ataque y, si le decía que la quería y que había decidido no vender la casa, también le daría un ataque, pero de alegría.

—Ven, siéntate para que no se te cargue el tobillo —dijo, llevándola hasta uno de los taburetes, después se sentó frente a ella y le agarró una mano—. Estaba pensando que me gustaría hacer algo por ti.

—¿Algo relacionado con sexo o comida?

—Puede que te parezca mejor que eso.

—¿Mejor que la comida o el sexo? —su mente se precipitó en buscar distintas posibilidades, todas ellas irreales.

—¿Qué te parecería entrevistar… —la miró con cautela—. A Jack Blattle, esta vez de verdad.

Hannah abrió la boca y los ojos de par en par como una caricatura con cara de asombro, que era lo que sentía.

—¿Qué? ¿Cómo? ¿Lo conoces?

—Sí.

—Madre mía —le ardían las mejillas y estaba a punto de echarse a llorar—. Yo… no sé qué decir.

—Di que sí, que te parece una estupenda idea.

—Sí, claro. Por supuesto. Muchísimas gracias. Sería… increíble —le agarró la mano entre las suyas y se la apretó con fuerza.

Era tan inesperado, tan increíble. Ni siquiera tenía que buscar un titular porque un simple título lo diría todo: Hannah O'Reilly entrevista a Jack Brattle.

—¿Qué… por qué has decidido hacerme semejante favor? Podrías haberlo hecho antes y no lo hiciste, y sin embargo ahora…

—Es una cuestión de confianza.

—Lo comprendo —respiró hondo, aún con esa sensación de irrealidad—. Supongo que te refieres a que no le diga a nadie que lo conoces.

—Y a que respetes su intimidad en tu artículo.

—Por supuesto —si él se lo pedía, escribiría únicamente sobre sus zapatos. ¡Derek conocía a Jack Brattle! ¿Serían vecinos? O quizá era que los millonarios siempre se conocían los unos a los otros. A lo mejor sus familias habían hecho negocios juntas, lo que querría decir que la empresa de Derek se dedicaba a algo relacionado con la propiedad inmobiliaria—. ¿Cuándo? ¿Dónde está él? ¿Qué clase de entrevista, por teléfono o…?

Ni siquiera se atrevía a albergar la esperanza.

—En persona. ¿Cuándo te viene bien a ti?

—¡Dios mío! —se echó a reír de la emoción—. ¿Qué tal la semana que viene? ¿El lunes?

—Tengo que comprobarlo antes, ya te diré.

—¡Dios mío! —«deja de decir eso, Hannah»—. Entonces, ¿vas a llamarle y a preguntárselo? ¿Así de simple?

Derek se echó a reír y le acarició la mejilla con la mano que ella no estaba estrujándole.

—Tiene teléfono como el resto de los mortales.

—Claro, ya lo sé. Es que estoy… no salgo del asombro.

—Vas a conseguir que me ponga celoso.

—No, no tienes por qué —meneó la cabeza enfáticamente—. Él solo me interesa por trabajo. Tú… por todo lo demás.

—Espero que siga siendo así —al decir eso, solo sonrió a medias y ya no le brillaban los ojos.

Hannah lo observó con preocupación. Algo no iba del todo bien.

—¿Estás seguro de que quieres hacerlo?

—Sí, no hay problema —pero seguía raro. Nervioso y algo más.

No era posible que tuviera miedo de que fuera a enamorarse de Jack Brattle. Con un millonario guapo tenía suficiente. Él y solo él.

—Voy a buscar esas fotos —anunció al tiempo que apartaba la mano para ponerse en pie.

—Muy bien. Derek… —se volvió a mirarla—. ¿Puedo contárselo a mi amiga Daphne? Ella también es periodista y no se lo dirá a nadie. Estamos muy unidas y sabe lo importante que es esto para mí.

—Si tú confías en ella, me parece bien —volvió junto a ella y le dio el teléfono móvil—. Yo confío en ti.

Hannah lo miró con una sonrisa que se le salía de la cara.

—Habla todo lo que quieras.

—Muchas gracias —lo vio salir por la puerta y pensó que ojalá le dijera pronto qué era lo que le preocupaba. Si era algo relacionado con la entrevista a Jack Brattle, Hannah estaba dispuesta a considerarlo, decidió mientras marcaba de memoria el número de Daphne.

—¿Hannah? ¿Dónde estás? —parecía preocupada y tenía la voz congestionada, como si estuviese resfriada—. Llevo todo el día llamándote y no contestas ni en casa ni en el móvil.

—Es que no estoy en casa. Fui a seguir la pista de Jack Brattle.

—¿Hoy? ¿Con este tiempo?

—No, anoche.

Oyó la exclamación de asombro de su amiga.

—¿Y aún no has vuelto a casa? ¿Qué ha pasado?

—¿Qué no ha pasado?

—Déjate de suspense, Hannah, y cuéntamelo todo.

Hannah se apiadó de ella y le hizo un resumen de todo lo sucedido, más bien de casi todo. Lo de las rosas se lo quedó solo para ella. Pero Daphne no reaccionó con la alegría que ella esperaba.

—¿Me estás diciendo que te has enamorado… otra vez?

—Sí, pero es distinto.

—¿De un hombre al que conoces desde ayer, que te engañó para meterte en su casa y en su cama?

—No fue así, Daphne.

—¿No lo conociste ayer?

—Sí, pero.

—¿No te mintió?

—Sí, pero no más que yo a él. Además, ya hemos hablado de todo eso. Yo confío en él.

—Igual que confiabas en Norberto y estabas segura de que era el definitivo.

—Lo sé, lo sé. Pero… —Hannah podía sentir la frustración de su amiga—. Olvídalo. Sé que no me crees y lo entiendo. Pero escucha, aún hay más.

—No sé si quiero oírlo.

Estaba claro que tenía una mala resaca o algo así.

—Muy graciosa. El caso es que me va a conseguir una entrevista con Jack Brattle.

—Ya —dijo sin el menor entusiasmo—. ¿Tienes alguna prueba de que realmente conozca a Jack Brattle o tenga acceso a él?

—Dios, Daphne, anoche creíste a Dee-Dee, ¿por qué no puedes creer ahora a Derek?

—Pues… ¿no te parece que es demasiada coincidencia? Además te ofrece la entrevista ni más ni menos que tu rival, que había ideado un plan para humillarte en su próximo artículo. Piénsalo. Jack Brattle jamás ha dado una entrevista a la prensa y sin embargo ese Derek, que ya te ha mentido una vez, ¿va a conseguir que hable contigo solo porque se lo hayas pedido tú?

—Yo no se lo pedí. Me lo ofreció él.

—Hannah —le dijo con más calma, pero sin cejar en el empeño de convencerla—. Jack Brattle lleva una década protegiendo su intimidad, desde que su familia se vino abajo. ¿Te parece que es creíble que tu amigo tenga tanta influencia sobre él?

—Si él lo dice, yo le creo —sabía que no parecía un argumento muy convincente.

—¿Y lo ha confirmado ya el señor Brattle, que tú lo hayas oído? —siguió preguntándole Daphne con exasperación.

—Hoy es Año Nuevo, Derek no puede llamarlo hoy —de pronto empezaba a albergar dudas y se le había revuelto el estómago—. Vamos, Daphne, confía un poco en mí. Sé que he metido la pata otras veces, pero deja de tratarme como si fuera estúpida.

Se hizo un largo silencio y de pronto Hannah oyó un sollozo. ¿Estaba llorando?

—¿Daphne? ¿Qué ocurre?

—Es Paul —dijo entre lágrimas—. De regalo de Año Nuevo me ha dejado. Después de tres años.

—¿Te ha dejado? Daphne… —no encontraba palabras—. Pero a ti los hombres no te dejan.

—Pues este lo ha hecho —su amiga apenas podía hablar.

—¿Por qué? ¿Qué te ha dicho?

—Que estaba harto de que esperara que siempre hiciera lo que yo quería. Nunca pensé que yo hiciera eso. No sé… supongo que he metido la pata. Estaba muy enfadado. ¿Tú hablas de confianza? Yo pensé que podía confiar en él y en lo que había entre nosotros.

—Dios, lo siento mucho —a Hannah se le llenaron los ojos de lágrimas, pues sabía lo que sentía. Ahora comprendía que Daphne estuviese de tan mal humor—. En cuanto mejore el tiempo, iré a verte. ¿Estás en casa?

—Sí, pero quiero estar sola. Te llamaré mañana. Ahora solo necesito llorar.

—Daphne, no…

Se cortó la línea y Hannah se quedó allí con el corazón encogida por su amiga. Tenía que llamarla para disculparse por haberle contado su gran aventura amorosa en un momento como ese.

Estaba a punto de apretar el número de marcación rápida de su amiga cuando sonó el teléfono y dio por hecho que sería ella.

—¿Hola?

—¿Quién eres? —preguntó una voz de mujer, mayor y desconocida para ella. Hannah resopló, debería haberse fijado en el número antes de responder.

—Hannah. ¿Quién eres tú?

—¿Dónde está Jack?

—Se ha equivocado de número.

—No, no me he equivocado. ¿Dónde está? Lleva todo el día sin responder.

—¿Por qué no mira bien…? —Hannah se quedó helada al darse cuenta de su propio error. El teléfono que tenía en la mano no era el suyo, sino el de Derek. Se había quedado tan preocupada por Daphne y eran tan iguales, que se había olvidado de que no era el suyo.

—Lo que me gustaría saber es por qué has respondido tú.

Se le encogió el estómago y empezó a sudar.

—¿Ha dicho… Jack?

—Sí. ¿Dónde está? ¿Ha ocurrido algo? ¿Estás en casa con él?

Hannah se apoyó en la encimera de la cocina para no caerse al suelo.

—Contéstame —decía la voz al otro lado de la línea, cada vez más desconfiada y furiosa—. ¿Dónde está el señor Brattle y qué estás haciendo tú con su teléfono?

# Capítulo 10

Derek miró fijamente su armario. Sabía perfectamente dónde encontrar las fotos de Toby. Las pocas cosas que había conservado de su infancia estaban guardadas en una caja de zapatos en el estante superior del armario. Dentro, estaban las fotos, su piedra de la suerte, la tarjeta que su abuela le había enviado por su noveno cumpleaños y que había llegado un día después de que ella muriera, la flor que Amy le había regalado para el ojal de la chaqueta en el baile de primavera de la universidad, su primera nómina de Brattle, Inc…. Y alguna otra cosa más.

Aún no había bajado la caja porque entonces tendría que volver a la cocina y admitir su error ante Hannah. Se había enamorado por primera vez desde hacía más de diez años y en solo veinticuatro horas se las había arreglado para cometer todos los errores posibles.

Sabía que debía ofrecerle esa entrevista con Jack Brattle, pero, dado lo que significaba Hannah para él y lo que esperaba que significara él para ella, no decirle en ese momento que él era Jack Brattle había sido una pésima idea.

¿Cómo podría explicarle lo doloroso que era compartir esa parte de su vida con ella, o con cualquiera que no fuera una de esas pocas personas que estaban al corriente de su complicada existencia? Ya de niño, en el internado y luego como empleado de Brattle, Inc., había adoptado el nombre de Derek Gibson por razones de seguridad y para evitar que lo acusaran de nepotismo a medida que iba ascendiendo en la empresa.

Ahora «Derek Gibson» era el representante personal del señor Brattle, nombrado por el esquivo empresario como encargado de dirigir el negocio familiar. Muy pocas personas lo sabían. Gracias a la manera en que sus padres lo habían aislado del mundo y luego había seguido haciéndolo él solo tras su muerte, nadie había descubierto su doble identidad. Al empezar a escribir para The Herald había tomado la precaución de adoptar otro seudónimo para que nadie pudiera relacionarlo con la empresa Brattle.

¿Cómo podría explicar que los artículos y el blog de Hannah habían despertado un deseo que sin duda había reprimido hasta entonces, el deseo de relacionarse con alguien y con la vida misma tal y como era en realidad? ¿Cómo hacerle entender a alguien con tal alegría de vivir que él había elegido vivir sin dicha alegría? ¿Cómo explicarle lo difícil que era abrirse a alguien después de llevar toda la vida protegiéndose, aunque, en los últimos meses y luego en las maravillosas veinticuatro horas que había pasado con ella, había llegado al convencimiento absoluto de que ella era la persona en la que quería confiar? Le había resultado duro incluso ofrecerle la entrevista bajo la identidad de Derek; sentía que estaba a punto de quedarse sin el caparazón que lo protegía y por eso no había podido dar el último paso de confesarle quién era. Le había entrado pánico.

La constante atención pública había sido una tortura para su familia, había provocado el escándalo y finalmente la muerte de su padre y el suicidio de su madre. Sabía que lo que quería era dejar de esconderse, dejar de esconder su pasado, pero no esperaba que le resultara tan difícil deshacerse del hábito de ocultarse.

Hasta que su mejor amigo lo había traicionado, su padre había disfrutado enormemente de la fama y de la atención. Jack, sin embargo, siempre lo había odiado. Tanto que llevaba toda la vida negando que era quien era.

Por fin agarró la caja y la bajó. Nadie excepto Rita y Ray, y quizá sus padres, habían visto nunca aquellas fotos.

Salió de la habitación y echó a andar lentamente hacia la cocina. No solo le daba miedo perder su anonimato. Hannah tendría motivos más que de sobra para enfadarse con él. Había dicho la verdad al afirmar que era Jack y luego al decirle que era Derek, y también iba

a hacerlo ahora al confesarle la verdad, pero para ella serían tres mentiras. La última vez que le había hecho una confesión, había salido corriendo, ahora no podría hacerlo, pero quizá no quisiera escuchar su explicación, ni tratar de comprender la vida tan extraña que había tenido.

Hannah había admitido que su fortuna la hacía sentir molesta, ¿qué sentiría cuando se enterara de que, no solo era rico, sino que además pertenecía a una familia condenada a estar siempre en el centro de la atención pública? Reaccionara como reaccionara, tenía que decírselo porque estaba harto de mentir, de ocultarse y de avergonzarse de quién era. No podía seguir engañándola sintiendo lo que sentía por ella. Estaba preparado para quitarse la máscara por ella, solo esperaba que no lo rechazara.

Miró al exterior por el ventanal de la escalera. Había dejado de nevar. Las máquinas habrían empezado a limpiar las carreteras, así que no habría nada que impidiera que Hannah se marchara si quería.

Una vez abajo, respiró hondo y dio los últimos pasos hacia la cocina, esperando encontrarla eufórica después de haber compartido la noticia de la entrevista con su amiga. Una euforia que él iba a encargarse de arruinar.

¿Cómo había permitido que ocurriera?

Muy sencillo. No había imaginado que fuera a enamorarse de ella, ni había sabido que fuera tan cobarde.

Cruzó el umbral de la puerta de la cocina con la caja en la mano, sonriendo con la mayor naturalidad posible.

—He encontrado…

La sonrisa se borró de inmediato de su cara.

—Hannah —se acercó a ella, dejó la caja sobre la encimera, alarmado de verla llorar—. ¿Qué ha pasado?

—No —le dijo ella, levantando una mano para que no se acercara más—. Aquí tienes tu teléfono.

El temor lo dejó sin palabras.

—Has recibido una llamada mientras estabas arriba. He contestado pensando que era mi teléfono porque son iguales.

—No pasa nada —el miedo apenas le dejaba respirar—. ¿Quién era?

—Una mujer. Quería saber dónde estabas. Por lo visto no es propio de ti no responder a las llamadas y con la tormenta que está cayendo y después de haber estado fuera toda la noche…

—Rita —adivinó, anticipándose a lo que le esperaba.

—Estaba muy preocupada por ti —por fin levantó la mirada y la clavó en sus ojos—. Jack.

No se inmutó. Lo tenía bien merecido, pero al menos le habría gustado poder decírselo él.

—Sí. Jack Derek Gibson Brattle. El apellido de soltera de mi madre era Gibson y el de mi abuela, Jackson, por eso elegí el nombre de D.G. Jackson para firmar la columna —Hannah tenía el rostro compungido, pero lo miraba con extrema dureza—. Iba a decírtelo ahora mismo. He subido a buscar las fotos porque necesitaba encontrar la manera de…

—Por favor. Tenme un poco de respeto.

No dijo nada. Tampoco él le habría creído.

—¿Te acuerdas cuando me dijiste que en tu familia no había nadie normal?

—Por favor, déjame que te…

—Porque estaba pensando… Me has hablado de tus tíos, el pervertido, la zorra y el loco. Tu padre era un homosexual reprimido con debilidad por los adolescentes que cayó en desgracia cuando su mejor amigo sacó su historia a la luz, tu madre sufría una depresión y acabó por suicidarse.

—No sigas, por favor —sabía que estaba furiosa e intentaba hacerle daño, y debía admitir que lo estaba consiguiendo.

—Y luego llegaste tú —lo señaló como el que delatara a una bruja —. El mentiroso compulsivo. ¿No es cierto? Solo por curiosidad, ¿algo de lo que me has dicho es cierto?

—Todo. Te dije que era Jack Brattle y lo soy. Te dije que era D.G. Jackson y también lo soy. También dirijo la empresa Brattle bajo el nombre de Derek Gibson.

—Claro. Derek Gibson, la mano derecha de Jack Brattle. Sabías que reconocería el nombre, por eso tampoco me lo dijiste.

—Sé que parece ridículo, pero así es mi vida y lo ha sido…

—¿Sabes la historia de los tres ciegos que tocan un elefante por diferentes partes y cada uno describe un animal completamente distinto? No te molestaste en darme toda la información —volvió a echarse a llorar—. Pero puede que sea culpa mía, como me ha dicho Daphne, por volver a confiar en alguien.

Viéndola llorar, sintió ganas de abrazarla fuerte y protegerla de cualquier dolor, pero lo único que se atrevió a hacer fue acercarle una caja de pañuelos de papel.

—¿Te ha dicho que era culpa tuya? —le preguntó—. ¡Qué buena amiga!

Hannah le lanzó una mirada que era como un puñal.

—Intenta protegerme, que es mucho más de lo que has hecho tú. Pensé que eras diferente. No puedo creer que me volviera a tragar el cuento del amor a primera vista. Daphne tenía razón.

No podía hacer nada ante tanto dolor. Igual que un animal herido que se revolvía contra los que intentaban ayudarle, Hannah no estaba en condiciones de escuchar nada. Solo podía esperar a que se calmara y esperar que entonces quisiera escuchar sus explicaciones.

—He llamado al seguro. Vendrán en cuanto puedan.

—No. Tengo que explicártelo. Tenemos que solucionarlo.

—Es muy sencillo. Has conseguido lo que querías.

—Eso no es cierto.

—¿No? Ah, claro, no te la he chupado.

—Eso no es justo.

Hannah bajó la cabeza y asintió.

—No. Tienes razón. Lo siento.

—Escucha, sé que te he hecho daño, pero esto no tiene nada que ver con lo que te hayan hecho otros hombres.

—No quiero escuchar nada más.

—Tienes que hacerlo. No sirve de nada huir de las cosas…

—Es lo único que no he probado a hacer. Y es lo que has hecho tú.

—Por eso sé de lo que hablo. Uno se siente seguro huyendo de los demás, pero no es manera de vivir. Todo el mundo debería tomarse

la vida como tú, Hannah, entregándose a todo, abriéndose a la gente y descubriéndolo todo con entusiasmo. Por supuesto que tiene sus riesgos. Tú has sido una inspiración para mí —buscó en ella alguna señal que denotara que le creía—. Me has devuelto la vida.

—Resulta irónico porque ahora me gustaría matarte.

No pudo evitar reírse amargamente y se animó al ver que ella también se reía, aunque entre lágrimas.

—Hannah —le puso la mano en el brazo—. No te vayas todavía. Deja que los del seguro se lleven tu coche, yo te llevaré a casa más tarde.

—¿Para qué? ¿Para que me digas que las cosas no son como yo creo? ¿Que no conozco toda la historia? ¿Que tengo que dejar que me expliques?

Era exactamente eso lo que pensaba decirle.

—Ya he oído todo eso antes, aunque debo reconocer que tu historia es más original.

—Yo no soy esos hombres, Hannah.

—No, eres peor.

—No sé si quiero saberlo, pero, ¿por qué soy peor?

—Porque sí —volvió a bajar la cabeza y se frotó las manos con nerviosismo—. Porque llegué a creer, estúpidamente, que estaba enamorada de ti.

De pronto comprendió qué quería decir la gente cuando afirmaba que se les había derretido el corazón. Deseaba abrazarla, besarla y hacerle el amor el resto de su vida. A pesar del dolor, se sentía más vivo que nunca.

«Yo también creo, estúpidamente, que me he enamorado de ti, Hannah». No podía decírselo.

—Eso es el comienzo, no el final. Solo necesito que me des tiempo para…

—No —se puso en pie y fue cojeando hacia la puerta—. Te perdoné que me engañaras la primera vez, pero esta vez no puedo. Al menos por ahora y es posible que no pueda hacerlo nunca.

—Hannah… —murmuró con desesperación—. No le des la espalda a todo lo que nos ha pasado. Acuérdate de la cena, del baile, del invernadero…

—Ahora no vas a poder convencerme con palabras y flores. Sabes perfectamente lo que has hecho, por mucho que me digas que todo lo que has dicho era verdad. No quiero discutir porque los hombres siempre acabáis confundiéndome y haciéndome creer que ha sido culpa mía.

—¿Entonces Daphne es un hombre?

Hannah recibió el comentario con expresión de ira y dolor, pero lo cierto era que su amiga le había hecho creer que era la culpable de lo que estaba pasando.

—Tú no te merecías lo que he hecho y quiero que lo sepas porque… por lo que siento por ti… y tú por mí. Y porque… —necesitaba más práctica en el terreno romántico—. Por lo que quiero que haya entre nosotros.

—¿No seríamos mucha gente? ¿D.G. Jackson, Derek Gibson, Jack Brattle y yo? —meneó la cabeza con desprecio y echó a andar de nuevo.

—No voy a permitir que salgas así, no puedo dejar que te hagas daño.

—No voy a hacerme daño, eso ya lo has hecho tú. Voy a buscar mi ropa, mis zapatos y mi bolso para esperar a la grúa.

Al siguiente paso, él la agarró y la levantó del suelo y comprobó con alivio que no iba a impedírselo, aunque tampoco se lo puso fácil porque ni siquiera hizo amago de agarrarse a él. Teniéndola tan cerca una vez más, se dio cuenta de lo que tenía y de lo que estaba a punto de perder ahora que se había decidido a dejar de huir de la vida.

La llevó hasta una butaca del salón y le pidió que lo esperara mientras iba a por sus cosas, no sin antes colocarle el pie malo sobre un escabel. Hannah le dio las gracias sin mirarlo.

Fue recogiendo todas sus cosas en la entrada y en su dormitorio, donde también agarró una grabadora de su mesilla. Después volvió junto a ella, se arrodilló y apoyó una mano en cada reposabrazos de la butaca, como si así pudiera atraparla allí.

—Hannah.

Apenas levantó la mirada hacia él, pero al menos no le pidió que se fuera. Con el corazón encogido por su tristeza, encendió la

grabadora y comenzó a hablar:

—Nací en Filadelfia en 1976, el año de la celebración del bicentenario. A principios de los ochenta, mi padre hizo algunos negocios turbios con la mafia cuando intentó construir un nuevo casino en Atlantic City. Mis padres empezaron a recibir amenazas de que iban a secuestrarme y se volvieron paranoicos. Nos trasladábamos constantemente, en lugar de mandarme a un colegio, me pusieron tutores privados, elegidos cuidadosamente por ellos. Cuando cumplí los quince años me enviaron a un colegio interno en el que me matricularon con el nombre que yo elegí, Derek Gibson. Era un muchacho muy solitario, tenía unos cuantos amigos, pero no hacían preguntas. Y lo mismo ocurrió en la universidad, estudié en Oberlin. En cuanto supe leer, empecé a trabajar para y con mi padre, también con el nombre de Derek Gibson. Me preparó para dirigir la empresa partiendo desde abajo, solo una o dos personas sabían que era su hijo. Bueno, ya sabes lo que le ocurrió. Se volvió ambicioso y descuidado; tomaba decisiones que favorecían a la empresa, pero perjudicaban a la gente. Además se granjeó muchos enemigos, entre ellos su mejor amigo, y le sorprendieron demasiadas veces con chicos mucho más jóvenes que él. El consejo de administración de la empresa se hartó de encubrirlo y su amigo acabó por abandonarlo. Mi madre no estaba muy fuerte en aquella y época y no pudo soportar el escándalo. Se suicidó cuando yo tenía veintidós años.

Hizo una breve pausa antes de continuar con el relato de su vida.

—Fue entonces cuando me hice cargo de Brattle, Inc. y prometí reparar los daños que había causado mi padre, tanto a la familia como al negocio. Cambié el rumbo de la empresa; empecé a construir viviendas asequibles para familias con ingresos bajos, invertía en propiedades que ya existían y las rehabilitábamos. Con todo ese tipo de cosas no ganamos tanto dinero, pero poco a poco estamos recuperando la buena reputación. Sigo reduciendo el gran imperio de mi padre. Quiero vender esta casa porque no tengo buenos recuerdos de ella, la misma razón por la que no me disgustó darme cuenta de que a la empresa le convenía cerrar la oficina de Filadelfia; significaba que podría romper mi vínculo con todo lo que hay aquí. Echaré de menos escribir la columna como D.G. Jackson,

pero ni siquiera los Brattle podemos conseguir todo lo que queremos.

Una nueva pausa para tomar aire.

—Solo he tenido una novia y fue en la universidad. Se llamaba Amy. Nunca le dije que tuviera otra vida. Mi padre no dejaba de decirme que no debía confiar en nadie. Absolutamente en nadie, ni siquiera en mis amigos porque cualquier podría traicionarme. Lo que no me dijo fue que al no confiar en nadie, estará traicionándome a mí mismo. No pretendo decir que he hecho bien las cosas, pero todo lo que he hecho ha sido por la increíble manera en que llegaste a mi casa… y te colaste en mi corazón.

Apagó la grabadora.

—Esa es mi historia —dijo con voz profunda—. Gracias por dejarme contártela.

Hannah se quedó callada, con la mirada clavada en sus propias manos. Al menos ya no lloraba.

Deseaba decirle que la amaba y suplicarle que se quedara, que le diera otra oportunidad, pero no le salían las palabras. Aún tenía mucho trabajo por hacer antes de poder exponerse de ese modo, como lo hacía ella. Además, Hannah merecía poder tomar la decisión sola, sin que él la presionara.

La oyó tragar saliva y siguió sin decir nada. Entonces, él volvió a encender la grabadora.

—Sé que no vale mucho como entrevista, pero es la historia del verdadero Jack Brattle. Es tuya. Esto y todo lo que has visto y vivido aquí. Si quieres algo más, dímelo.

Se oyó el ruido de un motor y las luces de los faros se colaron por las ventanas, el resplandor naranja de la sirena iluminó el rostro descompuesto de Hannah. Era la grúa.

Ella asintió de manera casi imperceptible, se levantó, se puso el abrigo y echó a andar lentamente, cojeando, hacia la puerta. Derek se puso en pie también y la observó mientras se alejaba. Su pequeño discurso había llegado demasiado tarde. Era el final del sueño y el comienzo de la pesadilla. Hannah se iba. La casa iba a quedar tan oscura y triste sin ella, sin vida y sin alegría. Esa noche no podría dormir sin ella en la cama que habían compartido, ni

ducharse en el baño principal, ni comer en la cocina. Quizá lo perdonara y volviera algún día, más tarde o más temprano, o quizá nunca. Pero no podía esperar. Llevaba demasiado tiempo dejando su vida en suspenso.

Se marcharía a la mañana siguiente y vendería la casa en cuanto pudiera. Allí ya no había nada para él excepto recuerdos dolorosos.

# Capítulo 11

—Los hombres son una mierda —Daphne engulló otra cucharada de helado—. Una verdadera mierda.

—Sí, creo habértelo oído decir —Hannah suspiró con cierta impaciencia.

Compadecerse de una misma era algo absolutamente necesario cuando se sufría un desengaño, pero la autocompasión de Hannah tenía un límite y estaba a punto de alcanzarlo. Después de marcharse de casa de Derek-Jack, había pasado por su casa para agarrar algo de ropa y se había ido al apartamento de su amiga. Juntas habían ido al supermercado a por provisiones, todas ellas ricas en grasa, en sal o en azúcar. Habían llorado juntas, habían comida pizza congelada, habían visto películas, habían comido chocolate y habían vuelto a llorar. Todos los días se levantaban a eso de las once y volvían a empezar.

Allí sentada en el salón en penumbra en Daphne, Hannah tuvo que admitir que, después de tres días viendo películas, comiendo y llorando, no se sentía mejor y el estado de ánimo de su amiga tampoco parecía haber mejorado mucho. Pero, claro, lo suyo había sido una relación de tres años, no de unas horas.

Hannah no sabía bien cuánto tiempo necesitaría para superar lo de Derek-Jack o si lo haría algún día. Nunca había encajado tan bien con un hombre desde el comienzo, pero eso era todo lo que había tenido con él, un comienzo, por intenso que hubiera sido.

Solo con pensar en ello necesitaba otra cuchara de helado. Sin embargo al metérsela en la boca le resultó demasiado dulce. Necesitaba moverse, hacer algo, quizá un poco de ejercicio. Hacía mal tiempo para salir a correr, pero podría pasar por el gimnasio. Si Daphne le daba un respiro a sus lamentos.

—¿Alguna vez has visto a un hombre leyendo un libro sobre relaciones? —siguió diciendo—. Yo desde luego no. Somos nosotras las que tenemos que solucionarlo todo y, si algo nos preocupa, si queremos hablar de algún problema, se comportan como si fuéramos unas pesadas. Como si ellos fueran perfectos y tuviéramos que limitarnos a admirarlos.

Obviamente, Daphne nunca se había escuchado a sí misma hablando a Paul como si fuera su hijo en lugar de su novio.

—Yo quiero tener hijos algún día, pero he visto a mis amigas con hijos; ellas lo hacen todo mientras sus maridos se quedan cruzados de brazos.

Hannah apretó los labios. Quería servir de apoyo a su amiga, pero era del todo incapaz de dar la razón a tanta amargura.

—Daphne, no creo que todos sean tan malos.

—Porque eres una optimista empedernida. Además, ¿qué sabes tú? Nunca te ha durado ningún chico más allá de la emoción de los primeros días. Pero después de eso, todos se transforman.

—Si tú lo dices —en algo sí que llevaba razón.

A sus relaciones nunca les daba tiempo a llegar al aburrimiento, siempre acababan en lo mejor. Sin embargo la idea de volver del trabajo y sentarse en el sofá a charlar con De… con alguien le parecía muy atrayente. Entonces recordó lo que Derek-Jack le había dicho sobre Daphne al darse cuenta de que le había hecho sentirse culpable por lo ocurrido. También sus exnovios habían hecho que se sintiera mal consigo misma. Mientras que Derek-Jack le había hecho sentir…

—Paul debe de creer que va a salir a la calle y va a encontrar a otra. ¡Ja! Lo que le va a pasar es que se va a dar cuenta de lo bien que estaba conmigo y va a volver arrastrándose, ya lo verás. ¿Sabes lo que le diré entonces?

—No. ¿Qué?

—Le diré que tuvo su oportunidad y la desaprovechó. Conmigo no va a tener otra.

—¿De verdad le dirías eso si volviera y admitiera que se ha equivocado? ¿No crees que eres un poco dura?

—Vamos. ¿No te parece que el duro ha sido él al dejarme sin tratar de solucionar las cosas? ¿De parte de quién estás?

—Estoy aquí contigo, ¿no? —aunque empezaba a desear no estar —. Quizá fue la única manera que se le ocurrió de llamar tu atención.

—¡Espero no sea así! He pasado tres años a sus pies, no pienso hacerlo más.

Era curioso cómo cambiaban las cosas dependiendo de la perspectiva. Seguramente todas las relaciones eran así de complicadas.

—Si yo soy dura, ¿qué estás siendo tú?

—Supongo que lo mismo —reconoció Hannah con un suspiro.

Lo cierto era que se había sentido muy orgullosa de marcharse así de casa de Derek-Jack. Por fin era ella la que se iba y no el hombre de turno. Había sentido algo parecido a la euforia.

Hasta que habían empezado a asaltarla las dudas.

En ese momento sonó el teléfono y Daphne dio un respingo. Trató de disimular los nervios, pero al ver el número, dejó de esforzarse.

—Dios, Hannah, es él, ¿qué hago? ¿Qué le digo?

—Hace un rato tenías muchas ideas.

—Vamos, Hannah. Es en serio.

—¿Por qué no lo escuchas y tratas de comprenderlo?

Algo se le estremeció por dentro. Eso era algo que ella no había hecho con Derek-Jack.

Daphne se pasó la mano por el pelo y se humedeció los labios.

—Daphne, no puede verte.

—Ya lo sé, es que estoy nerviosa. Bueno, ahí vamos —se puso una mano en la cadera y descolgó el teléfono—. ¿Qué quieres?

Ay, el amor. Hannah se puso en pie y bajó el volumen de a tele, donde estaba terminando otra película con final feliz. ¡Qué fácil sería si supieran que, después de los golpes de la vida, siempre esperaba un final feliz.

—Paul —estaba diciendo Daphne entre sollozos, pero no de tristeza—. Yo también te he echado de menos.

Hannah no pudo evitar resoplar antes de salir del salón en dirección a la cocina. Se alegraba por ellos, pero no quería seguir escuchando su final feliz. ¿Dónde estaba el de ella? ¿Cuándo iba a encontrar a ese hombre maravilloso, ahora que ya había aprendido la lección de no apresurarse y era lo bastante fuerte para exigir que la trataran con respeto?

Un extraño temor se apoderó de ella al pensar en cierto guapísimo millonario llevándole el té a la cama, vendándole el pie, ayudándola a ducharse…

¿Y si ya lo había encontrado?

Dios. Echó un vistazo al teléfono, que se había salvado milagrosamente del impacto del árbol. Sabía que no habría llamado, entre otras cosas porque no tenía su número.

Una llamada perdida… de sus padres, que querían que fuera a cenar con ellos alguna noche.

Oyó la risa de Daphne en el salón y decidió que era hora de irse y dejarla sola para que se preparara para el encuentro de reconciliación. Esperó a que colgara para despedirse de ella.

—Diviértete.

—Eso seguro. Siempre me divierto mucho con… ¡Dios mío! ¿Qué voy a ponerme?

—¿Entonces los hombres ya no son una mierda?

—Claro que lo son, pero este me quiere. Sería una tonta si lo dejara escapar —siguió buscando el atuendo perfecto para la noche —. Y es posible, solo posible, que tuviera un poco de razón. Puede ser que siempre espere que haga lo que diga.

—¿Entonces vas a darle otra oportunidad?

—Claro. Lo quiero mucho.

—¿Y con eso es suficiente?

—Para mí sí. Supongo que es cierto eso de que uno no sabe lo que tiene hasta que lo pierde.

Hannah pensó en el dolor que le encogía el corazón.

—Sí, es verdad.

—¿Y tú? ¿Qué vas a hacer con Jack?

—Aún no…

Volvió a sonar el teléfono. A Daphne se le iluminó la cara y se lanzó a responder.

—Hola, mi amor. No, aún no estoy lista, pero estoy dándome mucha prisa.

Hannah salió de allí más confundida que nunca y las cosas no mejoraron en su casa, aunque al menos se alimentó mejor. Al día siguiente, después de apenas pegar ojo en toda la noche, salió por la mañana hacia casa de sus padres. Encontró a su madre en el salón, haciendo un rompecabezas para niños.

—Hola, mamá —se inclinó a darle un beso—. Tienes un aspecto estupendo.

Y era cierto. Parecía estar más fuerte y menos pálida. Teniendo en cuenta que, después del derrame casi no podía moverse, era todo un milagro.

Hannah y sus padres habían puesto mucha energía en volver a conocerse mutuamente después de que los dos dejaran de beber. Ahora podía decir sinceramente que los quería y los respetaba incondicionalmente y no solo porque fueran sus padres. Solo esperaba poder disfrutar de ellos muchos años.

—Gracias, querida —su madre sonrió con ternura—. Tú sin embargo estás horrible.

La llegada de Susie, la enfermera, la salvó de tener que darle explicaciones a su madre.

—Ahora que está aquí Hannah, aprovecha para descansar un poco, Susie —le sugirió su madre.

—No me pagan para relajarme, señora O'Reilly —Susie guardó el rompecabezas y les sirvió el té.

—Con lo que te pagamos, deberías aprovechar cualquier rato libre.

—Ya sabe que la fundación me paga el resto del sueldo.

—¿Qué fundación? —intervino Hannah.

—Brattle, Inc.

Estuvo a punto de ahogarse con el té.

—¿No es esa la fundación que salvó la orquesta de papá? —le preguntó su madre.

—Así es —respondió Susie, pacientemente—. Ya lo habíamos hablado, ¿recuerda?

—¿De verdad? No, no me acuerdo de nada.

—No va a ser siempre así —le aseguró la enfermera.

Hannah seguía mirándolas a una y a otra mientras su cerebro daba vueltas a lo que acababa de escuchar. De pronto vio una imagen de Jack en la biblioteca del tercer piso, después de contarle que sabía lo que les había ocurrido a sus padres porque leía su blog. «Me alegro de que las cosas les vayan mejor a tus padres».

No, era una locura. Debía de ser una coincidencia.

—Dime, Susie… ¿Esa fundación paga a muchas enfermeras particulares?

—No que yo sepa. Parece ser que este es un caso especial.

—Ya —Hannah apenas podía sujetar la taza de té—. Y… ¿sabes si la orquesta de papá solicitó una subvención a la fundación Brattle?

—No —respondió su madre, orgullosa—. De eso sí me acuerdo. Fue algo extraordinario. Un día llegó un cheque así como así, aunque hacía años que los problemas económicos de la orquesta eran públicos. La dirección ni siquiera se había dirigido a la fundación Brattle porque nunca habían dado ayudas a proyectos artísticos.

Dios. Hannah se había quedado muda. Estaba a punto de romper a llorar. ¿Jack Brattle había leído sobre las penurias de sus padres en el blog y había decidido ayudarlos? ¿Antes de conocerla? No tenía sentido que lo hubiera hecho por ella hacía tantos meses. Sin embargo… ¿qué otro motivo habría tenido?

—Susie, me gustaría hablar con mi hija un momento. Ella me ayudará a tomar el té.

—Caro —Susie miró con curiosidad a Hannah, que debía de haberse quedado blanca como la pared.

—Puede que aún no esté recuperada del todo —le dijo su madre en cuando se quedaron solas—, pero sigo sabiendo cuándo te preocupa algo —le tendió una mano—. Te escucho.

Hannah aceptó la reconfortante mano de su madre y le contó la historia de Derek-Jack, censurada, claro.

Cuando terminó de hablar su madre se quedó tanto tiempo callada que Hannah empezó a preocuparse.

—¿Estás bien, mamá?

—Claro —le apretó la mano—. Solo estaba pensando.

—¿En qué?

—En que eres tonta.

—Vaya, gracias.

—Hija mía, si encuentras un hombre que te ama tanto, tienes que agarrarte a él con las dos manos y no dejarlo escapar jamás.

Era la segunda vez que le daban el mismo consejo y lo habían hecho dos personas muy distintas. Quizá tuviese que pararse a pensarlo.

—Yo… no sabía que fuese él el que había puesto el dinero para ayudaros.

—No te estoy hablando de dinero. Piensa en lo que te ha dado.

—¿La entrevista?

—No, Hannah. Te ha dado su corazón y su confianza.

—Pero me mintió.

—¿Qué habrías hecho tú en su lugar?

—No habría mentido.

—No puedes estar segura de eso. Vuelve a contar la historia desde su perspectiva —le recomendó su madre—. Pero no a mí, sino a ti misma. Eres tú la que necesitas oírla.

Hannah siguió el consejo de su madre. Una hora después iba camino de casa de Jack. Había escuchado la entrevista en el coche no una, ni dos, sino tres veces, tratando de pensar en todo lo que sabía de él y de su vida. Y a medio camino de su apartamento, había dado la vuelta y se había dirigido a casa de Jack.

Sí. Su madre tenía razón. Era completamente tonta. Su problema no era que fuera impetuosa, lo que ocurría más bien era que había hecho lo mismo de lo que había acusado a Daphne. Solo había pensado en sí misma. Siempre había sido así. Con los demás hombres solo le habían importado sus fantasías sobre el amor. Con Jack, había pensado únicamente en que ella estaba sufriendo o en que estaba furiosa.

Era cierto que Jack, sí, ese era su nombre, había cometido algunos errores, pero no lo había hecho por falta de consideración hacia ella, sino porque estaba tratando de protegerse de que le rompieran el corazón… hasta que le había ofrecido la entrevista y había decidido compartir todos sus secretos con ella. Pero, ante un gesto tan increíble, ella había salido huyendo. Lo que había llamado cautela, sentido común o fuerza no era más que miedo.

¿Acaso no le había dicho que era la única mujer a la que le había revelado su doble vida? Prácticamente había admitido que la amaba y todo lo que había hecho por ella corroboraba que era así.

Definitivamente, era tonta. Pero iba a dejar de serlo muy pronto. Estaba siendo impulsiva, espontánea… estaba haciendo lo que debía.

Llegó a la verja de entrada cuando empezaba a anochecer, con el corazón a punto de escapársele del pecho. Las puertas estaban cerradas esa vez, pero vio algo que la otra noche no había visto: un timbre con intercomunicador situado a la izquierda de la puerta.

Apretó el botón con nerviosismo. Tuvo que hacerlo una segunda vez y esperó, aunque apenas podía aguantar más.

Entonces se oyó una especie de chasquido.

—¿Sí?

Estuvo a punto de gritar de alegría. Era una mujer, la misma con la que había hablado por teléfono. Rita.

—Hola, soy Hannah O'Reilly. Quería hablar con Jack.

—Ah —parecía sorprendida y, a no ser que Hannah se estuviese volviendo loca, decepcionada—. No, querida, se ha ido.

Hannah se desinfló de golpe. La primera vez que estaba segura de estar haciendo bien siendo espontánea y no servía para nada.

—¿Cuándo espera que vuelva?

Hubo una larga pausa.

—Lo siento, querida, pero no lo esperamos.

—No comprendo.

—No lo esperamos —Hannah la oyó suspirar—. No va a volver.

# Capítulo 12

Derek miró la pantalla del ordenador. Llevaba una hora intentando escribir algo para su columna y no había conseguido ni una simple palabra. No estaba acostumbrado a ser improductivo, pero habían cambiado tantas cosas desde la noche que había pasado con Hannah hacía menos de una semana.

Una semana. Habría jurado que había pasado años con ella y que de eso hacía toda una vida.

La llegada de su nueva secretaria lo sacó de su ensimismamiento.

—Señor Gibson. Le he confirmado la reserva del vuelo a China: primera clase, asiento de pasillo. Jim Schultz ha llamado para avisar de que tiene que cancelar la reunión que tenían en Dallas el martes, así que también he cancelado el vuelo.

—Gracias, Amanda —dijo y borró de su agenda la cita de Dallas—. Eso es todo.

—No, también ha vuelto a llamar Rita. No ha querido dejar ningún mensaje, solo que la llamara usted cuando pudiera.

—De acuerdo. Gracias.

—Y le traigo la documentación del proyecto Darrin para que la firme el señor Brattle.

—Muy bien. Voy a verlo mañana.

—¿De verdad? —la curiosidad de la joven secretaria se disparó de un modo muy poco profesional—. ¿Va a venir aquí… a Chicago?

—No —respondió, exhausto.

Casi estaba deseando que Hannah escribiese ese artículo con la entrevista y olvidarse de esa maldita duplicidad. En The Sentinel no había aparecido absolutamente nada, así que deducía que aún no lo había escrito. ¿Por qué no lo habría hecho?

—Solo por curiosidad —le preguntó Amanda tímidamente—. ¿Qué aspecto tiene?

—¿Quién?

—El señor Brattle.

—Ah —se encogió de hombros, algo molesto—. Más o menos mi misma altura y mi color de pelo. Dientes amarillos, problemas de piel y dos cabezas…

—¿Cree usted que sería su tipo? —siguió indagando con una risilla de vergüenza.

—Le gustan las rubias, menudas con gustos poco sofisticados, tendencia a la falta absoluta de cautela y pocas inhibiciones.

Amanda arrugó la nariz.

—El pelo podría teñírmelo, pero no puedo encoger.

—No merece la pena.

—Por lo que he oído, merece la pena y mucho.

—Me temo que el señor Brattle ya está con alguien.

—Vaya, qué suerte tiene esa chica.

—¿Por qué? —apenas podía ocultar su irritación. Estaba tan harto de esa clase de estupideces—. Ni siquiera lo conoce, podría ser un completo cretino.

—Con todo ese dinero, no me importaría.

—Ya —al oír eso agarró el teléfono y dio por terminada la conversación. Por suerte, su secretaria captó la indirecta y se marchó.

No comprendía que la gente creyera que el dinero hacía automáticamente que alguien fuera feliz e interesante. Prefería mil veces el rechazo que sentía Hannah ante su fortuna.

¿Qué estaría haciendo? Había pensado en llamarla unas mil veces desde el día de Año Nuevo, pero, ¿qué sentido tenía? Si Hannah hubiera cambiado de opinión, se habría puesto en contacto con él. Jack Brattle era imposible de localizar, pero Derek Gibson aparecía

hasta en la guía telefónica. Su silencio solo podía significar una cosa, que no quería verlo.

Puso las manos en el teclado una vez más, pero no hubo manera. Hannah se había apoderado de su mente. Habría dado hasta el último dólar de su fortuna por poder volver atrás en el tiempo y cambiar algunas cosas; volvería a hacer que Hannah fuera a su casa en Nochevieja, pero nada más llegar le diría que era Jack Brattle y también D.G. Jackson, que quería concederle una entrevista porque sabía que ella lo presentaría al mundo de un manera humana, inteligente y llena de respeto. Después, le ofrecería los más exquisitos manjares, le haría el amor, la llevaría al invernadero y le diría que la amaba. Se arrodillaría a sus pies y le pediría que pasara el resto de su vida con él.

Pero, ¿de qué servía desear cosas que no se podían tener? Tenía que asumir de una vez que iba a tener que pasar el resto de su vida sin Hannah. La única duda era si hacerlo como Derek o como Jack. Lo había tenido tan claro estando con ella…

Agarró el teléfono y llamó a Rita, que le anunció que ya había comprador para la casa.

—¿Tan pronto? —se sorprendió de que eso le diera pánico.

—Sí, está muy impaciente y quiere cerrar el trato cuanto antes. Dice que se enamoró de la casa en cuanto entró. Son nuevos en Filadelfia y es evidente que tienen mucho dinero.

—No pensaba que fuera a ser tan rápido. No sé qué decir.

—¡Lo sabía!

—¿Qué es lo que sabías?

—Que no quieres vender.

Se oyó a sí mismo reír de un modo extraño.

—Vamos, Rita. Llevo años deseando deshacerme de esa casa.

—Y yo te conozco desde que eras un mocoso y sé cuándo mientes. No lo olvides. Lo que trato de decirte es que no tienes por qué hacerlo. No pasa nada porque cambies…

—Gracias por el consejo.

La oyó suspirar y, a pesar del enfado, Derek lamentó haberle contestado mal.

—¿Cuándo puedes venir a cerrar el trato?

—El martes —dijo al recordar el viaje a Dallas que acababan de cancelarle.

—Muy bien. Se lo diré a la compradora. Una cosa más —Rita hizo una pausa tan larga que Derek empezó a ponerse nervioso—. Vino a verte una mujer llamada Hannah.

Esa última palabra hizo que se le disparara la adrenalina.

—¿Cuándo?

—Anoche. Parecía muy contrariada de que no estuvieras. Me preguntó cómo podía ponerse en contacto contigo, pero no quise saltarme tus normas. Daba la impresión de que tenía mucha prisa por verte.

—¿Te dijo algo de una entrevista?

Un nuevo silencio.

—¿Es de la prensa?

—De The Philadelphia Sentinel.

—Pero preguntó por Jack.

—Sí —no quería entrar en eso, solo quería saber si Hannah quería estar con él—. ¿Te dijo qué quería?

—Dijo que tenía algunas preguntas que hacerte.

Eso ponía fin a sus esperanzas.

—¿Le has dado una entrevista como Jack Brattle?

—¿Has dicho que preguntó cómo podía localizarme?

—Sí. Cuéntamelo todo. ¿Qué demonios hizo que le ofrecieras una entrevista? —al ver que no decía nada, Rita resopló con frustración —. Está bien. No te hago más preguntas. Le dije que te habías mudado y que no ibas a volver. ¿Hice bien?

—Sí, sí. Claro. No hay ningún problema.

—No se trata solo de la entrevista, ¿verdad? Hay algo entre vosotros, algo personal.

—Rita, de verdad no quiero…

—Y le dijiste que eras Jack Brattle. A mí me parece bastante obvio que sí que hay un problema.

—Rita —repitió con énfasis—. Se lo ofrecí todo. Si hubiera sido suficiente para ella, se habría quedado.

—Los Brattle, siempre igual. Tienen que ser siempre vuestras condiciones, vuestras reglas y, si la gente no las acepta de

inmediato, los apartáis de vuestra vida. Tu padre hacía lo mismo —eso lo había dejado mudo, así que Rita aprovechó para seguir hablando—. Las mujeres no tomamos esa clase de decisiones tan rápidamente como los hombres porque pensamos y sentimos al mismo tiempo. Los hombres sois más capaces de ir a la raíz del problema y llegar rápidamente a una conclusión. Ninguna de las dos cosas está mal. Pero en este caso quiere decir que no puedes tomar la reacción de Hannah como una respuesta definitiva. Si solo hubiera querido hacerte preguntas para la entrevista, habría llamado a tu oficina en lugar de venir hasta aquí. Se quedó destrozada cuando se enteró de que te habías ido. Se lo noté en la voz.

Rita había vuelto a hacerle albergar esperanzas, pero con ello también había sembrado el miedo en su interior. Después de tantos años de aislamiento, daba mucho miedo no poder controlarlo todo.

—Gracias. Tendré en cuenta tu consejo.

—No he terminado. Llevas toda la vida apartando a la gente, pero esta mujer quiere acercarse a ti, Jack. Serías un idiota si no le permitieras hacerlo. Esta casa es tu hogar. Ven y conviértela en un hogar, arriésgate y deja entrar a esa mujer en tu vida.

Derek meneó la cabeza y dio un golpe en la mesa. No era un niño pequeño al que había que decirle qué tenía que hacer.

—Voy a hacerlo a mi modo. Estaré allí el martes para cerrar la venta de la casa.

—Muy bien, señor Brattle —la exasperación de Rita era más que evidente—. La compradora es todo un personaje. Será divertido.

Sí, claro, divertidísimo. Volvió a mirar la pantalla del ordenador pensando en Hannah, en la comida, en la casa, y en Hannah…

De pronto supo exactamente lo que quería escribir.

La Columna Sofisticada, The Philadelphia Herald:

Ha sido un verdadero placer para mí escribir esta columna durante los últimos tres años. Siempre merece la pena aprovechar la oportunidad de comer bien. Empecé esto con la idea de compartir mi pasión por la buena comida y quizá servir de inspiración a todos aquellos que quisieran probar sabores nuevos y descubrir lugares

distintos. Quería animar a la gente a cambiar de costumbres y aceptar algún riesgo culinario de vez en cuando. Quería llegar a personas para las que la comida fuera únicamente una necesidad básica de llenarse el estómago y demostrarles que disfrutar de una buena comida puede ser un plan en sí mismo y, en el mejor de los casos, todo un arte.

Por lo que he leído en vuestros correos, con algunos lo he conseguido, con otros no. Era de esperar.

Lo que no esperaba era que aprendería tanto en este tiempo. He aprendido que, para descubrir comida de calidad, no siempre hay que buscar en lo más alto y lo más caro. Que limitarse a lugares y manjares sofisticados es tan limitado como ir siempre al mismo restaurante de comida rápida que anuncian en la tele.

Sé que muchos habéis disfrutado con la rivalidad que surgió entre La Columna Popular de Hannah O'Reilly y la de un servidor. He aprendido mucho de ella. Me ha enseñado a apreciar un buen sándwich de queso a la parrilla con tomate y orégano. Como decía ese anuncio de los años setenta, no se trata de tener buen gusto, sino de que sepa bien.

Me quito el sombrero ante mi magnífica adversaria. Tengo la esperanza de que esté de acuerdo conmigo en que lo mejor es cuando lo sofisticado se funde con lo popular. La verdadera magia es hacer ese queso a la parrilla con cheddar de Vermont y un buen pan artesano. Que unas frambuesas fuera de temporada pueden convertirse en el amor de tu vida tan fácilmente como unos simples plátanos.

Que compartir el placer con aquellos a los que se ama es la verdadera maravilla de la gastronomía y de la vida.

La Columna Popular, The Philadelphia Sentinel:

Hola, chicos, Feliz Año Nuevo a todos los lectores populares. La columna de hoy va a ser algo distinta. Tengo un lugar nuevo del que hablaros, un lugar que ninguno podréis visitar. Ha sido todo un descubrimiento.

Antes de nada, dejadme que confiese que, si bien he ganado muchas batallas, acabo de perder la guerra con el gran D.G. Jackson, defensor de la sofisticación. Me venció de un modo tan aplastante que tuve que abandonar la lucha y batirme en retirada. Escuchad y aprended de ello.

Todo ocurrió en Nochevieja. Alguien me lanzó un anzuelo con un cebo que ningún periodista podría dejar pasar; una entrevista que haría que el descubrimiento del Yeti pareciera una nimiedad. Y allí va la intrépida Hannah O'Reilly en medio de la tormenta, en busca del lugar señalado y, ¿qué encuentra allí? Una mansión casi vacía. Un guapísimo desconocido que le ofrece la mejor comida de su vida: caviar, foie, una botella de champán que valía lo que yo me gasto en la compra de varias semanas… ¿Quién podría disfrutar de semejantes productos y seguir preciándose de tener gustos populares?

Me temo que nuestra intrépida reportera os traicionó a todos. Os fue infiel y disfrutó con tal pasión de la buena comida que ni siquiera se avergüenza a día de hoy.

Pero esperad, aún queda algo de esperanza. Y es que, a lo largo de la velada, D.G. Jackson me confesó que desde hacía ya algún tiempo era un acérrimo seguidor de La Columna Popular. Quién lo habría imaginado.

Así pues, creo que ha llegado el momento de derribar los muros y las fronteras, de acabar con la rivalidad. Aceptemos que un amante de la comida es solo eso, alguien que aprecia la buena comida sin prestar atención al precio o al grado de sofisticación. De ahora en adelante, esta columna va a respetar dicho principio.

Voy a acabar con un comentario más personal con el que quiero dar las gracias a mi colega D.G. Jackson por el talento y la experiencia que ha compartido con nosotros en su columna. Incluso lo perdono por la broma que me gastó porque lo que me ofreció tenía mucho más valor que el precio que pagué. A su lado descubrí amores nuevos que me acompañarán toda la vida. Filadelfia va a echarle mucho de menos. Y yo también. Hasta la semana que viene, lectores, y acordaos, ¡salid y comer bien!

# Capítulo 13

Derek abrió las puertas de la mansión Brattle, que pronto sería la mansión Jansen, con el mando a distancia. Seguramente era normal que sintiera cierta lástima al pensar que era la última vez que entraba allí como propietario de la casa. Aunque fuera una de las pocas cosas que había permanecido en su vida, deshacerse de ella le daría la libertad que necesitaba para empezar de nuevo.

El día anterior había conseguido el número de Hannah y la había llamado, pero no había recibido respuesta alguna. La esperanza que había surgido al leer su columna se había extinguido al comprobar que no quería responder a su llamada. Y, si ella no quería tener nada que ver con él, prefería vender una casa que siempre le recordaría el tiempo que pasaron juntos.

Rita y Ray lo recibieron en el vestíbulo con el cariño que siempre le demostraban. Rita parecía haber olvidado la discusión que habían tenido por teléfono y él lo agradeció. Eso sí, antes de llevarlo al despacho donde esperaba ya la compradora, le preguntó una vez más si estaba seguro.

—Completamente —respondió él—. Acabemos con esto cuanto antes.

—Como quieras.

Junto a un hombre de unos treinta y tantos años, vestido con un traje de hacía varias temporadas, estaba la señora Jansen. Se le encogió el estómago al verla. Era más joven de lo que esperaba. La típica mujer florero, seguramente casada con un hombre mucho

mayor, vestida con ropa cara pero de aspecto informal y demasiado maquillaje en la cara. Carecía por completo de elegancia.

—Derek Gibson, estos son Alice Jansen y su abogado.

—Encantada, señor Gibson. Me encanta esta casa, estoy deseando ponerle las manos encima.

Derek respondió con una sonrisa algo tensa, pues no le gustaron aquellas palabras.

—Esta habitación, por ejemplo —dijo, señalando a su alrededor—. Es maravillosa.

El despacho era también una de sus habitaciones preferidas de la casa, así que se alegró de que ella también la apreciara.

—Es ideal para convertirla en sala de yoga. Le voy a dar un aspecto más minimalista, voy a retirar todos estos paneles y estanterías de madera oscura y a pintarlo todo de verde claro. Todo muy orgánico.

Derek se quedó helado al pensar en que un despacho con más de un siglo de historia fuera a acabar destrozado y convertido en un espacio dedicado a la autoindulgencia.

—La biblioteca la vamos a convertir en una sala de entretenimiento. Tenemos una televisión de setenta pulgadas y mi marido tiene una colección de más de mil DVDs.

—¿Y… no leen? —preguntó, pensando en las horas que había pasado en aquella biblioteca, disfrutando de volúmenes de gran valor.

—Nunca —respondió, riéndose—. El comedor quiero pintarlo de rojo y la cocina de amarillo. No sé, estoy en una fase de colores primarios. Las plantas no se nos dan nada bien, así que en el invernadero vamos a poner una sauna. Va a ser genial.

—¿No se sienta, señor Gibson? —le preguntó Rita, con una mirada con la que estaba haciendo que se sintiera como si él hubiera llevado a un perro completamente sano para que lo sacrificaran.

—Puede firmar cuando quiera, señor Gibson —le dijo el abogado.

Agarró el bolígrafo y miró los documentos. El instinto le pedía a gritos que no firmara, que mandara a su casa a aquella ordinaria y le dijera que buscara otra propiedad que comprar, otro hogar. ¿Debía hacer caso a su instinto o era solo que tenía miedo a los cambios?

Quizá fuera una de esas veces en las que uno no se daba cuenta de lo que tenía hasta que lo perdía.

—¿Ocurre algo, señor Gibson? —le preguntó la señora Jansen—. ¿Tiene alguna duda?

Apretó el bolígrafo entre los dedos, pero seguía sin poder firmar.

Pensó en Hannah en la cocina, en la ducha, en la cocina, en el invernadero…

—Derek, aún puedes cambiar de opinión —le susurró Rita, poniéndole una mano en el hombro.

Si no vendía, tendría que quedarse la casa y hacer frente a los recuerdos…

De pronto lo vio claro. Eso era lo que tenía que hacer. Debía dejar de huir del pasado, admitir quién era, Jack Brattle, y atreverse a ser él mismo por una vez y para siempre.

Sintió un inmenso poder y un optimismo completamente nuevo. Iba a encontrar a Hannah, le diría que Derek Gibson había muerto y que él, Jack, tenía una casa enorme que quería llenar de alegría y de niños. Si lo rechazaba, insistiría una y otra vez hasta que se rindiera. Ella lo amaba. Merecía la pena arriesgarlo todo por ella.

—No puedo firmar.

—¿No? —para sorpresa de Jack, la señora Jansen sonrió abiertamente, con una naturalidad que no había mostrado antes—. Pues es un alivio.

—¿Qué?

—No podría comprar ni el baño de la entrada.

Su abogado agarró los documentos y se echó a reír.

—No podrías comprar ni el lavabo de ese baño —matizó.

Jack los miró a uno y a otro sin comprender nada.

—¿Qué está pasando?

Rita soltó una carcajada que sin duda llevaba conteniendo un buen rato.

—Mirad qué cara. Hacía años que no me divertía tanto. Jack, querido, te hemos engañado.

—Todo esto era una trampa —comprendió por fin.

—Felicidades —la señora Jansen se acercó y le tendió una mano —. La casa es suya. Soy Daphne Baldwin y este es mi prometido,

Paul Kronwitz. En realidad somos pobres como ratas.

—Daphne —repitió Jack—. ¿La amiga de Hannah?

—¿Qué Hannah? —preguntó, haciéndole un guiño a su marido—. No sé de quién habla.

—Rita, ¿qué está pasando aquí?

—Acompáñame, vamos a comer algo —Rita lo agarró del brazo y lo llevó al comedor.

—¿Cómo se te ocurrió todo esto? —preguntó, incapaz de salir del asombro—. No te veía capaz de ser tan taimada.

—Y no lo soy —admitió, riéndose—. Jack, la diversión no ha hecho más que empezar. Yo quería convencerte de que no vendieras, pero todo esto no fue idea mía.

—¿Entonces?

—¿Es que no vas a entrar? —le preguntó una voz femenina desde dentro del comedor—. La comida se enfría.

Jack tardó unos segundos en reaccionar, después se apartó de Rita, que no podía dejar de sonreír, y cruzó el umbral de la puerta. Hanna lo esperaba junto a la enorme mesa familiar, con una maravillosa sonrisa en los labios. Nunca había visto nada tan hermoso.

¿Qué hacía allí? ¿Quería vengarse de él? O quizá…

No podía preguntárselo delante de todo el mundo.

—Hola, Derek.

—Jack —respondió él, mirándola a los ojos.

—Ah, ¿ahora es Jack?

—Sí. Y esta vez para siempre, Hannah.

—¿Qué ha sido de Derek?

—Una lástima. Fue un accidente mortal.

—¡Qué horror!

—Entonces… ¿toda esta charada fue idea tuya?

—Rita me llamó —dijo intercambiando una de esas sonrisas que se lanzaban las mujeres entre sí cuando pensaban lo tontos que eran los hombres—. Me dijo que necesitabas que te salvaran de ti mismo.

—¿Me has hecho venir engañado? —preguntó, haciéndose el duro —. ¿Cómo has podido?

—¿Quién podría hacer algo así? —esa vez la sonrisa de complicidad se la dedicó a él.

Jack se moría de ganas de abrazarla, pero parecía que no le quedaba otro remedio que cenar con toda esa gente y disfrutar de… ¿patatas fritas, refrescos, ensalada de pasta y todo ello servido en platos de plástico?

Resultó ser una cena tremendamente agradable y distendida, aunque Jack no podía dejar de pensar en que necesitaba hablar con Hannah y, a juzgar por la expresión de su cara, ella estaba igual. Intentó concentrarse en la comida y en la conversación hasta que, una vez terminaron el postre, pidió disculpas, se puso en pie y le pidió a Hannah que lo acompañara.

—¿Adónde vamos?

—Ahora lo verás —estaba recuperada del tobillo, así que subieron por las escaleras hasta el tercer piso.

—¿Tu habitación?

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque vamos a jugar. ¿Qué te apuestas a que te gano al ping-pong?

—Eso ya lo veremos.

Resultó que Hannah jugaba realmente bien, pero Jack consiguió vencerla por poco. Sin embargo fue ella la que ganó al billar y a las damas. Jack nunca se había divertido tanto. Sabía que tarde o temprano tendrían que ponerse serios, pero por el momento decidió disfrutar del momento. Si Hannah tenía alguna duda, serviría para recordarle lo bien que estaban juntos.

—Veamos qué tal se te da el karaoke —propuso.

—¡Eso sí que no! No vas a hacerme cantar.

—¿Cómo? ¿Yo tengo que perder en todo lo que se me da mal y tú no puedes cantar?

—Derek…

—Jack.

—Jack —repitió ella, con una sonrisa que le iluminó el rostro—. Jack Brattle.

—Ese soy yo.

Su risa lo llenó de alegría y le dio fuerzas para lanzarse a cantar el primero. Eligió un CD y fue directo a la última canción, I've Got You Under My Skin, subió el volumen, rezó para no estar a punto de hacer el ridículo, aunque en realidad no le importaba si lo hacía, iba a cantar con toda su alma.

Al principio Hannah se rio con nerviosismo, sin saber bien dónde mirar. Sí, era un poco cursi, pero Jack quería hacerlo. Se acercó a ella, la miró a los ojos, se arrodilló frente a ella y le tomó una mano, le cantó el resto de la canción así para dejarle claro que era toda una declaración.

Cuando la melodía llegó a su fin, Jack siguió observándola, esperando. Ya no se reía, lo cual era buena señal, pero parecía inquieta y eso no sabía si era bueno o malo. Fue entonces cuando cayó una lágrima de uno de sus increíbles ojos azules.

—Ha sido… maravilloso, Jack. No sabía que cantaras tan bien.

Jack ya no pudo aguantar más. Le tomó el rostro entre las manos y la besó hasta que ambos acabaron suspirando de placer.

—Hazme el amor, Jack.

—¿Estás segura? ¿No has venido solo por la entrevista.

—Me da igual publicar o no esa entrevista. Solo te quiero a ti. Somos como la cena de abajo, ensalada de pasta en una mansión. Esos somos tú y yo. ¿Qué te parece?

—¿No tendré que comer esa tarta todos los días? Era horrible.

Hannah se echó a reír y le echó los brazos alrededor del cuello.

—No, pero sí tendrás que hacerme el amor casi todos los días.

—¡No! Cualquier cosa menos eso.

—Jack… —le dijo con más seriedad—. ¿Quieres que se publique esa entrevista?

—¿Estarás conmigo cuando eso ocurra?

—Intenta librarte de mí.

—Eso jamás —estaba decidido. Ya era hora de que Jack Brattle empezara a vivir—. De acuerdo, entonces. ¿Qué me estabas diciendo antes?

—¿Sobre la entrevista? —dijo con fingida inocencia.

—No. Antes de eso.

—¿Sobre la tarta?

—No, tampoco —coló las manos bajo su suéter para acariciarle la piel—. Antes.

—No lo recuerdo.

—Yo te lo recordaré.

—Sí, por favor —susurró—. Recuérdamelo, Jack.

La desnudó lentamente, besando cada milímetro de piel que dejaba al descubierto, rendido ante ella con la emoción de haberla recuperado. Una vez desnuda, la llevó a la cama de su infancia, donde había soñado tantas veces con algo como aquello.

—Te he echado de menos —le dijo al tiempo que se quitaba la chaqueta.

—Yo a ti también.

—Extraña manera de demostrarlo, marchándote de mi lado.

—Ya lo sé —Hannah le acarició los muslos mientras él se despojaba de la camisa—. Al principio me sentí muy fuerte por haberme ido porque estaba harta de ser siempre la débil con los hombres. Pero entonces me di cuenta de que no era una cuestión de fuerza, sino de entender tu punto de vista y dejar de pensar solo en mí. ¿Leíste mi columna?

—Sí, pero no sabía qué pensar.

—¿Y ahora ya lo sabes?

—No estoy seguro —dijo con sonrisa pícara—. ¿Por qué no me lo aclaras?

—Ven aquí.

—Espera, tengo un preservativo en la mesilla, pero lleva ahí desde los años ochenta.

Hannah comprendió de inmediato su mirada.

—Yo me hice pruebas después de que mi último novio me engañara y estaba bien. Y no estoy en mis días fértiles.

—Yo siempre he usado preservativo con otras mujeres.

Se hizo un breve silencio. Jack la miró a los ojos y le tomó la mano.

—Hannah, quiero que esto dure toda la vida.

—Yo también —susurró, con los ojos llenos de lágrimas.

—Hannah, ¿quieres… —le besó la mano y le lanzó una mirada exageradamente cursi— hacerlo conmigo sin preservativo?

Las lágrimas dejaron paso a la risa.

—Sí, quiero.

Y así fue. Se sumergió en ella y sintió el contacto absoluto de sus cuerpos, convertidos en uno solo.

—Te amo —las palabras salieron de su boca por voluntad propia—. Sé que es una locura. Me enamoré de ti a través de tus artículos, pero no me di cuenta hasta que te conocí.

—Yo me enamoré de ti nada más verte, Jack —se aferró a él, hundiendo la cara en el hueco de su cuello—. Luego tuve que enamorarme también de Derek y después otra vez de Jack, pero no importa.

—¿Entonces estamos haciendo un trío?

—No —gimió cuando él empezó a moverse—. Solos tú y yo, Jack Brattle.

—Debo decirte que es algo arriesgado hacer esto habiendo pasado solo veinticuatro horas juntos. Apenas nos conocemos.

—Lo sé —abrió los ojos y lo miró fijamente—. Es una locura.

—¿Estás segura?

—¿De si quiero lanzarme al vacío contigo? —Hannah sonrió y le echó las piernas alrededor de la cintura—. No tengo la menor duda.

# Epílogo

Transcripción de la entrevista emitida el 24 de octubre en el programa Laina Live, del Canal 25.

Laina: ¡Bienvenidos a Laina Live! Hoy me acompañan dos invitados muy especiales cuyos nombres conocerán muy bien todos ustedes, aunque es posible que no los hayan visto nunca. Son Jack Brattle y Hannah O'Reilly. ¡Bienvenidos al programa!

Jack: Hola, Laina.

Hannah: Estamos encantados de estar aquí.

Laina: A menos que algún espectador haya estado en otro planeta durante el último año, todo el mundo sabrá que nuestros invitados tienen una historia increíblemente romántica y emocionante que pronto acabará en boda. Empezaré contigo, Hannah. Tú escribiste el artículo en el que Jack Brattle se presentó ante el mundo. Fue todo un acontecimiento periodístico y tengo entendido que eres finalista para el Pulitzer. ¿Cómo te sientes?

Hannah: A veces tengo la impresión de que ha sido todo un sueño. Es algo increíble. Estoy emocionada y muerta de miedo.

Laina: Debo decirles a los espectadores que, si no han leído el artículo, tienen que hacerlo cuanto antes. Es mucho más que un reportaje sobre alguien famoso. Hannah habla en él del dinero, de la responsabilidad social, las diferencias de clase, el materialismo, la importancia de vivir la vida al máximo, incluso analiza la obsesión actual que tenemos en este país por los famosos. Es un reportaje profundo y muy inteligente. Así que, ¡leedlo todos!

Hannah: Gracias.

Laina: Dime, Jack, ¿esperabas que el artículo fuera tan completo?

Jack: Sabía que Hannah escribiría algo de gran calidad y sabía que me impresionaría, pero la verdad es que aun así me sorprendió. Para mí fue muy importante.

Laina: No me extraña. Significó tu salida del anonimato, pues no habíamos vuelto a ver un Brattle desde la muerte de tu padre.
Jack: Sí, a él le gustaba mucho la atención pública.

Laina: Y a ti no. ¿Cómo ha sido el proceso de aceptar esa fama?

Jack: A veces es algo abrumador. Pensé que estaba preparado para ello, pero es imposible saber lo que es vivir siempre observado hasta que no lo haces. No me cabe en la cabeza que alguien quiera aparecer en un reality show.

Laina: ¿Entonces no vas a caer en eso?

Jack: No, no. Ya tengo suficiente con esto.

Laina: Estuviste mucho tiempo escondido del resto del mundo. ¿Te arrepientes de ello, o te gustaría no haber salido a la luz?

Jack: Hay momentos en los que me gustaría volver a ser una persona anónima, pero había llegado el momento de admitir que era quien era y aceptar la responsabilidad que eso conlleva. No podía seguir viviendo como si fuera otra persona. No lamento haber tomado la decisión. Además, Hannah ha estado a mi lado en todo momento, eso lo ha hecho más fácil.

Laina: Sí, ¿cómo ha sido para ti, Hannah, hacerte famosa por estar con él?

Hannah: Hay días que comprendo a los famosos que pierden los nervios con los paparazis, pero la mayoría de los días respiró hondo y trato de recordar que tarde o temprano se hartarán de grabarnos paseando por la calle o yendo a comprar comida para el perro.

Laina: Hablemos ahora de la parte más divertida de vuestra historia, que acabarais juntos después de ser rivales en vuestras respectivas columnas. Hannah, ¿en qué crees que afectó vuestra relación personal al artículo sobre Jack Brattle?

Hannah: Nuestra relación me permitió conocer a Jack más a fondo, pero no recomiendo a los periodistas que hagan algo así con todos sus entrevistados. Sin embargo en este caso me sirvió para comprender cómo había sido su infancia y cómo le había afectado la trágica muerte de sus padres. Eso influía en todas sus decisiones, incluidas las relacionadas conmigo. Siento una tremenda admiración por él por haber decidido salir a la luz.

Laina: Parece que fue toda una inspiración.

Hannah: Sí. A riesgo de parecer la típica novia cursi, Jack es el hombre más maravilloso que he conocido.

Laina: Qué bonito. Dime, Jack, sé que para ti ella también ha sido una inspiración, pero cuéntanos de qué manera.

Jack: Me animó a dejar de esconderme de mí mismo.

Laina: Eso también es muy bonito. Hannah, ¿cuál es el tema de tu próximo artículo?

Hannah: Estoy recabando información sobre unos medicamentos muy prometedores a los que todo el mundo debería tener acceso, pero que por el momento no están disponibles.

Laina: Supongo que no puedo preguntarte nada más.

Hannah: Me temo que no. Lo siento.

Laina: Otra cosa de la que todos queremos que nos habléis es de vuestros planes de boda.

Jack: Nos casamos en junio. Eso es todo lo que podemos…

Hannah: La boda es el 8 de junio en la catedral de Filadelfia. Está todo el mundo invitado.

Jack: Hannah.

Hannah: ¿Qué, no puedes permitírtelo?

Jack: (Murmulla algo ininteligible). Pero la fiesta se celebrará en privado.

Hannah: Sí. Habrá caviar y sopa de cebolla de sobre para cien personas.

Jack: Filet mignon y perritos calientes.

Hannah: Con chile, qué ricos.

Laina: Hannah y Jack, podría haceros un millón de preguntas más, pero nos hemos quedado sin tiempo. Os deseamos que seáis muy felices juntos durante muchos años. Es un placer volver a tener a los Brattle entre nosotros.

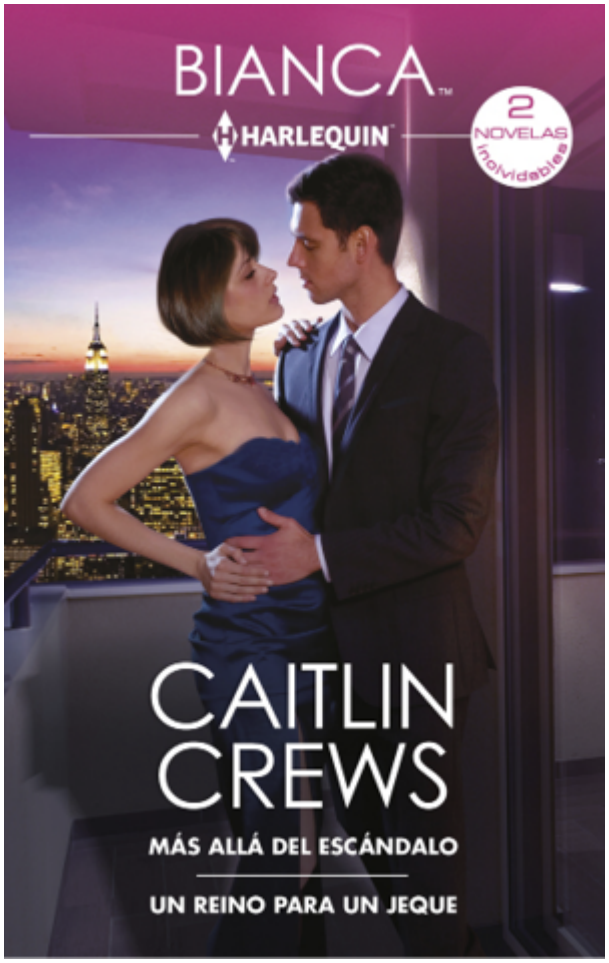
Jack: Gracias, Laina.

Hannah: Gracias por habernos invitado.

Laina: Esto es Laina Live, espero que sigáis ahí después de la publicidad porque yo pienso volver.

# Si te ha gustado este libro...

Si te ha gustado este libro, también te gustará esta apasionante historia que te atrapará desde la primera hasta la última página.




www.harpercollins.es